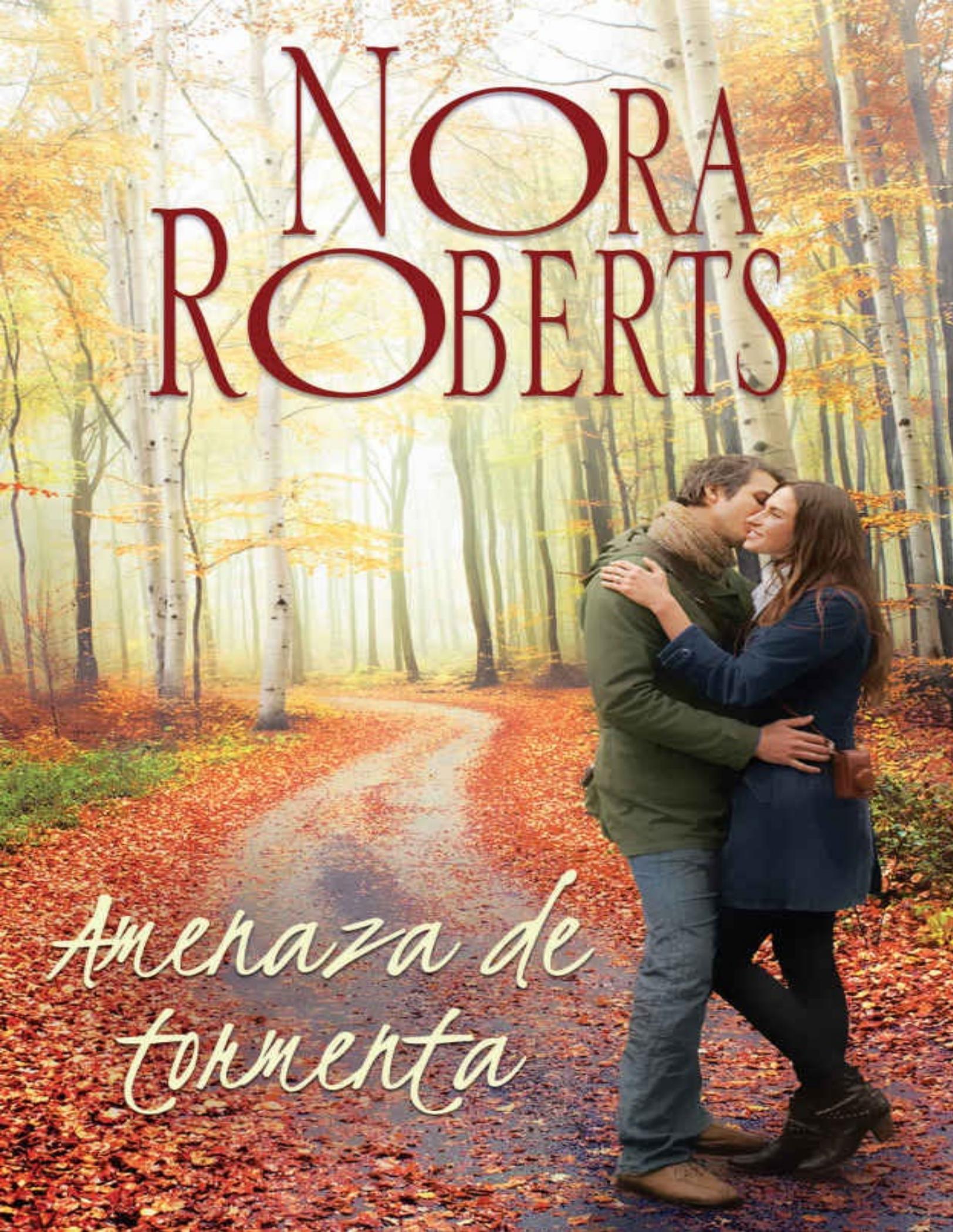


NORA ROBERTS

A romantic couple is shown in a close embrace on a path covered in fallen autumn leaves. The man is wearing a green jacket and blue jeans, while the woman is wearing a blue coat and black boots. They are surrounded by tall, thin trees with yellow and orange foliage, creating a warm and intimate atmosphere.

*Amenaza de
tormenta*

NORA
ROBERTS
*Amenaza de
tormenta*



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 1984 Nora Roberts
© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Amenaza de tormenta, n.º 20 - junio 2017
Título original: Storm Warning

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-9170-162-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13

Capítulo 1

La posada The Pine View estaba confortablemente situada en las montañas Blue Ridge. Después de dejar la carretera principal, el serpenteante camino cruzaba un estrecho vado del río con la anchura suficiente como para que pasara un coche. La posada estaba a muy poca distancia del vado.

Era un edificio con mucho encanto, lleno de personalidad, de líneas tan limpias que disimulaban su ruinoso estructura. Tenía una altura de tres plantas y estaba construido en un ladrillo rojo que el tiempo había deslucido hasta un rosa claro. En la fachada había ventanas estrechas con contraventanas de color blanco. El tejado, de cuatro aguas, había ido perdiendo color hasta adquirir un tono verde claro. En él se erguían tres chimeneas. El edificio estaba rodeado por un porche de madera de color blanco y había puertas para acceder a él en todos los laterales de la casa.

El prado que la rodeaba estaba perfectamente cuidado. A menos de cincuenta metros de la posada, los árboles y los afloramientos de roca reivindicaban su presencia en el prado. Era como si la naturaleza hubiera decidido que la casa podía ocupar ese espacio y ni un milímetro más. El efecto era impresionante. La casa y las montañas permanecían en pacífica convivencia sin que ninguna le restara a la otra un ápice de belleza.

Mientras dejaba el coche en la zona destinada al aparcamiento, Autumn contó cinco coches, el viejo Chevy de su tía incluido. Aunque todavía estaban en temporada baja, al parecer ya había algunos huéspedes.

Soplaba un ligero viento frío de abril. Los narcisos todavía tenían que abrirse y la flor del azafrán estaba comenzando a marchitarse.

Algunos capullos de azalea mostraban ya algún punto de color. El campo parecía estar esperando la llegada de la primavera. Las montañas más altas todavía vestían sus abrigos de invierno, pero comenzaban a salpicarlas algunos toques grisáceos. No continuarían vestidas de marrón y de gris durante mucho tiempo.

Autumn se colgó la cámara a un hombro y el bolso al otro, el bolso siempre ocupaba el segundo lugar en importancia. Del maletero del coche todavía había que sacar dos enormes maletas. Tras un pequeño esfuerzo, consiguió colocar el equipaje de tal manera que pudo llevárselo en un solo viaje. Después, subió los escalones de la entrada. Como siempre, la puerta estaba abierta.

No había nadie en el interior de la posada. El descabalado cuarto de estar que hacía las veces de salón estaba vacío, aunque el fuego crepitaba en la chimenea. Autumn dejó las maletas en el suelo y entró en la habitación. No había cambiado nada.

Viejas alfombras salpicando el suelo y mantas de ganchillo en sendos sofás. En las ventanas, cortinas estampadas de flores. La colección de figuritas Hummel continuaba sobre la repisa de la chimenea. La habitación estaba limpia, pero distaba mucho de estar ordenada, algo que siempre la había caracterizado. Había revistas por todas partes y un cesto de costura a punto de rebosar. Los cojines apilados en el asiento de la ventana más que decorativos eran simplemente cómodos. El ambiente era acogedor, con un encanto ligeramente descuidado. Autumn pensó sonriente que aquella habitación encajaba perfectamente con la personalidad de su tía.

Sintió un extraño placer. Siempre era reconfortante descubrir que algo que uno amaba no había cambiado. Echó un último vistazo a la habitación y se pasó la mano por el pelo. Le llegaba más allá de la cintura y lo llevaba revuelto por haber conducido con las ventanillas abiertas. Se le pasó por la cabeza la idea de que debía cepillárselo, pero lo olvidó en cuanto oyó pasos en la entrada.

—¡Autumn, estás aquí!

Típico de ella, su tía la saludó como si acabara de volver después de haber estado una hora en el supermercado, y no tras haber pasado un año en Nueva York.

–Me alegro de que hayas llegado antes de cenar. Estamos haciendo carne guisada, tu plato favorito.

Autumn sonrió, no tuvo valor para decirle a su tía que ese era el plato preferido de Paul, uno de sus hermanos.

–¡Tía Tabby, me alegro mucho de verte! –caminó rápidamente hasta ella y le dio un beso en la mejilla.

El familiar olor a lavanda de su tía la envolvió.

Su tía Tabby no se parecía en nada al gato en el que su nombre hacía pensar. Los gatos eran animales arrogantes hasta resultar esnobs, desdeñosamente tolerantes con el resto del mundo. Eran conocidos por su rapidez, su agilidad y su astucia. Su tía Tabby era conocida por sus absurdas divagaciones, sus conversaciones inconexas y sus pensamientos confusos. No tenía ninguna astucia. Y Autumn la adoraba.

Se separó de su tía y la observó con atención.

–Estás magnífica.

Era una verdad inmutable. Su pelo continuaba siendo tan castaño como el de su sobrina, aunque con numerosas hebras grises. También el pelo encajaba con su personalidad. Lo llevaba corto y anárquicamente rizado alrededor de su cara redonda. Sus facciones parecían hechas a pequeña escala: la nariz, la boca, las orejas, incluso las manos y los pies. Los ojos eran de un neblinoso azul claro. Aunque tenía más de cincuenta años, su piel se negaba a arrugarse. Tenía un cutis tan suave como el de una niña. Era unos quince centímetros más baja que Autumn y tenía unas formas agradablemente redondeadas. Autumn se sentía desgarrada y flaca como un palillo a su lado. La volvió a abrazar y le dio un beso en la mejilla.

–Estás absolutamente maravillosa.

Tabby alzó la mirada hacia ella y le sonrió.

–Qué guapa eres. Siempre supe que serías guapísima, ¡pero eres tan delgada! –exclamó palmeándole la mejilla.

Mientras abrazaba a su tía, Autumn pensó en los cuatro quilos que había engordado al dejar de fumar. Había vuelto a perderlos muy rápidamente.

–Nelson siempre fue muy delgado –añadió Tabby, pensando en su hermano, el padre de Autumn.

–Sigue siéndolo–contestó Autumn. Dejó la cámara en la mesa y le sonrió a su tía–. Mamá siempre le está amenazando con ponerle una demanda de divorcio.

–¡Vaya! –Tabby chasqueó la lengua y la miró pensativa–. No creo que sea muy sensato después de llevar tantos años casados.

Comprendiendo que no había entendido la broma, Autumn se limitó a asentir mostrando su acuerdo.

–Te pondré en la habitación de siempre, cariño. Así podrás contemplar el lago desde la ventana. Las hojas pronto terminarán de salir, pero... ¿te acuerdas de cuando te caíste de pequeña? Nelson tuvo que rescatarte.

–No, fue Will –le recordó Autumn, pensando en el día que su hermano pequeño había tenido que sacarla del lago.

–¿Ah, sí?

Tabby pareció ligeramente desconcertada durante unos segundos, después esbozó una sonrisa que desarmó completamente a su sobrina.

–Aprendió a nadar muy bien, ¿verdad? Ahora es todo un hombretón. Eso es algo que siempre me ha sorprendido. Ahora no tenemos ningún niño en la familia –añadió, saltando de frase en frase siguiendo su propia lógica.

–He visto que había varios coches, ¿hay mucha gente en la posada?

Autumn estiró sus agarrotados músculos mientras paseaba por la habitación. Olía a sándalo y a aceite de limón.

–Tengo una habitación doble y cinco individuales ocupadas –

respondió—. Una de las individuales la tiene un francés al que le encanta mi tarta de manzana. ¡Tengo que ir a ver la tarta de arándanos! —anunció de pronto—. Nancy prepara una carne guisada maravillosa, pero es un desastre horneando. Y George está de baja con un virus.

Autumn todavía estaba intentando poner orden en aquellas piezas inconexas de información cuando su tía se dirigió hacia la puerta.

—Lo siento —respondió, intentando mostrar su compasión.

—En este momento estoy un poco falta de personal, así que a lo mejor puedes subir tú misma las maletas. O puedes esperar a que llegue algún caballero.

George, recordó Autumn, hacía de camarero, botones y jardinero.

—No te preocupes, tía Autumn. Me las arreglaré yo sola.

—¡Ah, por cierto, Autumn! —se volvió, pero Autumn sabía que su tía estaba pensando en el destino de su tarta—. Tengo una pequeña sorpresa para ti... ¡Oh, veo que la señorita Bond viene hacia aquí! —típico de ella, se interrumpió y le sonrió a su sobrina—. Así te hará compañía. La cena es a la hora de siempre. No llegues tarde.

Evidentemente aliviada al saber que alguien iba a hacerse cargo de su sobrina y podía ir a ver cómo estaba la tarta, se alejó haciendo taconear alegremente los tacones en el suelo de madera.

Autumn se volvió y vio cruzar la puerta a la que acababa de ser designada como su acompañante. Se descubrió al instante con la boca abierta.

Julia Bond. Por supuesto, Autumn la reconoció al instante. No podía haber otra mujer de una belleza tan espectacular como aquella. ¿Cuántas veces había estado sentada en un cine abarrotado, siendo testigo de cómo el talento y el encanto de Julia traspasaban la pantalla? Su belleza no era menor en persona. Resplandecía y era incluso más radiante tres dimensiones.

Pequeña y con unas curvas exquisitas que rozaban apenas la voluptuosidad, Julia Bond era un magnífico ejemplo de la femineidad

en pleno esplendor. Los pantalones de color crema y el jersey azul de cachemira realzaban el color de su pelo y sus ojos. Un pelo rubio dorado enmarcaba su rostro como la luz del sol. Tenía los ojos del color del cielo de verano. Su boca, llena y perfectamente dibujada, sonreía incluso mientras arqueaba las cejas. Por un momento, Julia permaneció frente a Autumn, jugueteando con su pañuelo de seda.

–Qué pelo tan fabuloso.

Autumn tardó en algunos segundos en comprender aquel comentario. Su mente todavía estaba en blanco tras haber visto a Julia Bold entrar en la posada de su tía con la misma naturalidad con la que podría haber hecho su entrada en el Hilton de Nueva York. Sin embargo, su sonrisa era tan encantadora y tan poco afectada, que no tardó en sonreír en respuesta.

–Gracias. Seguro que me he quedado mirándola fijamente, le ruego que me disculpe.

Julia se sentó en una mecedora con una gracia admirable e insolente al mismo tiempo. Sacó un cigarrillo largo y estrecho y le dirigió a Autumn una sonrisa.

–Los actores adoran que les miren. Siéntate –le hizo un gesto–. Tengo la sensación de que por fin encuentro a alguien con quien hablar en este lugar.

Autumn obedeció automáticamente, un tributo al encanto de la actriz.

–Claro que eres demasiado joven y atractiva –continuó Julia, estudiando todavía el rostro de Autumn.

Se reclinó en el asiento y cruzó las piernas y, de alguna manera, consiguió transformar aquella vieja mecedora con pequeñas marcas en el brazo izquierdo en un trono.

–Veo que las diferencias de color entre tu pelo y el mío se compensan perfectamente. ¿Cuántos años tienes, querida?

–Veinticinco –contestó Autumn sin pensar. Estaba completamente cautivada.

Julia rio, su risa fue un sonido grave y burbujeante que fluyó como una ola.

–¡Oh, yo también! Y de forma perenne –inclinó la cabeza divertida y sonrió. A Autumn le cosquilleaban los dedos por las ganas de agarrar la cámara–. ¿Cómo te llamas, cariño? ¿Y qué te ha traído hasta la soledad del bosque?

–Me llamo Autumn –respondió mientras se apartaba la melena de los hombros–. Autumn Gallegher. Mi tía es la propietaria de la posada.

–¿Tu tía? –el rostro de Julia registró sorpresa y más diversión–. ¿Esa mujer tan despistada y adorable es tu tía?

–Sí –sonrió ante lo acertado de la descripción–. La hermana de mi padre.

Ya más relajada, Autumn se inclinó hacia atrás. Estaba haciendo su propio estudio, pensando en los ángulos y las sombras del rostro de la actriz.

–Es increíble –decidió Julia sacudiendo la cabeza–. No te pareces nada a ella. Bueno, en el pelo –se corrigió, mirándola con envidia–. Supongo que años atrás lo tenía de ese mismo color. Es maravilloso. Sé de mujeres que matarían por tener ese tono y tú tienes una melena que debe de medir cerca de un metro –con un suspiro, le dio una delicada calada a su cigarrillo–. Así que has venido a hacerle una visita a tu tía.

No había condescendencia en su actitud. La miraba con verdadero interés. Autumn comenzó a pensar que no solo le parecía encantadora, sino que, además, le caía bien.

–Voy a quedarme aquí unas cuantas semanas –le explicó–. Hace ya casi más de un año que no la veo. Me escribió para pedirme que viniera, así que decidí tomarme unas vacaciones.

–¿A qué te dedicas? –Julia apretó los labios–. ¿Eres modelo?

–No –Autumn rio al pensar en aquella posibilidad–. Soy fotógrafa.

–¡Fotógrafa! –exclamó Julia. Resplandecía de placer–. Siento un gran aprecio por los fotógrafos. Supongo que es una cuestión de vanidad.

–Y yo supongo que los fotógrafos la aprecian por la misma razón.

–¡Oh, querida! –sonrió y Autumn reconoció en su expresión placer y diversión al mismo tiempo–. Eres un encanto.

–¿Ha venido sola, señorita Bond?

La curiosidad era algo innato en Autumn, que ya había superado la impresión inicial.

–Llámame Julia, por favor, o me estarás recordando constantemente los cinco años que nos separan. Te queda muy bien ese jersey –comentó, mirando el jersey de cuello redondo de Autumn–. Yo soy incapaz de ponerme nada gris. Lo siento, cariño –se disculpó con una rápida y luminosa sonrisa–, la ropa es mi debilidad. En realidad, este pequeño inciso es en parte una combinación de trabajo y placer. Acabo de separarme, un interludio delicioso –inclinó la cabeza–. Los hombres son maravillosos, pero los maridos pueden llegar a ser terriblemente controladores. ¿Has estado casada alguna vez?

–No.

Autumn pudo reprimir una sonrisa. Lo había preguntado en el mismo tono que habría empleado para saber si alguna vez había tenido un cocker spaniel.

–Yo he tenido tres –declaró Julia con mirada traviesa y absolutamente encantada–. Y en mi caso, a la tercera no ha ido la vencida. Seis meses con un barón inglés han sido más que suficientes.

Autumn recordó las fotografías que había visto de Julia con un alto y aristocrático inglés. Ella llevaba un traje de tweed de forma espectacular.

–He hecho voto de abstinencia –continuó explicándole Julia–, no contra los hombres, sino contra el matrimonio.

–¿Hasta la próxima vez? –aventuró Autumn.

–Hasta la próxima vez –se mostró de acuerdo la actriz con una risa–. De momento, estoy aquí por mi platónica relación con Jacques LeFarre.

–¿El productor?

–Por supuesto –Autumn volvió a sentir una vez más su férreo escrutinio–. Estoy segura de que, en cuanto te vea, decidirá que ha aparecido una nueva estrella en el horizonte. Podría ser una interesante diversión –frunció ligeramente el ceño y se encogió inmediatamente de hombros–. Hasta ahora, el resto de huéspedes de la posada no han ofrecido muchas posibilidades de diversión.

–¿Ah, no?

Autumn sacudió la cabeza cuando Julia le ofreció un cigarrillo.

–Tenemos al doctor Spicer y a su mujer, la señora Spicer –comenzó a decir Julia tamborileando con su uña perfectamente limada el brazo de la silla.

Había cambiado algo en su actitud. Autumn era una persona muy sensible a los cambios de humor, pero aquel fue demasiado sutil como para que pudiera identificarlo.

–El doctor podría ser un hombre interesante –continuó diciendo Julia–. Es alto, tiene un buen cuerpo y es razonablemente atractivo, con la cantidad justa de canas en las sienes.

Sonrió y Autumn pensó que le recordaba a un gato precioso y bien alimentado.

–La mujer es bajita y, desgraciadamente para ella, bastante regordeta. Además, estropea cualquier atractivo que pudiera tener con una expresión de malhumor permanente.

Julia mostró una expresión taciturna con una habilidad increíble. Autumn no pudo contener una carcajada.

–¡Qué mala eres! –la regañó sin dejar de sonreír.

–Sí, ya lo sé –Julia hizo un gesto con la mano, restándole importancia–. No tengo paciencia para las mujeres que se abandonan y después miran con odio a las que no lo hacen. Al doctor le gusta el aire fresco y caminar por el bosque y ella va siempre gruñendo y lamentándose tras él –se interrumpió y le dirigió a Autumn una mirada recelosa–. ¿Qué te parece a ti lo de andar?

–Me gusta –al advertir el deje de disculpa en su propia voz, Autumn

sonrió.

–¡Vaya! –Julia se encogió de hombros ante aquella excentricidad–. Hay gente para todo. Después, tenemos a Helen Easterman.

Comenzó a tamborilear de nuevo el brazo de la silla con aquellas uñas pintadas y desvió la mirada hacia la ventana, pero Autumn sabía que no estaba viendo las montañas y los pinos.

–Dice que es profesora de arte y dedica parte de su tiempo a pintar paisajes. Es bastante atractiva, aunque está un poco estropeada. Tiene la mirada afilada y una sonrisa desagradable. Y también tenemos a Steve Anderson.

Julia volvió a sonreír como un gato satisfecho. Al parecer, reflexionó Autumn, disfrutaba más describiendo a los hombres.

–Es delicioso. Hombros anchos, pelo rubio californiano y unos bonitos ojos azules. Además, es vergonzosamente rico.

–¿Es el propietario de Anderson Manufacturing? –preguntó Autumn, y fue recompensada con una radiante sonrisa.

–Muy inteligente.

–Oí algo sobre que Steve Anderson pretendía hacer carrera como político.

–Um, sí, se le daría bien –Julia asintió–. Es muy educado y tiene una sonrisa aniñada que desarma a cualquiera. Eso siempre es un buen recurso para un político.

–Es de sobra sabido que los gobernadores son elegidos por sus sonrisas.

–¡La política! –Julia arrugó la nariz, como si estuviera desdeñando a los políticos en general–. Yo tuve una aventura con un senador. Es un negocio sucio ese de la política –rió como si estuviera disfrutando de una broma secreta.

Aunque no estaba muy segura de si aquel comentario iba dirigido a la política en general o a su relación en particular, Autumn decidió no presionar.

–Hasta ahora –dijo–, parece bastante improbable que Julia Bond y

Jacques LeFarre puedan tener mucha relación con ese grupo.

–Es el negocio del espectáculo –encendió otro cigarrillo y señaló a Autumn con él–. No dejes la fotografía, te prometa Jacques lo que te prometa. Estamos aquí por culpa de un capricho del último y más interesante personaje de nuestra pequeña obra. Es un genio como escritor. Hace unos años interpreté uno de sus guiones. Jacques quiere producir otra de sus novelas y quiere que sea yo la que encabece el reparto –dio una honda calada a su cigarro–. Lo estoy deseando. La verdad es que no es fácil encontrar buenos guiones. Nuestro guionista está ahora escribiendo una novela. Jacques cree que la novela podría dar lugar a un guion, pero nuestro genio se resiste. Le dije a Jacques que vendría aquí a escribir durante unas cuantas semanas y se lo pensaría. Y LeFarre desplegó todo su encanto para que nos permitiera reunirnos con él algunos días.

Autumn estaba fascinada y confundida al mismo tiempo. Preguntó con su característica franqueza:

–¿Siempre perseguís de esa forma a los guionistas? Yo pensaba que era al revés.

–Y pensabas bien –respondió Julia con voz rotundidad. Con un solo movimiento de cejas, su expresión se tornó altiva–. Pero Jaques está empeñado en producir el trabajo de ese escritor y me pilló en un momento de debilidad. Acababa de leer un guion terrible. En realidad –se corrigió con una mueca–, tres guiones horribles. Mi trabajo me da de comer, pero no hago basura. Así que... –sonrió e hizo un gesto con las manos–, aquí estoy.

–Persiguiendo a un guionista que se muestra reacio a colaborar.

–Tiene sus compensaciones.

«Me gustaría fotografiarla con el sol a su espalda. El sol del atardecer, justo en el momento en el que empieza a descender. El contraste sería perfecto». Autumn apartó aquellos pensamientos de su mente e intentó concentrarse en la conversación.

–¿Compensaciones? –repitió.

–Resulta que el guionista es increíblemente atractivo. Tiene ese atractivo despreocupado y agreste que uno no consigue a no ser que haya nacido con él. Un maravilloso cambio de estilo –añadió con un brillo travieso en la mirada–, después de haber estado con un barón inglés. Es alto, de piel morena, y tiene el pelo ligeramente largo. Siempre va despeinado. Cualquiera mujer se moriría por hundir sus dedos en su cabello. Pero lo mejor son esos ojos oscuros con los que parece estar mandándote al infierno de forma tan elocuente. Es arrogante como un demonio –suspiró mostrando la más absoluta aprobación–. Los hombres arrogantes son irresistibles, ¿no te parece?

Autumn musitó algo mientras intentaba bloquear las sospechas que las palabras de Julia comenzaban a conjurar. Tenía que ser otro, pensó frenética. ¡Tenía que ser otro!

–Y, por supuesto, el talento de Lucas McLean le da derecho a su arrogancia –terminó diciendo Julia.

El color desapareció del rostro de Autumn. Oleadas de un dolor ya casi olvidado volvieron a envolverla. ¿Cómo podía seguir sufriendo después de todo el tiempo pasado? Había construido una firme barrera de forma muy laboriosa, con mucho cuidado, ¿cómo era posible que se convirtiera en polvo con la sola mención de su nombre?, se preguntó. ¿Qué sádica jugada del destino había vuelto a llevar a Lucas McLean a su vida para atormentarla?

–Cariño, ¿qué te pasa?

La voz de Julia, en la que se entremezclaban la curiosidad y la preocupación, se filtró en su mente. Autumn sacudió la cabeza como si acabara de salir del agua para tomar aire.

–Nada –volvió a sacudir la cabeza y tragó saliva–. Es solo que ha sido una sorpresa enterarme de que Lucas McLean está aquí –tomó aire y la miró a los ojos–. Le conocí... hace algún tiempo.

–¡Oh! Ya entiendo.

Y, sí, lo entendía perfectamente, advirtió Autumn. La compasión batallaba contra la especulación tanto en su rostro como en su voz.

Autumn se encogió de hombros, decidida a tratar el tema a la ligera.

–No creo que se acuerde de mí.

Parte de ella rezaba con fervor para que fuera cierto, mientras otra parte lo hacía pidiendo todo lo contrario. ¿La habría olvidado?, se preguntó. ¿Habría sido capaz de olvidarla?

–Autumn, cariño, no creo que ningún hombre sea capaz de olvidar un rostro como el tuyo –la estudió a través del humo de su cigarrillo–. ¿Eras muy joven cuando te enamoraste de él?

–Sí –Autumn estaba intentando reconstruir la barrera protectora contra Lucas y no le sorprendió la pregunta–. Demasiado joven y demasiado ingenua –consiguió esbozar una sonrisa radiante y, por primera vez desde hacía seis meses, aceptó un cigarrillo–. Pero aprendo rápidamente.

–Parece que los próximos días podrían ser interesantes.

–Sí –acordó Autumn sin ningún entusiasmo–, eso parece.

Necesitaba tiempo para recomponerse, para estar a solas, así que se disculpó mientras se levantaba:

–Tengo que ir a subir mi equipaje.

Mientras Autumn estiraba sus delgados brazos hacia el cielo, Julia sonrió.

–Te veré en la cena.

Asintiendo, Autumn agarró la cámara y el bolso y salió de la habitación.

Una vez en el pasillo, estuvo luchando con las maletas, la cámara y el bolso antes de comenzar a subir las escaleras. Durante el lento ascenso, liberó su tensión murmurando y maldiciendo. Lucas McLean, pensó, y se golpeó la espinilla con una de las maletas. Estaba a punto de convencerse a sí misma de que su pésimo humor era el resultado del moretón que acababa de hacerse. Sin resuello, llegó al pasillo en el que se encontraba la puerta de su habitación y lo dejó todo en el suelo con un ruido sordo.

–Hola, Gata, ¿no está el botones?

La voz, y aquel ridículo apodo, derrumbaron la pared de ladrillo que acababa de levantar. Tras una breve vacilación, Autumn se volvió hacia él. No permitiría que el dolor se reflejara en su rostro. Había aprendido a ocultarlo. Pero continuaba estando allí, sorprendentemente físico y real. Tan real que la hizo acordarse del día que su hermano le había dado un golpe en el estómago con el bate de béisbol cuando ella tenía doce años. Se enfrentó a la sonrisa arrogante de Lucas con otra idéntica.

–Hola, Lucas. Ya me han dicho que andabas por aquí. Al parecer la posada está llena de famosos.

Continuaba igual que siempre, advirtió. Moreno, delgado y muy viril. Había en él cierta rudeza acentuada por las cejas negras y pobladas y unas facciones que no podían ser descritas como atractivas. No, aquella era una palabra demasiado comedida para aplicársela a Lucas McLean. «Sexy» e «irresistible», eran palabras que se adecuaban mejor a él.

Tenía los ojos casi tan negros como su pelo, unos ojos capaces de ocultar grandes secretos. Se movía con una negligente elegancia más natural que estudiada. Emanaba una fuerza masculina en absoluto sutil mientras caminaba lentamente hacia ella, escrutando su rostro.

Fue entonces cuando Autumn pensó en lo terriblemente cansado que parecía. Tenía ojeras bajo los ojos, necesitaba un buen afeitado. Los pliegues de sus mejillas eran más profundos de lo que recordaba... Y ella le recordaba muy bien.

–Estás como si fuera ayer –Lucas le agarró un mechón de pelo y clavó la mirada en sus ojos.

Autumn se preguntó cómo podía haber llegado a pensar que lo había superado. Ninguna mujer superaba jamás a un hombre como Lucas. Gracias a la más pura determinación, fue capaz de sostenerle la mirada.

–Y tú tienes un aspecto terrible. Necesitas dormir –replicó mientras abría la puerta de su dormitorio.

Lucas se reclinó contra el marco de la puerta antes de que Autumn pudiera arrastrar las maletas al interior de la habitación y cerrarla.

–Tengo problemas con uno de los personajes –respondió suavemente–. Es una criatura alta, esbelta, con el pelo castaño rojizo que cae en ondas por su espalda. Tiene las caderas estrechas y unas piernas que parecen llegarle a la cintura.

Autumn intentó reunir fuerzas, se volvió y le miró fijamente, teniendo cuidado de evitar que su rostro reflejara ninguna expresión.

–Tiene una boca de niña –continuó diciendo Lucas–, una nariz pequeña y los pómulos marcados y elegantes. Su piel es como el marfil, y muy cálida. Tiene los ojos almendrados con unas pestañas enormes y de un color verde que se transforma en ámbar. Son como los ojos de una gata.

Autumn escuchó aquella descripción de sí misma sin hacer ningún comentario. Le dirigió una mirada desinteresada y aburrida que Lucas no habría podido ver nunca en su rostro tres años atrás.

–¿Es la asesina o el muerto? –le preguntó.

Le gustó verle arquear las cejas con expresión de sorpresa antes de que frunciera el ceño.

–Te enviaré una copia cuando termine.

Lucas buscó su rostro mientras convertía el suyo en una máscara insondable. Eso era algo que no había cambiado.

–Muy bien, envíamela –después de darles a las maletas un tirón, Autumn se apoyó contra la puerta y sonrió sin sentimiento alguno–. Tendrás que perdonarme, Lucas, pero vengo conduciendo desde lejos y me apetece darme un baño.

Cerró la puerta con firmeza y decisión en sus narices. Sus movimientos se volvieron entonces enérgicos. Tenía que deshacer las maletas, bañarse y elegir un vestido para la cena. Aquellas tareas le darían tiempo para recuperarse antes de que se permitiera a sí misma pensar y sentir. Cuando comenzó a sacar la ropa interior y las medias, empezaron a serenarse sus nervios. Lo peor había pasado, se decía. El

primer encuentro, el primer intercambio de palabras era lo más difícil. Le había visto y había hablado con él. Había sobrevivido. El éxito la animó. Por primera vez desde hacía casi dos años, Autumn se permitió recordar.

Había estado completamente enamorada. El encargo había sido como los habituales: tenía que fotografiar a Lucas McLean, un escritor de novelas de misterio. El resultado habían sido seis meses de absoluta alegría seguidos de un dolor insoportable.

Lucas la había apabullado. Jamás había conocido a nadie como él. Y años después, sabía que no había nadie como él. Era único. Lucas se había comportado con ella como un hombre brillante, persuasivo, egoísta y sombrío. Después del primer impacto tras enterarse de que estaba interesado en ella, Autumn había flotado en una nube de asombro y admiración. Y también amor.

Su arrogancia, como había dicho Julia, era irresistible. Autumn adoraba las llamadas que le hacía de madrugada. La última vez que había estado entre sus brazos, disfrutando de las demandas salvajes de sus labios, había sido tan excitante como la primera. Autumn había caído en su lecho como una fruta madura, renunciando a su inocencia con la libertad que acompañaba al amor ciego y confiado.

Recordaba que Lucas jamás había pronunciado las palabras que ella tanto deseaba oír. Se había dicho a sí misma que no las necesitaba, que las palabras no eran importantes. Recibía rosas que no esperaba, picnics sorpresa en la playa con vasos de cartón y noches de amor intensas y seductoras. ¿Para qué necesitaba las palabras? El final había sido rápido, pero había distado mucho de no ser doloroso.

Autumn había atribuido las distracciones de Lucas y su malhumor a los problemas que tenía con la novela en la que estaba trabajando. No se le había ocurrido pensar que se había aburrido de ella. Habían fijado la costumbre de cenar los miércoles en casa de él. Era una velada íntima que ella valoraba mucho más que otros encuentros. La llegada a casa de Lucas se había convertido en algo natural para ella,

casi rutinario, de modo que cuando había entrado en su salón y le había descubierto de traje, lo único que se le había ocurrido pensar había sido que Lucas había decidido darle un aire más formal a la cena.

–Hola, Gata, ¿qué estás haciendo aquí? –había formulado aquella pregunta inesperada con tanta facilidad que Autumn se limitó a quedarse mirándole fijamente–. ¡Ah, es verdad! Es miércoles, ¿verdad? –había cierta irritación en su tono, como si hubiera olvidado la cita de un dentista–. Lo había olvidado por completo. Me temo que he hecho otros planes.

–¿Otros planes? –repitió Autumn, todavía muy lejos de comprender.

–Debería haberte llamado para ahorrarte el viaje. Lo siento, Gata, tengo que marcharme.

–¿Te vas?

–Sí, voy a salir.

Cruzó la habitación y la miró fijamente. Autumn se estremeció. Ningunos ojos podían ser tan cálidos, o tan fríos, como los de Lucas McLean.

–No me lo pongas más difícil, Autumn. No quiero hacerte más daño del necesario.

Al sentir las lágrimas que comenzaban a brotar de sus ojos, Autumn sacudió la cabeza y luchó contra ellas. Pero las lágrimas desencadenaron la furia de Lucas.

–¡Ya basta! Ahora no tengo tiempo para las lágrimas. Intenta asimilarlo, considéralo una experiencia más. Porque el cielo sabe que lo necesitas.

Soltó una maldición y se alejó de ella para encender un cigarrillo. Autumn permaneció donde estaba, llorando en silencio.

–No te pongas en ridículo, Autumn –la calma y la dureza de su voz eran más aterradoras que su enfado. Al menos el enfado indicaba algún sentimiento–. Cuando algo se termina, lo que hay que hacer es olvidar y continuar viviendo –se volvió y se encogió de hombros–. Así

es la vida.

–¿Ya no me quieres?

Autumn permanecía de pie en actitud sumisa, como un perro que estuviera esperando a que volvieran a azotarlo. Las lágrimas le nublaban la visión de tal manera que no podía ver su rostro.

Por un momento, Lucas permaneció en silencio.

–No llores –contestó con una voz brutal, carente de todo afecto–. Ya habrá otros.

Autumn se volvió y se marchó a toda velocidad. Había necesitado todo un año antes de que Lucas dejara de ser lo primero en lo que pensaba cada mañana.

Pero había sobrevivido, se recordó mientras se ponía un vestido de color verde intenso. Y pensaba continuar sobreviviendo. Sabía que, básicamente, continuaba siendo la misma persona que se había enamorado de Lucas, pero había sofisticado su aspecto. La inocencia había desaparecido y hacía falta algo más que un Lucas McLean para que hiciera el ridículo otra vez. Alzó la cabeza al recordar satisfecha su encuentro. Había conseguido sorprenderle. No, Autumn Gallagher ya no era ninguna estúpida.

Sus pensamientos derivaron en el extraño grupo de huéspedes que se alojaba en la pensión. Se preguntaba por qué personas tan ricas y famosas podían elegir reunirse allí en vez de en un hotel más exclusivo. Rechazó aquel pensamiento con un encogimiento de hombros y se recordó que ya era la hora de la cena. Tía Tabby le había pedido que no llegara tarde.

Capítulo 2

Era un grupo extrañamente diverso para encontrarlo reunido en una posada aislada de Virginia: un laureado escritor, una actriz y un productor, un rico hombre de negocios de California, un exitoso cardiólogo y su esposa y una profesora de arte hacían que la pensión estuviera al completo. Y antes de haberse recuperado del todo, Autumn se encontró en medio de todos ellos. Julia se abalanzó hacia ella en cuanto la vio y comenzó a hacer las presentaciones. Evidentemente, disfrutaba de aquel papel y de la posición que le otorgaba. Cualquier embarazo que Autumn hubiera podido experimentar al verse de pronto bajo los focos, fue superado por la diversión que le provocaba recordar las agudas descripciones que había hecho Julia horas antes.

Efectivamente, el doctor Spicer era un hombre de un atractivo amable. Debía de rozar los cincuenta y rebosaba salud. Iba vestido con un jersey verde con coderas marrones. Su esposa, Jane, también era tal y como Julia la había descrito: desafortunadamente regordeta. La pequeña sonrisa que le dirigió a Autumn duró apenas unos segundos antes de que volviera a adoptar su expresión habitual. Le dirigía a su marido miradas sombrías y furibundas mientras él volcaba en Julia todas sus atenciones.

Al verlos, Autumn apenas era capaz de compadecer a Jane, y no conseguía encontrar reprobable la actitud de Julia. Nadie podía reprochar a una flor que atrajera a las abejas. La atracción que provocaba Julia era tan potente como natural.

Helen Easterman era una mujer atractiva, con un estilo sofisticado y profesional. Le quedaba bien el vestido rojo que llevaba, pero era una nota discordante en medio de la sencillez de aquel salón. Iba tan

perfectamente maquillada que a Julia le recordó a una máscara. Como fotógrafa, conocía los trucos y los secretos de la cosmética. Instintivamente, Autumn la evitó.

En cambio, Steve Anderson era encantador. Aspecto atractivo al estilo de California, como Julia había dicho. A Autumn le gustaban las arrugas de las comisuras de sus ojos y su aspecto ligeramente descuidado. Vestía unos chinos con mucho aplomo y, por su actitud, Autumn comprendió que podría llevar una corbata negra con idéntica soltura. Si al final optaba por la política, reflexionó, podría irle muy bien.

Julia no había descrito a Jacques LeFarre. Lo que Autumn sabía de él lo había aprendido en las revistas del corazón y en sus películas. Era más bajito de lo que había imaginado, era más o menos de la misma altura que ella, pero tenía un cuerpo fibroso y delgado. Era un hombre de facciones fuertes y llevaba al pelo peinado hacia atrás, dejando al descubierto una frente en la que la preocupación había dejado su huella con tres marcadas arrugas. A Autumn le gustaron tanto su bigote como la forma en la que le besó la mano cuando los presentaron.

–Autumn, en ausencia de George, soy yo el que se ocupa de las bebidas, ¿qué quieres tomar? –le preguntó Steve con una sonrisa.

–Un vodka Collins, y sé generoso con el vodka –contestó Lucas.

Autumn renunció al instante a la idea de ignorarle.

–Te ha mejorado la memoria –dijo fríamente.

–Y tu guardarropa ha mejorado también –deslizó el dedo por el cuello del vestido–. Todavía recuerdo una época en la que solo te ponías vaqueros y sudaderas.

–He crecido –su mirada era tan firme y calculadora como la de Lucas.

–¡Ah, así que ya os conocíais! –intervino Jacques–. Esto es fascinante, ¿sois viejos amigos?

–¿Viejos amigos? –repitió Lucas antes de que Autumn pudiera decir nada. La miró con irritante diversión–. ¿Tú dirías que es una

descripción adecuada, Gata?

–¿Gata? –Jacques frunció el ceño un instante–. ¡Ah, es por lo ojos, *oui!* –complacido, se acarició el mostacho con el índice–. Es un buen apodo, ¿qué te parece, *chérie?* –se volvió hacia Julia que parecía estar disfrutando observando la escena que se estaba desarrollando ante sus ojos–. Es encantadora, y tiene muy buena voz.

–Ya he advertido a Autumn contra ti –contestó Julia, arrastrando las palabras.

Inmediatamente le dirigió a Robert Spicer una gloriosa sonrisa.

–¡Ah, Julia, eres muy mala! –repuso Jacques.

–Autumn trabaja al otro lado de la cámara –le explicó Lucas.

Consciente de que sus ojos habían permanecido fijos en ella en todo momento, Autumn agradeció que Steve se volviera con la copa hacia ella.

–Una vez más, vuelve a fascinarme –Jacques capturó la mano libre de Autumn–. Explícame por qué prefieres estar detrás de la cámara en vez de delante. Tu pelo bastaría para inspirar a los poetas.

No había mujer que fuera inmune a un piropo pronunciado con acento francés, y la sonrisa de Autumn alcanzó su mirada.

–Dudo que pudiera estarme quieta durante tiempo suficiente.

–Los fotógrafos pueden ser increíblemente útiles –declaró Helen Easterman de pronto. Alzó la mano y se palmeó su pelo negro y liso–. Un buen fotógrafo es una herramienta muy valiosa para una artista.

A aquella frase le siguió un violento silencio. La tensión se hizo presente en la habitación, pero estaba tan fuera de lugar en un salón como aquel que Autumn pensó que debían de ser imaginaciones suyas. Helen sonrió en medio del silencio y le dio un sorbo a su bebida. Recorrió al resto de los presentes con la mirada, sin detenerse en ninguno en particular.

Autumn supo que allí había algo que mantenía a Helen aislada del resto del grupo. Los mensajes se transmitían sin necesidad de palabras, aunque Autumn habría sido incapaz de decir qué le estaba

comunicando qué a quién. Se produjo un rápido cambio de humor en el momento en el que Julia se enfrascó con Robert Spicer en una animada conversación. El habitual ceño de Jane Spicer se hizo más pronunciado.

El ambiente fue bastante relajado a lo largo de la cena. Sentada entre Jacques y Steve, Autumn fue capaz de mantener la compostura mientras observaba a Julia coquetear simultáneamente con Lucas y con Robert. Era magnífica, pensó Autumn. A pesar de que no le gustaba ver a Lucas respondiendo con tanta naturalidad a sus coqueteos, no podía menos que admirar el talento de Julia. Su belleza y su encanto eran inagotables. Jane comía en un hosco silencio.

¡Qué mujer tan deprimente!, pensó Autumn, pero se preguntó después cómo reaccionaría ella en el caso de que fuera su marido el que pareciera tan cautivado por la actriz. Se pondría en acción, decidió, nada de silencio. Sencillamente, le arrancarían los ojos. La imagen de la regordeta Jane peleando contra la elegante Julia le hizo sonreír. Estaba pensando en ello cuando alzó la mirada y descubrió los ojos de Lucas fijos en ella.

Tenía las cejas enarcadas en un ángulo que, Autumn lo sabía, significaba diversión. Decidió entonces prestar atención a Jacques.

—¿Encuentra muchas diferencias en la industria cinematográfica estadounidense, señor LeFarre?

—Llámame Jacques —sonrió, haciendo que se elevaran las puntas de su mostacho—. Yo diría que los estadounidenses son más aventureros que los europeos.

Autumn se encogió de hombros y sonrió.

—A lo mejor porque somos una mezcla de nacionalidades. Ninguna de ellas ha desaparecido, sencillamente, se han americanizado.

—«Americanizado» —Jacques repitió la palabra y la aprobó con una sonrisa de felicidad más joven, menos sofisticada, que la que empleaba para mostrarse educado—. Sí, yo diría que en California me siento americanizado.

–En cualquier caso, California es solo una parte del país –señaló Steve–. Y yo no diría que Los Ángeles o el sur de California sean una zona particularmente representativa.

Autumn le vio contemplar su pelo. Su interés le produjo un revoloteo en el estómago que le gustó. Demostraba que continuaba siendo una mujer abierta a los hombres, no a un solo hombre.

–¿Has estado alguna vez en California, Autumn?

–Viví allí... hace tiempo –le respondió a Steve.

La necesidad de demostrarse algo la urgió a desviar la mirada hacia Lucas. Se miraron durante un breve instante.

–Pero desde hace tres años vivo en Nueva York.

–En la posada había una familia de Nueva York –continuó Steve. Si había notado la mirada que acababan de cruzar, no lo demostró. Sí, sería un buen político, volvió a pensar Autumn–. Se han ido esta misma mañana. La mujer era una de esas mujeres grandes y robustas con mucha energía. Y la necesitaba. Tenía tres hijos. Trillizos. Creo que me dijo que tenían once años.

–¡Oh, esos niños tan horribles! –Julia dejó de prestar atención a Robert y miró hacia los comensales que estaban frente a ella. Elevó sus ojos azules al cielo–. Corrían como una manada de monos. Y lo peor de todo era que nunca sabías cuál de ellos estaba corriendo o saltando. Lo hacían todo por triplicado –se encogió de hombros y alzó el vaso de agua–. Comían como elefantes.

–Correr y comer son cosas propias de niños –repuso Jaques sacudiendo la cabeza–. Julia –le explicó a Autumn con un guiño de complicidad– nació con veintiún años y siendo ya una belleza.

–No hace falta nacer con veintiún años para ser educado –le contradujo Julia–. Y lo de la belleza es, simplemente, un extra –había diversión en su mirada–. A Jacques le enloquecen los niños –le informó a Autumn–. Tiene tres hijos.

Autumn se volvió interesada hacia él. Jamás había pensado en Jacques LeFarre desde otra perspectiva que no fuera la profesional.

–A mí también me encantan –confesó, y le dirigió a Jacques una sonrisa–. ¿Qué clase de especímenes tienes?

–Chicos –contestó. A Autumn le resultó curiosamente conmovedor el cariño que reflejaba su voz–. Van seguidos –señaló con la mano los escalones imaginarios–. Tienen siete, ocho y nueve años. Viven en Francia con mi esposa, con mi exesposa –frunció el ceño y lo hizo desaparecer rápidamente.

Autumn comprendió entonces el origen de las arrugas de preocupación en su frente.

–Jacques quiere que le den la custodia de esos monstruitos.

La mirada de Julia era mucho más tolerante que sus palabras. Reflejaba un afecto que trascendía el coqueteo.

–Aunque no puedo dejar de dudar sobre tu cordura, Jacques, me veo obligada a admitir que lo haces mejor como padre que Claudette como madre.

–Las custodias son un asunto muy delicado –comentó Helen desde el final de la mesa.

Bebió un sorbo de agua mirando por encima del borde del vaso con aquellos ojos pequeños y penetrantes. Le dirigió a Jacques una mirada que pareció rozar a todos cuantos se encontraban en su línea de visión.

–Es muy importante que... no salga a la luz ninguna información inconveniente.

La tensión volvió a hacer su aparición. Autumn sintió cómo se tensaba el productor a su lado. Pero había algo más. Las corrientes fluían a lo largo y ancho de la mesa. Era imposible no sentir las, aunque no había nada tangible, nada sólido. Autumn buscó la mirada de Lucas instintivamente. No vio nada en ella, salvo aquella máscara insondable que tantas veces había visto en el pasado.

–Su tía sirve unas comidas maravillosas, señorita Gallegher –con una mueca de satisfacción, Helen desvió su atención hacia Autumn.

–Sí –respondió ella en medio de aquel tenso silencio–. Tía Tabby le

concede mucha importancia a la comida.

–¿Tía Tabby? –la carcajada de Julia batalló contra la tensión del momento, y ganó. El ambiente se hizo inmediatamente más ligero–. ¡Qué nombre tan maravilloso! ¿Sabías que Autumn tenía una tía Tabby cuando la bautizaste como Gata, Lucas?

Alzó la mirada hacia él con los ojos enormes y toda inocencia. Autumn recordó entonces una película en la que actuaba Julia representando el papel de ingenua e inocente a la perfección.

–Lucas y yo no nos conocíamos tanto como para hablar de nuestros parientes –respondió Autumn con una naturalidad y una falta de preocupación que le encantaron.

También le gustó el ceño apenas perceptible de Lucas.

–En realidad –respondió él, recuperándose rápidamente–, estábamos demasiado ocupados como para ocuparnos de árboles genealógicos.

Le dirigió una sonrisa con la que consiguió derrumbar todas sus defensas. A Autumn se le aceleró el pulso.

–¿De qué hablábamos en esa época? –le preguntó Lucas.

–Lo he olvidado –murmuró, consciente de haber perdido la ventaja antes de haber llegado a alcanzarla siquiera–. Eso fue hace mucho tiempo.

Tía Tabby entró en aquel momento con su preciada tarta de frutas.

Había música en el estéreo y el fuego crepitaba en la chimenea cuando regresaron al salón. Si Autumn hubiera captado aquella escena en una fotografía, habría sido de relajada camaradería. Steve y Robert se inclinaban sobre el tablero de ajedrez mientras Jane hojeaba una revista con su expresión constante de insatisfacción. Incluso sin haber tenido la mirada de fotógrafa, Autumn habría sabido que aquella mujer jamás debería vestirse de marrón. Y, sin embargo, tenía la certeza de que Jane siempre lo haría.

Lucas estaba repantigado en el sofá. De alguna manera, siempre

conseguía relajarse sin parecer descuidado; era como si estuviera siempre alerta, como si siempre vibrara la energía bajo la superficie. Autumn sabía que le gustaba observar a la gente sin que fuera evidente. No porque le importara que pudieran sentirse incómodos, algo que no le preocupaba en absoluto, sencillamente, era algo que tenía la capacidad de hacer. Y al observar a la gente, era capaz de averiguar sus secretos. Como escritor obsesivo que era, creaba sus personajes a partir de personas de carne y hueso. Y sin ningún tipo de piedad, recordó Autumn.

En ese momento, parecía satisfecho con la conversación que mantenía con Julia y con Jacques, sentados uno a cada lado de él. Hablaban con la fluidez nacida de la familiaridad; los tres compartían el mismo mundo.

Pero aquel no era su mundo, se recordó Autumn, aunque lo hubiera fingido durante algún tiempo. De la misma forma que había fingido que Lucas era suyo durante algunos meses. Tenía razón cuando le había dicho que había crecido. La simulación era un juego de niños.

Pero, pensó Autumn mientras se reclinaba en el sofá, también allí parecía estar jugándose a algún juego. Había una cierta sensación de incomodidad superpuesta a aquella imagen hogareña. Autumn, siempre atenta a los contrastes, la notaba, podía sentirla. No la habían puesto al tanto de las reglas, reflexionó, y la verdad era que lo agradecía. No quería jugar. Excusándose y sin dirigirse a nadie en particular, salió del salón para ir a ver a su tía.

Y la tensión que había sentido se evaporó en cuanto entró en el dormitorio.

–¡Ah, Autumn! –Tabby se quitó las gafas y las dejó colgando de la cadena con las que las sujetaba al cuello–. Estaba leyendo una carta de tu madre. Me había olvidado de que la había recibido hasta hace un momento. Dice que para cuando lea esta carta, tú ya estarás aquí. Y aquí estás –sonrió y le palmeó la mano–. Debby siempre ha sido muy inteligente. ¿Te ha gustado la carne guisada, cariño?

–Estaba riquísima, tía Tabby, gracias.

–Tendremos que hacerla una vez a la semana mientras estés con nosotras.

Autumn sonrió y pensó en lo mucho que le gustaban los espaguetis. Seguramente se los hacía a Paul cuando iba a visitarla.

–Lo anotaré para no olvidarme –añadió Tabby.

Autumn recordó entonces que Tabby solía perder las notas que escribía, y se sintió ligeramente esperanzada.

–¿Dónde están mis gafas? –musitó Tabby, arrugando aquella frente increíblemente lisa–. Nunca sé dónde las dejo.

Se levantó y rebuscó en su escritorio, levantando papeles y buscando debajo de los libros.

Autumn levantó las gafas que reposaban en el escote de su tía y se las colocó en la nariz. Tras parpadear un momento, Tabby sonrió.

–¿No te parece raro? –comentó–. Las he tenido aquí durante todo este tiempo. Eres tan inteligente como tu madre.

Autumn no pudo resistir la tentación de abrazarla.

–¡Tía Tabby, te adoro!

–Siempre has sido una niña muy cariñosa –le palmeó la mejilla y se apartó, dejando tras ella la esencia a lavanda y a talco–. Espero que te guste tu sorpresa.

–Estoy segura de que me encantará.

–¿Todavía no la has visto? –apretó los labios mientras pensaba–. No, estoy segura de que todavía no te la he enseñado, así que todavía no puedes saber si te gusta. ¿Has tenido una conversación agradable con la señorita Bond? Es una mujer encantadora. Creo que trabaja en el mundo del espectáculo.

Autumn sonrió con ironía. No había nadie, pensó, absolutamente nadie, que le cayera mal a su tía.

–Sí, yo siempre la he admirado.

–¿Os conocíais? –preguntó Tabby con aire ausente mientras removía los papeles del escritorio, intentando restablecer su particular orden–.

Será mejor que te lo enseñe ahora que todavía lo tengo en la cabeza.

Autumn intentaba seguir el curso de los pensamientos de su tía, pero había pasado un año desde su última visita y tenía que acostumbrarse.

–¿Qué tienes que enseñarme, tía Tabby?

–Si te lo dijera, no sería una sorpresa, ¿verdad?

Sacudió el dedo bajo la nariz de Autumn con un gesto juguetón.

–Pero tendrás que tener un poco de paciencia conmigo –y, sin más, salió de la habitación.

Autumn la siguió, deduciendo que estaba hablando una vez más de la sorpresa. Tuvo que acortar el paso para caminar al mismo ritmo que su tía. Normalmente, Autumn caminaba con largas zancadas, resultado de su delgadez y de la largura de sus piernas, mientras que el caminar de su tía era rápido y arrítmico, como el de un conejo, pensó Autumn, que hubiera aterrizado en la carretera y no consiguiera decidir en qué dirección debía salir corriendo. Mientras caminaban, Tabby musitó algo sobre la ropa de cama. Los pensamientos de Autumn volaron inmediatamente hacia Lucas.

–¡Ah, ya estamos aquí! –tía Tabby se interrumpió y miró la puerta con una expectante sonrisa.

Aquella puerta, recordó Autumn, conducía a un cuarto de estar que había sido abandonado mucho tiempo atrás para convertirse en un trastero. Era el lugar ideal para guardar los productos de limpieza, puesto que estaba al lado de la cocina.

–Bueno, ¿qué te parece? –preguntó Tabby sonriendo.

Mientras buscaba el comentario adecuado para la ocasión, Autumn pensó que la sorpresa debía de estar dentro.

–Tía Tabby, ¿la sorpresa está dentro?

–Sí, claro que sí. ¡Qué tonta! –chasqueó la lengua–. No sabrás lo que es hasta que abra la puerta.

Y con aquella lógica indiscutible, la abrió.

Cuando se encendió la luz, Autumn se quedó estupefacta. Donde

esperaba ver mopas, escobas y cubos, encontró toda una habitación de revelado. Un laboratorio fotográfico. Cada detalle, cada pieza de los diferentes aparatos aparecía perfectamente ordenada frente a ella. Se quedó sin habla.

–Bueno, ¿qué te parece? –repitió Tabby.

Se movía alrededor de la habitación, deteniéndose de vez en cuando para mirar las botellas de líquido de revelado, las bandejas y las pinzas.

–A mí todo me parece muy técnico y muy científico –miró la ampliadora con el ceño fruncido–. La verdad es que creo que no entiendo absolutamente nada.

–¡Tía Tabby! –Autumn recuperó por fin la voz– ¡No deberías haberlo hecho!

–¿Por qué cariño? ¿Algo está mal? Nelson me contó que tú revelabas tus fotografías.... Y la empresa a la que le compré todas esas cosas me aseguró que era el material indicado. Por su puesto... –las dudas le quebraron la voz–, yo no sé nada de todo esto.

Parecía tan triste que Autumn estuvo a punto de llorar de emoción.

–No, tía Tabby, es perfecto. ¡Es maravilloso! –rodeó el pequeño cuerpo de su tía con sus brazos–. Lo que quería decir es que no deberías haber hecho esto por mí. No deberías haberte tomado tantas molestias ni haberte gastado tanto dinero.

–¿Eso es todo? –la interrumpió Tabby. La tristeza desapareció mientras miraba sonriente a su alrededor–. Bueno, no ha sido ninguna molestia en absoluto. En cuanto a lo del gasto –se encogió de hombros–, prefiero verte disfrutar ahora de mi dinero, y no después de mi muerte.

A veces, pensó Autumn, aquel cerebro tan particular demostraba una sorprendente sensatez.

–Tía Tabby –le enmarcó el rostro con las manos–, jamás en mi vida he tenido una sorpresa tan maravillosa. Gracias.

–Lo único que quiero es que disfrutes –tenía las mejillas sonrosadas

de alegría mientras Autumn la besaba. Miró a su alrededor todos aquellos aparatos y productos químicos—. Espero que no lo hagas explotar.

Consciente de que no era una broma y de que, a su manera, estaba preocupada por una posible explosión, Autumn le aseguró que no lo haría. Satisfecha, Tabby salió y dejó que Autumn explorara a solas el laboratorio.

Durante más de una hora, Autumn se concentró en lo que mejor conocía. Se había adentrado en el mundo de la fotografía como una aficionada cuando era niña, pero, con el tiempo, se había convertido también en su profesión. No le eran ajenos ni las sustancias químicas ni aquellos complicados aparatos. Allí, en el laboratorio, o con la cámara entre las manos, sabía exactamente lo que quería. Era allí donde había aprendido a tener el control, el mismo control que sabía debería emplear con sus pensamientos sobre Lucas. Ya no era una niña inocente dispuesta a seguir al primero que se lo dijera. Era una mujer adulta con una reputación creciente en su campo. Tenía que aferrarse a ello como lo había hecho durante los últimos tres años de su vida.

Agradablemente cansada después de haber organizado el laboratorio a su gusto, Autumn se dirigió a la cocina para prepararse un té. La luna, blanca y redonda, brillaba en el cielo, cubierta solamente por una fina nube.

De pronto, sintió un escalofrío. Fue una sensación rápida, heladora. Las extrañas sensaciones que había tenido a lo largo de la velada regresaron. Frunció el ceño. ¿Serían imaginaciones suyas? Autumn se conocía suficientemente bien como para admitir que tenía mucha imaginación. Era algo que formaba parte de su personalidad de artista. Pero aquello era diferente.

Descubrir a Lucas en la posada la había alterado y estaba en tensión. Eso, decidió, era lo único que le ocurría. La tensión que había sentido durante la cena era su propia tensión. Tiró el té que le quedaba por el

fregadero y decidió que lo que necesitaba era dormir. Y nada de sueños, se ordenó a sí misma con firmeza. Ya había soñado bastante tres años atrás.

La casa estaba en silencio. La luz de la luna se filtraba por las ventanas, dejando los rincones a oscuras. El salón también estaba a oscuras, pero, al pasar, oyó voces en el interior. Vaciló un instante, pensando que debería pasar para decir buenas noches, pero no tardó en detectar los sutiles signos que indicaban que aquello no era una conversación, sino una discusión. Había enfado en aquellas voces quedas. Aquellas palabras indescifrables eran rápidas. Autumn aceleró el ritmo, no quería oír una conversación privada. Sonó entonces un breve juramento pronunciado en un furioso y elegante francés.

Mientras subía las escaleras, Autumn sonrió. Seguramente, concluyó, Jacques estaba perdiendo la paciencia con Lucas. Y, por razones completamente maliciosas, esperaba que el francés le diera un buen rapapolvo.

Pero cuando estaba en el pasillo, a medio camino de su habitación, comprendió que se había equivocado. Ni siquiera Lucas McLean era capaz de estar en dos sitios a la vez. Y, definitivamente, estaba en el pasillo. En la puerta de otra habitación, fundido en un apasionado abrazo con Julia Bond.

Autumn conocía el tacto de aquellos brazos, conocía el sabor de sus labios. Los recordaba como si no hubiera pasado el tiempo, como si los años no hubieran sido capaces de amortiguar aquellas sensaciones. Sabía cómo podía ascender aquella mano por su espalda hasta alcanzar su cuello. Y también que aquellos dedos no serían delicados. No, no había delicadeza alguna en Lucas.

No tenía ninguna necesidad de preocuparse por que pudieran verla. Tanto Lucas como Julia estaban completamente concentrados el uno en el otro. Autumn estaba convencida de que podría haberse derrumbado el techo sobre sus cabezas y habrían continuado abrazados. Regresó el dolor con todas sus fuerzas.

Rápidamente, intentó deshacerse de aquellos celos tan inoportunos cerrando su habitación de un portazo.

Capítulo 3

El bosque conservaba el frescor de la mañana. Preservaba una tranquilidad llena de olores penetrantes y del canto de los pájaros. Hacia el este, el cielo estaba lleno de jirones de nubes. Optimista, Autumn puso en ellos sus esperanzas e ignoró las nubes oscuras y amenazadoras que asomaban por el oeste. Las cumbres de las montañas todavía estaban coronadas por un resplandor rojizo. El color fue perdiendo intensidad hasta convertirse en rosa para terminar sometiéndose por completo al azul.

La luz era buena, se filtraba a través del blanco de las nubes e iluminaba el bosque. Las hojas no habían crecido todavía lo suficiente como para interferir con la luz del sol, apenas salpicaban de puntos verdes las ramas de los árboles. El viento, a veces intenso, inclinaba las ramas de los árboles y le revolvía el pelo. Se podía oler la primavera.

Las violetas silvestres asomaban inesperadamente mostrando su violeta intenso contra el verde del musgo. Autumn vio a su primer petirrojo caminando con aire marcial por el suelo en busca de gusanos. Las ardillas trepaban a los árboles, descendían y corrían sobre el mantillo formado por las hojas caídas de los árboles.

Autumn había planeado ir andando hasta el lago, esperando descubrir algún ciervo bebiendo, pero, cuando la cámara reclamaba su atención, no podía resistirse. Caminaba feliz en medio de su soledad y en sintonía con la naturaleza.

En Nueva York jamás disfrutaba realmente de la soledad. Podía llegar a sentirse muy sola, pero no a disfrutar. La ciudad parecía impedírsele. En aquel momento, protegida por los árboles y las montañas, comprendió lo mucho que necesitaba estar sola. Para recargar energías. Desde que había dejado California y se había

alejado de Lucas, no se había permitido estar sola. Sentía un vacío que necesitaba colmar y lo había llenado de gente, de trabajo, de ruido... De cualquier cosa que pudiera mantener su mente ocupada. Se había acostumbrado al ritmo de la ciudad. No le había quedado otro remedio. Pero, en aquel momento, anhelaba el ritmo de las montañas.

Distinguió en la distancia el resplandor del lago. Las montañas y los árboles que lo rodeaban se reflejaban en el agua, en una imagen inversa y más sombría. No había ningún ciervo, pero, al acercarse, distinguió a dos figuras rodeando el extremo más alejado del lago. La elevación en la que se encontraba estaba situada a unos quince metros de distancia por encima del valle en el que se formaba el lago. La vista era espectacular.

El lago se extendía como un ancho dedo de unos cuarenta metros de largo y quince de ancho. La brisa no llegaba hasta el agua. La superficie estaba clara y quieta. Aquella agua opaca iba oscureciéndose gradualmente hacia el centro, advirtiendo así del peligro de sus profundidades.

Autumn se olvidó de las personas a las que había visto caminando alrededor del lago. Su mente estaba plenamente inmersa en los ángulos, la profundidad de campo y la velocidad del obturador. Además, aquellas personas estaban a demasiada distancia como para haberlas fotografiado incluso en el caso de que hubiera tenido algún interés en hacerlo.

El sol continuaba elevándose y Autumn estaba contenta. Se detuvo para cambiar el carrete de la cámara. Mientras lo colocaba, advirtió que el lago estaba desierto. La luz no era la que le habría gustado para el ambiente que buscaba, de modo que dio media vuelta y emprendió sin prisa el camino de vuelta hacia la posada.

En aquella ocasión, el silencio del bosque se le antojó diferente. El sol brillaba con más fuerza, pero sentía un extraño desasosiego que no había experimentado anteriormente. Miró por encima del hombro y se dijo que era una tontería. ¿Quién iba a seguirla por el bosque? ¿Y

por qué iba a hacerlo nadie? Aun así, la sensación persistía.

La tranquilidad se había desvanecido. Autumn se obligó a dejar de lado las ganas de salir corriendo hacia la posada, donde encontraría gente y café recién hecho. Ya no era una niña que tenía que luchar contra los ogros y los gnomos que poblaban sus pensamientos. Para demostrarse que no dejaba que la fantasía le afectara, se obligó a detenerse y a tomarse el tiempo que necesitaba para fotografiar a una ardilla que parecía dispuesta a colaborar. Oyó tras ella un suave crujido de hojas secas y el terror la hizo levantarse bruscamente.

–Vaya, ¿continúas pegada a la cámara?

Sintiendo el palpitante de la sangre en la cabeza, Autumn se volvió hacia Lucas. Llevaba las manos cómodamente hundidas en los bolsillos de los vaqueros y permanecía frente a ella. Por un momento, Autumn no fue capaz de decir nada. El miedo que había sentido había sido tan agudo como real.

–¿Qué pretendías acercándote de esa forma tan sigilosa? –preguntó furiosa cuando recuperó la voz.

Estaba enfadada por haber sido tan tonta como para asustarse, y también porque había sido él el que la había asustado. Se apartó el pelo de la cara y le fulminó con la mirada.

–Veo que por fin has desarrollado un genio acorde con tu pelo – observó Lucas con voz relajada.

Acortó la escasa distancia que los separaba y permaneció cerca de ella. Autumn también había desarrollado suficiente orgullo como para no retroceder.

–Me resulta particularmente desagradable que alguien me estropee una foto.

Era más fácil justificar su reacción atribuyéndola a que había interferido en su trabajo. Ni por un momento se le ocurriría convertirse en objeto de la diversión de Lucas confesando su miedo.

–Eres un poco asustadiza, Gata –Lucas podría darle lecciones sobre sonrisas al mismísimo diablo, pensó Autumn con amargura–. ¿Te

pongo nerviosa?

Su pelo oscuro se rizaba en una confusa maraña de rizos alrededor de su delgado rostro. La miraba con ojos oscuros y confiados. Y era esa confianza lo que más le molestaba de él, se dijo a sí misma.

–No seas tan engreído –replicó–. No recuerdo que fueras un hombre aficionado a las excursiones matutinas. ¿Has aprendido a apreciar la naturaleza?

–Siempre me ha gustado la naturaleza –la estudiaba con unos ojos profundos e intensos mientras curvaba los labios en una sonrisa–. Y siempre he sido aficionado a los picnics.

Comenzó entonces el dolor, un dolor sordo en el estómago. Podía sentir el tacto de la arena bajo sus piernas, el sabor del vino en la lengua y el olor a mar por doquier. Se obligó a sostenerle la mirada.

–A mí han dejado de gustarme –contestó.

Y sin más, se volvió con un gesto de desdén, pero Lucas comenzó a caminar a su lado.

–No voy a ir directamente a la posada –le informó Autumn.

La frialdad de su voz habría desanimado a cualquiera. Se detuvo y tomó una fotografía de un arrendajo azul.

–No tengo prisa –respondió Lucas tranquilamente–. Siempre me ha gustado verte trabajar. Me fascina ver cómo te concentras.

Observó su espalda y dejó que su mirada descendiera por su melena.

–Creo que serías capaz de hacerle una fotografía a un rinoceronte furioso y no te moverías hasta haber hecho el disparo perfecto –se produjo una ligera pausa mientras Autumn permanecía frente a él–. Vi la fotografía que tomaste de un edificio en llamas en Nueva York. Era muy buena. Dura, limpia y desesperada.

Autumn se volvió hacia él, recelosa por aquel cumplido. Sabía que Lucas no era un hombre generoso con los elogios. «Dura, limpia y desesperada», se repitió. Había elegido las palabras precisas. No le gustaba que su opinión continuara siendo tan importante para ella.

–Gracias –se volvió y se concentró en un grupo de árboles–. ¿Continúas teniendo problemas con el libro?

–Más de los que imaginaba –musitó. De pronto, hundió las manos en su pelo–. Nunca he podido resistirme a él, ¿verdad?

Autumn permaneció con la mirada fija en los árboles. Contestó encogiéndose de hombros con aire ausente, pero apretó los ojos con fuerza durante un instante.

–Jamás he visto a una mujer con un pelo como el tuyo. El cielo sabe que lo he buscado, pero el tono siempre es otro, o la textura, o la largura –había un deje seductor en su voz y Autumn se tensó–. Es único. Como una cascada de fuego bajo el sol, oscuro y vibrante derramado sobre la almohada.

–Siempre has tenido un gran talento para las descripciones.

Autumn ajustó las lentes de la cámara sin tener la menor idea de lo que estaba haciendo. Su voz sonaba distante y ligeramente aburrida mientras rezaba para que Lucas se fuera. Pero él tensó la mano sobre su pelo y, con un rápido movimiento, la hizo girar y le quitó la cámara de las manos.

–¡Maldita sea! No utilices ese tono conmigo. Y no me des la espalda. No vuelvas a darme nunca la espalda –la amenazó.

Autumn recordaba perfectamente tanto aquella expresión sombría como sus inesperados estallidos de genio. En otra época de su vida, quería desaparecer cuando se enfrentaba a ellos. Pero ya no, pensó fugazmente. Aquella época ya había pasado.

–Ya no me asusta oírte maldecir, Lucas –echó la cabeza hacia atrás y alzó la barbilla–. ¿Por qué no ahorras tus atenciones para Julia? Yo no las quiero.

–Así que eras tú –esbozó una sonrisa ligera y divertida y cambió vertiginosamente de expresión–. Pero no tienes por qué estar celosa. Fue la dama la que hizo el primer movimiento, no yo.

–Sí, ya me fijé en cómo luchabas para que te soltara.

Se arrepintió de sus palabras en el mismo instante en el que las

pronunció. Enfadada, intentó apartarse, pero Lucas la retuvo contra él. Su esencia llenaba todos sus sentidos y le recordaba cosas que habría preferido olvidar.

–Escucha, Lucas –comenzó a decir lentamente, mientras el enfado y el anhelo crecían en su interior–, tardé seis meses en darme cuenta de la clase de canalla que eres y he tardado tres años en cimentar completamente esa opinión. Ahora soy una mujer adulta y no voy a rendirme a tus abundantes encantos. Así que quítame las manos de encima y piérdete.

–Así que has aprendido a clavar las garras, ¿eh, Gata? –para creciente irritación de Autumn, parecía más divertido que ofendido–. No, ya no eres una mujer maleable, pero sigues siendo fascinante.

Más dolida por aquellas palabras de lo que jamás habría creído posible, Autumn comenzó a soltar una ristra de insultos.

Pero la carcajada de Lucas interrumpió aquel torrente con la misma vehemencia que lo habría hecho una bofetada. Abandonando la protesta verbal, Autumn comenzó a enfrentarse a él con una rabia furiosa y salvaje. Hasta que, de pronto, Lucas la estrechó contra él y, con un beso posesivo y castigador, se apoderó de sus labios. El calor generado por aquel contacto fue cegador.

Un deseo antiguo y ardiente luchaba por abrirse camino hacia la superficie. Había estado hambrienta durante tres años y de pronto, su hambre parecía estar desbordándose. No hubo vacilación cuando le rodeó el cuello con los brazos. Ansiosa por recibir más, entreabrió los labios. La boca de Lucas transmitía urgencia. El dolor de aquel contacto era como estar en el cielo y suplicó pidiendo más. La sangre parecía volver a fluir por sus venas. Lucas dejó que su boca vagara por su rostro y volvió después a apoderarse de los labios de Autumn con nuevas demandas. Autumn salió a su encuentro deseando recibir mucho más. El tiempo pareció retroceder y regresar al presente antes de que Lucas apartara su rostro.

Tenía los ojos increíblemente oscuros, opacos por una pasión que

Autumn reconocía de otros tiempos. Por primera vez, sintió un débil palpar allí donde Lucas la sujetaba, pero aquella sujeción fue aminorando hasta convertirse en una caricia. El sabor de Lucas permanecía en sus labios.

–Todavía está aquí, Gata –musitó Lucas mientras hundía los dedos en su pelo con un gesto de familiaridad–. Todavía está aquí.

El dolor y la humillación atravesaron a Autumn al mismo tiempo. Se apartó bruscamente, alejándose del alcance de su mano. Lucas la agarró por la muñeca y, frustrada, ella intentó empujarle con la mano. Pero Lucas era un hombre de reflejos rápidos y parecía dispuesto a negarle cualquier satisfacción. Con las dos muñecas atrapadas, Autumn apenas podía intentar resistirse. Tenía la respiración agitada y las lágrimas le ardían en la garganta, pero se negaba a reconocerlas. Aquel hombre no volvería a hacerla llorar, se prometió con fiereza. No dejaría que volviera a verla llorar.

En silencio, Lucas la observaba batallar para no perder el control. No se oía nada en el bosque, salvo la trabajosa respiración de Autumn. Cuando por fin pudo hablar, su voz sonó fría y dura:

–Hay una diferencia entre amar y desear, Lucas. E incluso tú deberías conocerla. Es posible que lo que hay ahora entre nosotros para ti sea lo mismo, pero para mí no lo es. Te amaba, Lucas. Yo te amaba –aquella frase, pronunciada de forma repetida, era como una acusación.

Lucas frunció el ceño y su mirada se tornó intensa mientras Autumn continuaba hablando.

–Me lo quitaste todo de golpe: la inocencia, el orgullo, el amor, y después me lo arrojaste a la cara. Ahora ya no vas a recuperarlo. El amor está muerto, la inocencia ha desaparecido y el orgullo me pertenece.

Por un instante, permanecieron los dos en silencio. Lentamente, sin apartar la mirada de ella, Lucas le soltó las muñecas. No dijo nada; su expresión tampoco decía nada. Negándose a salir corriendo por segunda vez, Autumn se volvió y comenzó a alejarse. Solo cuando

estuvo segura de que Lucas no la seguía, dejó que las lágrimas fluyeran libremente. Lo que había dicho de la inocencia y el orgullo era cierto, pero su amor estaba muy lejos de haber muerto. Estaba vivo, y continuaba doliéndole.

Al distinguir las paredes de la posada, Autumn se secó las últimas lágrimas. Era absurdo regodearse en el dolor por algo que ya había terminado. El hecho de que quisiera a Lucas no cambiaba nada, al igual que tampoco había supuesto ninguna diferencia tres años atrás. Pero ella sí había cambiado. Lucas jamás volvería a encontrarla llorando indefensa y, como él mismo había dicho, maleable.

La desilusión le había dado fuerzas. Lucas todavía podía hacerle daño. Era algo que había aprendido rápidamente. Pero ya no podía manipularla como lo había hecho en otro tiempo. Aun así, su encuentro con él la había dejado estremecida y no le hizo ninguna gracia ver aparecer a Helen por el camino de la derecha.

Era imposible evitarla sin ser maleducada, de modo que fingió una sonrisa. Cuando Helen volvió la cabeza, Autumn vio que tenía un moratón debajo del ojo. La sonrisa desapareció para dar paso a una expresión preocupada.

–¿Qué te ha pasado?

Parecía un golpe doloroso e inmediatamente conjuró la compasión de Autumn.

–Me he dado un golpe con una rama –Helen se encogió despreocupadamente de hombros mientras se llevaba la mano a la mejilla–. A partir de ahora, tendré más cuidado.

Quizá fuera por la agitación que en ella había provocado la actitud de Lucas, pero el caso fue que Autumn detectó algo oculto detrás de aquellas palabras. La propia Helen parecía querer decir mucho más de lo que estaba expresando. Desde luego, los ojos que se encontraron con los de Autumn parecían tan furiosos y violentos como el propio moretón. Y esa misma marca, reflexionó, parecía ser más el resultado de una mano violenta que de una rama. Inmediatamente descartó

aquel pensamiento. ¿Quién iba a querer pegar a Helen?, se preguntó. ¿Y por qué iba a ocultar ella un maltrato de ese tipo? Tenía más sentido que aquel golpe fuera fruto de un descuido.

–Tiene muy mal aspecto –comentó Autumn mientras comenzaban a caminar hacia la cabaña–. Tendrás que hacer algo. Seguro que mi tía tiene algo para aliviar el dolor.

–¡Claro que voy a hacer algo! –musitó Helen, y le dirigió a Autumn una sonrisa–. Sé exactamente lo que voy a hacer. ¿Has salido temprano para hacer fotografías? –preguntó mientras Autumn intentaba ignorar la incomodidad que le habían causado sus palabras–. A mí siempre me han gustado más las fotos de personas que de árboles. Y las que más me gustan son las fotografías informales, improvisadas.

Comenzó a reír como si estuviera recordando alguna broma privada. Era la primera vez que Autumn la oía reír y pensó en lo mucho que se parecían su risa y su sonrisa. Ambas eran igualmente desagradables.

–¿Has estado en el lago? –Autumn recordó a las dos figuras que había visto en el lago.

Para su sorpresa, Helen dejó de reír bruscamente y su mirada se hizo más afilada.

–¿Has visto algo?

–No –comenzó a contestar, confundida por la dureza de la pregunta–. No exactamente. He visto a dos personas en el lago, pero estaba demasiado lejos como para saber quiénes eran. Estaba haciendo fotografías desde la parte más elevada.

–Haciendo fotografías –repitió Helen.

Apretó los labios como si estuviera considerando algo con mucho cuidado. Empezó a reír de nuevo con aquellas duras carcajadas.

–Vaya, qué buen humor para haber madrugado tanto.

Julia bajó los escalones del porche y arqueó la ceja al ver la mejilla de Helen. Autumn se preguntó si el estremecimiento de la actriz sería real o fingido.

–Dios mío, ¿cómo te has hecho eso?

Helen pareció perder el buen humor. Frunció ligeramente el ceño al mirar a Julia y volvió a señalarse el ojo.

–He chocado con una rama –contestó, antes de subir los escalones del porche y desaparecer en el interior de la posada.

–Es más probable que se haya encontrado con un puño –comentó Julia, y sonrió. Se encogió de hombros, como si quisiera olvidar aquel episodio, y se volvió hacia Autumn–. ¿Tú también has sentido la llamada de la naturaleza? Al parecer, todo el mundo, salvo yo, está loco por salir a pasear por el bosque y las montañas al amanecer. Y no es fácil mantener la cordura cuando una vive rodeada de locos.

Autumn no pudo menos que sonreír. Aquella mujer era como un rayo de sol. A diferencia de ella, que iba con unos recios vaqueros y una cazadora, Julia iba vestida con unos delicados pantalones de color rosa y una blusa de seda con un diseño de flores. Y con aquellas sandalias blancas, no podría adentrarse ni un metro en el bosque. El resentimiento por la atracción que la actriz pudiera sentir hacia Lucas se desvaneció al instante.

–Hay quienes podrían acusarte de ser perezosa –le advirtió.

–Absolutamente –se mostró de acuerdo Julia con una sonrisa–. Cuando no estoy trabajando, me regodeo en la pereza. Y si no vuelvo a hacerlo pronto, mi sangre dejará de fluir –le dirigió a Autumn una mirada maliciosa–. Parece que tú también has chocado con una rama, aunque en tu caso, más grande.

Por unos instantes, la perplejidad cruzó el rostro de Autumn. Los ojos de Julia, descubrió, eran muy sagaces. Al parecer, el rastro de las lágrimas no se había evaporado tan deprisa como le habría gustado. Se encogió de hombros con un gesto de impotencia.

–Seguro que me curaré rápido.

–Una chica valiente. Vamos, cuéntale a mamá lo que te ha pasado.

La mirada de Julia mostraba una compasión que desmentía la punzante ligereza de sus palabras. Agarró a Autumn del brazo y

comenzó a caminar por el prado que rodeaba la posada.

–Julia...

Autumn sacudió la cabeza. Sus sentimientos eran algo muy íntimo. Había violado las normas que ella misma se había impuesto con Lucas, pero no pensaba volver a hacerlo.

–Autumn –su negativa fue interrumpida con fuerza–, necesitas hablar. A lo mejor crees que no pareces muy abatida, pero lo pareces –Julia exhaló un suspiro perfecto–. La verdad es que no sé por qué te he tomado tanto cariño. Es algo que va completamente en contra de mi política. Las mujeres guapas tendemos a evitar a otras mujeres guapas, especialmente a las más jóvenes.

Aquella declaración dejó a Autumn completamente sin habla. La idea de que la exquisita e incomparable Julia Bond pudiera situarla en el mismo plano que ella por su aspecto físico le parecía ridícula. Una cosa era oír a la actriz hablando de su propia belleza y otra muy diferente oírle hablar de la suya. La voz de Julia fluyó en medio de su asombrado silencio.

–A lo mejor ha sido porque me he visto expuesta a esas otras dos mujeres, la una tan aburrida y la otra tan desagradable, pero el caso es que te tengo mucho cariño.

La brisa acariciaba su melena, alzándola y dejando que la luz del sol la bañara. Con aire ausente, se colocó un mechón de pelo tras la oreja. Autumn vio brillar un diamante en su lóbulo y pensó en la incongruencia de estar caminando del brazo de una mujer como aquella entre los narcisos de su tía.

–Además, eres una buena persona –continuó diciendo Julia–. No conozco a muchas personas buenas –se volvió hacia Autumn, permitiéndole una visión completa de su precioso rostro–. Autumn, cariño, siempre me ha gustado fisgonear, pero sé mantener un secreto.

–Continúo enamorada de él –confesó Autumn, y a aquella precipitada declaración le siguió un profundo suspiro.

Antes de que fuera consciente de lo que estaba haciendo, comenzaron a fluir las palabras. No se dejó nada, lo contó todo, desde el principio hasta el final, y desde el nuevo comienzo que había tenido lugar el día anterior. Lo contó todo. En cuanto empezó, no tuvo que hacer ningún esfuerzo para continuar. No tenía que pensar, solo sentir, y Julia la escuchaba atentamente.

–Menudo monstruo –dijo Julia, aunque sin ninguna malicia–. Al final una descubre que los hombres, esas criaturas tan maravillosas, son, básicamente, monstruos.

¿Y quién era Autumn para discutir con una experta? Mientras caminaban en silencio, se dio cuenta de que se sentía mejor. El dolor ya no era tan crudo.

–El principal problema es, por supuesto, que estás loca por él. Y no te culpo –añadió cuando Autumn hizo un sonido de desesperación–. Lucas es un hombre increíble. Ayer me hizo una pequeña demostración y me dejó impresionada.

Julia hablaba con tanta naturalidad del momento de pasión que Autumn había presenciado que era imposible enfadarse con ella.

–Lucas es un hombre experimentado –continuó diciendo Julia.

Por su sonrisa, Autumn comprendió que era muy consciente de la batalla que se estaba librando en el interior.

–También es arrogante y egoísta, y está acostumbrado a que le obedezcan. Para mí es fácil darme cuenta porque yo soy como él. Somos muy parecidos. Dudo mucho de que pudiéramos disfrutar siquiera de una aventura agradable. Acabaríamos arremetiendo el uno contra el otro antes de haber llegado a la cama.

Autumn no encontró respuesta para la imagen que aquellas palabras evocaban y se limitó a seguir caminando.

–Jacques es más mi tipo –reflexionó Julia–. Pero sus sentimientos están comprometidos –frunció el ceño y Autumn tuvo la sensación de que sus pensamientos la estaban llevando hacia un terreno diferente–. En cualquier caso –continuó con un gesto de impaciencia–, tienes que

decidir lo que quieres. Obviamente, Lucas querrá que vuelvas con él, al menos mientras le convenga.

Autumn intentó ignorar el dolor provocado por tanta sinceridad y se limitó a escuchar.

–Sabiéndolo, lo mejor que puedes hacer es disfrutar de una estimulante relación con él, pero manteniendo los ojos bien abiertos.

–No puedo hacer eso, Julia. Saberlo no me impedirá sufrir. Y no sé si podré sobrevivir a otra relación con Lucas. Además, él se daría cuenta de que sigo enamorada de él –apareció en su mente una imagen de la escena que había tenido lugar tres años atrás–. No voy a volver a humillarme otra vez. Lo único que me queda ahora mismo es el orgullo.

–El amor y el orgullo no son buenos compañeros de viaje –Julia le palmeó la mano–. Bueno, en ese caso, tendrás que protegerte tras una barricada de cualquier asalto. Yo me interpondré en su camino.

–¿Y cómo vas a hacerlo?

–¡Querida! –arqueó una ceja mientras asomaba a sus labios una sonrisa felina.

Autumn no pudo evitar el echarse a reír. Todo aquello era absurdo. Miró hacia el cielo. Al final, eran las nubes negras las que estaban ganando la partida. Por un momento, bloquearon el sol y el calor de sus rayos.

–Mira, parece que va a llover.

Autumn desvió la mirada hacia la posada. Las ventanas estaban a oscuras, vacías. Un repentino rayo iluminó los ladrillos, haciendo parecer blanco el porche y grises las contraventanas. Detrás del edificio, el cielo parecía de pizarra. Las montañas se veían opresivas y apagadas. Autumn sintió un cosquilleo en la nuca. Y, para su propio asombro, descubrió que no quería volver al interior de la posada.

Pero, de pronto, las nubes se abrieron, dejando que se derramara de nuevo la luz del sol. Las ventanas resplandecieron y las sombras se desvanecieron. Regañándose a sí misma por su desbordante fantasía,

regresó al interior de la posada con Julia.

Jacques fue el único que se reunió con ellas a la hora del desayuno. A Helen no se la veía por ninguna parte y, al parecer, Steve y los Spicer se habían ido de excursión. Autumn intentaba no pensar en Lucas. Propio de ella, no había perdido el apetito. Se sirvió una saludable porción de beicon, huevos, café y magdalenas mientras Julia se limitaba a mordisquear una tostada y la miraba con envidia.

Jacques parecía preocupado. Mostrarse amable le estaba costando un esfuerzo visible. Autumn recordó entonces la discusión que había escuchado en el salón. Comenzó a especular sobre con quién podría haberse enfadado el productor. Al pensar en ello, todo el asunto le parecía muy extraño. Jacques LeFarre no parecía la clase de hombre capaz de ponerse a discutir con un desconocido y, sin embargo, Autumn sabía que, en el momento de la discusión, Julia y Lucas estaban ocupados con otros asuntos.

Aparentando una total normalidad, Julia estuvo hablando sobre un conocido mutuo del mundo del cine. Pero Julia era actriz, se recordó Autumn. Y una muy buena actriz. Era incluso posible que supiera la causa de la discusión de la noche anterior y no lo mostrara. Sin embargo, Jacques no era un actor. Su desolación era evidente, y también el enfado que se ocultaba bajo una capa de trabajado encanto. Autumn estuvo preguntándose por lo que podía haber ocurrido durante todo el desayuno, pero, después, cuando se dirigió a ver a su tía, decidió sacárselo de la cabeza.

Tal como Autumn había imaginado, Tabby estaba ocupándose con Nancy del menú del día. Manteniéndose en silencio, contempló a las dos mujeres. Al parecer, Nancy pensaba hacer pollo mientras que tía Tabby estaba segura de que habían acordado cocinar carne de cerdo. Mientras la discusión iba subiendo de tono, Autumn se sirvió otra taza de café. Por la ventana podía ver las espesas nubes que iban formándose de nuevo y continuaban su camino desde el oeste.

–¡Eh, Autumn! ¿Has disfrutado el paseo? –cuando se volvió, Autumn

descubrió a su tía mirándola sonriente—. ¡Qué mañana tan agradable! Es una pena que vaya a llover. Pero es bueno para las flores, ¿verdad? ¿Has dormido bien?

Al cabo de unos segundos, Autumn decidió contestar únicamente a la pregunta final.

—He dormido muy bien, tía Tabby. Siempre duermo bien cuando vengo a verte.

—Es el aire —replicó Tabby. Su redondeado rostro se iluminó de placer—. Creo que voy a preparar mi bizcocho de chocolate especial para la cena de esta noche. Eso compensará la lluvia.

—¿Hay café caliente, tía Tabby?

Lucas entró en la cocina como si disfrutara diariamente de ese mismo privilegio. Como siempre ocurría, el aire pareció cargarse cuando entró en la habitación. Autumn estaba dispuesta a aceptar aquel fenómeno. Pero el hecho de que se dirigiera a su tía con tanta familiaridad le resultaba más desconcertante.

—Por supuesto, querido, sírvete tú mismo —señaló la cocina con un gesto vago.

La confusión de Autumn aumentó al ver que Lucas se dirigía directamente hacia uno de los armarios, sacaba una taza y procedía a servirse una taza de café.

Lo bebió apoyado contra el mostrador. Cruzó con Autumn una mirada increíblemente fría. De sus ojos había desaparecido cualquier vestigio de enfado o pasión, como si jamás hubieran existido. Arqueó las cejas ante la insistente mirada de Autumn y volvió a curvar los labios con aquella sonrisa diabólica.

—¡Oh! ¿No es esa tu cámara, querida? —la voz de Tabby interrumpió sus pensamientos.

Autumn bajó la mirada.

Continuaba llevando la cámara al cuello. Era hasta tal punto parte de ella misma que ni siquiera se había dado cuenta de que la llevaba encima.

–¡Dios mío, cuántos números! –parece muy complicado. Tía Tabby miraba la cámara con los ojos entrecerrados, olvidándose de las gafas que colgaban de la cadena–. Tengo una cámara muy bonita, Autumn. Puedes usarla cuando quieras –después de dirigirle a la Nikon otra mirada recelosa, esbozó una radiante sonrisa–. Basta con pulsar un botón rojo y sale la fotografía. Así puedes ver si le has cortado la cabeza a alguien o si has puesto el dedo en una esquina, y puedes repetir la foto. Además, no tienes que trabajar en el cuarto oscuro. No entiendo cómo puedes ver lo que haces allí –frunció el ceño y se dio unos golpecitos con el dedo en la mejilla–. Estoy casi segura de que podré encontrarla.

Autumn sonrió y sintió el impulso de envolver a su tía en un nuevo abrazo. Por encima de su cabeza canosa, vio que Lucas también sonreía. Era una sonrisa auténtica, cálida, que raras veces asomaba a su rostro. Y, por un momento, Autumn fue capaz de devolverle la sonrisa sin dolor.

Capítulo 4

Cuando llegó la lluvia, no lo hizo con el lento gota a gota de un chubasco de abril. A medida que el cielo iba cubriéndose de nubes, se hacía más lúgubre la luz en el interior de la posada. Todo el mundo estaba de vuelta, de modo que la posada volvía a estar habitada por aquel grupo de huéspedes tan diverso.

Steve, en su papel de camarero, había ido a buscar café a la cocina. Robert Spicer tenía a Jacques atrapado en la que parecía ser una explicación técnica de una operación a corazón abierto. Durante la conversación, Julia permanecía a su lado, pendiente de cada una de sus palabras o fingiendo estarlo. Autumn sabía que no era así. De vez en cuando, le enviaba algún mensaje a ella con aquellos ojos extraordinarios. Estaba divirtiéndose de lo lindo.

Jane permanecía sombría, leyendo una novela. Autumn estaba segura de que estaría infestada de pasajes de sexo explícito. Volvía a vestir de marrón, con unos pantalones y un jersey. Helen, con su ojo morado, fumaba dando lentas y profundas caladas a su cigarrillo. Curiosamente, a Autumn le recordó a la oruga de Alicia en el país de las maravillas. En un par de ocasiones, descubrió los duros ojos de Helen sobre ella. Y su sonrisa especulativa la dejó confusa e inquieta.

Lucas no estaba allí. Estaba en el piso de arriba, probablemente, martilleando su máquina de escribir. Esperaba que se mantuviera ocupado durante unas cuantas horas. A lo mejor hasta se hacía llevar la comida a la habitación.

De pronto, se vio un resplandor en el exterior y la habitación se quedó a oscuras. La aparente calidez del ambiente se heló. Autumn se estremeció con un terror premonitorio. Aquel sentimiento le sorprendió, puesto que las tormentas siempre habían tenido para ella

un especial atractivo. Durante una décima de segundo, no se oyó nada. Después, la lluvia volvió a golpear como una violenta explosión. Los relámpagos del exterior parecían enfatizar su fuerza.

–Una tormenta de primavera en las montañas –observó Steve.

Se detuvo un momento en el marco de la puerta con una enorme bandeja entre las manos. El agradable aroma del café entró con él en el salón.

–Yo diría que parecen efectos especiales –respondió Julia. Batió las pestañas y se acurrucó contra Robert–. Las tormentas son terroríficas. Y ahora estoy deseando estar asustada.

Era una frase de *Una larga noche de verano*, advirtió Autumn divertida. Pero el doctor estaba demasiado fascinado con la ingenuidad que reflejaban los ojos de Julia como para reconocerlo. A Autumn le entraron ganas de reír a carcajadas. Cuando Julia se acurrucó todavía más contra él y le guiñó el ojo, Autumn tuvo que desviar la mirada hacia el techo.

Pero a Jane no le hizo tanta gracia. Autumn advirtió que, más que sombría, estaba enfadada. A lo mejor también ella demostraba tener garras, pensó, y sintió que le gustaría que así fuera. Sería más sensato, se dijo mientras Steve le tendía una taza de café, que Julia se concentrara en él en vez de en el médico.

–Con leche y sin azúcar, ¿verdad? –Steve le sonrió con aquellos ojos de un azul intenso.

Autumn curvó los labios en respuesta. Aquel hombre tenía la extraña habilidad de hacer que una mujer se sintiera cuidada sin necesidad de mostrarse condescendiente con ella. Y no podía menos que admirarle por ello.

–Exacto, tienes mejor memoria que George –le sonrió por encima del borde de la taza–. Y sirves con mucho estilo. ¿Has trabajado alguna vez de camarero?

–Todavía me tienen a prueba –contestó él con una sonrisa–. Por favor, transmítele tus comentarios al encargado.

Un relámpago volvió a iluminar el salón en sombras. Jacques se movió inquieto en su asiento mientras el rayo retumbaba en la habitación.

–Con una tormenta como esta, ¿no es posible que se vaya la luz? –le preguntó a Autumn.

–Sí, se va muy a menudo.

Aquella respuesta, que acompañó con un encogimiento de hombros, provocó todo tipo de reacciones.

Julia encontró maravillosa aquella posibilidad, la luz de las velas le parecía deliciosamente romántica. En ese momento, Robert no podía haber estado más de acuerdo. A Jacques no parecía importarle ni lo uno ni lo otro. Alzó las manos con un gesto muy francés, indicando que él aceptaría lo que decidiera el destino.

Steve y Helen parecían incómodos con la situación, aunque los comentarios de Steve fueron más comedidos que los de ella. Musitó algo sobre los inconvenientes de la situación, y caminó hacia la ventana para contemplar aquel torrente de viento y lluvia. Helen estaba muy pálida.

–No he pagado tanto dinero para tener que moverme a tuestas en la oscuridad y comer frío –encendió un cigarrillo con un gesto rápido y furioso y fulminó a Autumn con la mirada–. Es intolerable que tengamos que soportar tanta ineficiencia. Tu tía debería disponer de medios para solucionar una situación como esta. No me parece bien pagar estos precios tan ridículamente elevados para tener que vivir como una pionera.

Movió el cigarrillo, como si estuviera dispuesta a continuar, pero Autumn la cortó. Le dirigió la fría y dura mirada que últimamente había aprendido a utilizar.

–Estoy segura de que mi tía le concederá a esas quejas toda la consideración que se merecen.

Se volvió deliberadamente, permitiendo que Helen le lanzara unos cuantos dardos con la mirada y le dijo a Jacques, notando su sonrisa

de aprobación.

–En realidad, tenemos un generador. Mi tío era tan práctico como tía Tabby es...

–Encantadora –terminó Steve por ella, convirtiéndose inmediatamente en su amigo.

Tras dirigirle una radiante sonrisa, Autumn siguió diciendo:

–Si se fuera la luz, encenderíamos el generador.

–Creo que yo utilizaré velas en mi habitación de todas formas –decidió Julia.

Le sonrió a Robert con los párpados entornados mientras se encendía un cigarrillo.

–Julia debería haber sido francesa –comentó Jacques. Uno de los extremos de su bigote se inclinaba hacia arriba–. Es una romántica incurable.

–Demasiado romanticismo –musitó Helen– puede llegar a ser insensato –recorrió la habitación con la mirada y terminó fijando los ojos en Julia.

Ante los asombrados ojos de Autumn, Julia pasó de ser un ángel travieso a convertirse en una dura dama.

–Siempre he pensado que solo los estúpidos se creen sensatos.

Una vez hecha aquella declaración, volvió a adoptar la personalidad de un ser celestial con tanta rapidez que Autumn parpadeó.

Verla actuar en la pantalla no era nada comparado con aquel espectáculo en directo. A Autumn se le ocurrió entonces pensar que no tenía la menor idea de quién era la verdadera Julia Bond, en el caso de que alguna lo fuera. Aquella idea la llevó a pensar que, realmente, no conocía a ninguna de las personas que había en aquella habitación. Todos eran unos desconocidos.

El aire continuaba vibrando con un silencio incómodo cuando apareció Lucas. Pareció impermeable a aquella turbulenta tensión. Indefensa, Autumn fijó la mirada en la suya. Lucas se dirigió hacia ella, ignorando a los otros. Lucía en el rostro su diabólica sonrisa.

Autumn se estremeció al ver que no podía evitar que la habitación desapareciera ante sus ojos, dejando a Lucas en el centro de su visión. Y parte de su miedo debió de reflejarse en su rostro.

–No voy a comerte, Gata –musitó Lucas. Su voz sonaba muy baja frente a los violentos sonidos de la tormenta. Hablaba solo para ella–. ¿Todavía te gusta caminar bajo la lluvia?

Era una pregunta inesperada para la que no parecía esperar respuesta.

–Recuerdo lo mucho que te gustaba –se interrumpió al ver que Autumn no decía nada–. Tu tía te manda esto –le tendió la mano y Autumn bajó la mirada.

La tensión se disolvió para dar lugar a una carcajada.

–Hacía mucho que no te oía reír –comentó Lucas.

Autumn le miró de nuevo a los ojos. Lucas la estaba observando con una completa y decidida intensidad.

–¿Ah, no? –se encogió de hombros despreocupadamente mientras aceptaba la famosa cámara instantánea de la que le había hablado tía Tabby–. Pues suelo reírme bastante.

–Tu tía dice que es para que te diviertas con ella –con cierto desdén, se volvió y se dirigió hacia la cafetera.

–¿Qué tienes ahí, Autumn? –preguntó Julia, siguiendo a Lucas con la mirada.

Autumn le mostró la cámara y explicó empleando un tono didáctico:

–Esto, damas y caballeros, es el último grito en tecnología fotográfica. Basta con apretar un botón para que nuestros amigos y familiares sean atrapados por la cámara, que inmediatamente saca una fotografía en la que van apareciendo ante nuestros asombrados ojos. No hace falta enfocar ni consultar el fotómetro. El botón es más rápido que el cerebro. ¡Hasta un niño de cinco años podría hacerla funcionar mientras monta en triciclo!

–Todo el mundo debería saber –intervino Lucas con voz cortante–, que Autumn es una esnob de la fotografía.

Permanecía junto a la ventana, bebiendo café despreocupadamente mientras hablaba con los ojos fijos en Autumn.

–Si no tiene que cambiar lentes, filtros y múltiples obturadores y hacer toda una serie de complicadas operaciones, no le parece que sea una cámara. Lo considera un juguete –añadió.

–Sí, yo ya me he fijado en esa obsesión –se mostró de acuerdo Julia. Le dirigió a Lucas una mirada deliciosa antes de volverse de nuevo hacia Autumn–. Lleva esa caja negra igual que otras mujeres lucen diamantes. Esta misma mañana estaba a primera hora del amanecer fotografiando ardillas y conejitos.

Con una sonrisa. Autumn alzó la cámara y fotografió el rostro de Julia.

–Querida –le dijo Julia, inclinando la cabeza con un gesto muy profesional–, deberías haberme dado la oportunidad de ofrecerte mi perfil bueno.

–No tienes un perfil bueno –la contradijo Autumn.

Julia sonrió, evidentemente, no sabía si sentirse ofendida y entregarse a la diversión. Jacques estalló en carcajadas.

–Y yo que pensaba que eras una niña encantadora –musitó.

–En mi profesión, señorita Bond –respondió Autumn muy seria–, he tenido ocasión de fotografiar a un gran número de mujeres. Unas veces el perfil izquierdo, otras el derecho, otras de frente. Desde un ángulo elevado, cambiando de luz... –se interrumpió un instante y estudió el rostro de Julia–. Podría fotografiarla desde cualquier ángulo, con cualquier luz, en cualquier posición, y el resultado seguiría siendo igualmente maravilloso.

–Jacques –Autumn posó la mano en su brazo–, tenemos que adoptar a esta chica. Tiene un valor incalculable para mi ego.

–Integridad profesional –respondió Autumn antes de colocar la fotografía en la mesa.

Se volvió con la cámara hacia Steve.

–Debería advertir que, con una cámara entre sus manos, Autumn se

convierte en un arma peligrosa –Lucas se acercó a la mesa, tomó la fotografía de Julia y la estudió con atención.

Autumn frunció el ceño al recordar las numerosas fotografías que le había hecho. Con el pretexto de que formaban parte de su producción artística, nunca se había deshecho de ellas. Le fotografiaba una y otra vez hasta que él, exasperado, le quitaba la cámara de las manos y, con gran efectividad, conseguía que se olvidara por completo de la fotografía.

Lucas la vio fruncir el ceño. Con ojos oscuros e insondables, alargó la mano para enredar los dedos en su pelo.

–Pero no me enseñaste nunca a hacer una buena fotografía, ¿verdad, Gata?

–No –la batalla que estaba librando contra su creciente dolor hizo que su voz sonara enérgica–. Nunca te enseñé nada, Lucas. Pero aprendí mucho.

–Yo nunca he sido capaz de aprender nada sobre fotografía que fuera más allá de apretar un botón –Steve se acercó lentamente hacia ellos.

La cámara de Autumn estaba en la mesa, junto a su dueña. Steve la levantó y la estudió como si fuera un extraño artilugio procedente de otro planeta.

–¿Cómo consigues acordarte de para qué son todos esos números?

Cuando se sentó en el brazo de la silla en la que ella acababa de sentarse, Autumn se aferró a aquella distracción. Comenzó a dar una clase de fotografía básica. Lucas regresó a la cafetera, evidentemente aburrido. Por el rabillo del ojo, Autumn advirtió que Julia iba a reunirse con él. En cuestión de segundos, le había agarrado del brazo y Lucas ya no parecía tan aburrido. Apretando los dientes, Autumn continuó con su clase de fotografía.

Lucas y Julia abandonaron la habitación agarrados del brazo, Julia para echar una siesta y Lucas con intención de seguir trabajando. Los ojos de Autumn la traicionaron siguiendo su marcha.

Cuando volvió a mirar a Steve, este le sonrió compasivo. Era evidente que había comprendido perfectamente cuáles eran sus sentimientos. Maldiciéndose, Autumn retomó sus explicaciones sobre la apertura de la cámara, agradeciendo que Steve retomara la conversación como si no hubiera habido ninguna interrupción.

La tarde continuó fluyendo. Era un día largo y deprimente, con la lluvia golpeando constantemente las ventanas. Los rayos y los truenos iban y venían, pero la fuerza del viento fue creciendo hasta convertirlo en un suspiro constante. Robert se encargó del fuego hasta hacerlo crepitar. Pero la nota alegre que podría haber supuesto la hoguera no podía competir con el malhumor de Jane y los constantes paseos de Helen. El ambiente era tenso.

Tras eludir la sugerencia de Steve de una partida de cartas, Autumn decidió ir a buscar un poco de paz y actividad al laboratorio. Mientras cerraba la puerta tras ella, sintió que el dolor de cabeza que había comenzado detrás de sus sienes cedía.

En aquella habitación no había ninguna tensión. Sus sentidos no percibían molestas perturbaciones, sino un ambiente despejado y listo para el trabajo. Fue revelando el carrete, siguiendo paso a paso las diferentes etapas del revelado, preparando los líquidos, comprobando las temperaturas y colocando los temporizadores. El trabajo la absorbía de tal manera que terminó olvidándose de la tormenta.

Cuando así lo precisaba, Autumn trabajaba completamente a oscuras. Sus dedos se convertían en sus ojos y trabajaba a toda velocidad. Por encima del sonido amortiguado de la tormenta, oyó un débil repiqueteo. Lo ignoró, concentrada en colocar otro temporizador. Pero, cuando volvió a sonar, comenzó a irritarla.

¿Era el picaporte de la puerta?, se preguntó. ¿Se habría acordado de cerrar con cerrojo? Lo último que necesitaba en aquel momento era que algún ignorante abriera la puerta, entrara luz y dañara las fotografías.

—¡Deja la puerta en paz! —gritó, justo en el momento en el que dejó

de sonar la radio.

Se había ido la luz, concluyó. De pie, en medio de una oscuridad absoluta, Autumn suspiró mientras el repiqueteo volvía a empezar.

¿Habría alguien en la puerta o sería un ruido procedente de la cocina? Curiosa y enfada, se acercó a la puerta para asegurarse de que estaba cerrada. Caminaba con pasos confiados. Conocía cada centímetro de aquella habitación. De pronto, para su asombro, un intenso dolor explotó en su cabeza. Brillaron unas luces que se fraccionaron en mil pedazos antes de que la oscuridad la envolviera por completo.

–¡Autumn, abre los ojos!

Aunque el sonido llegaba amortiguado y desde muy lejos, Autumn advertía su tono imperativo. Se resistía a él. Cuanto más cerca estaba de recuperar plenamente la conciencia, más desagradable era el latido de su cabeza. El olvido era menos doloroso.

–¡Abre los ojos! –la voz era más clara e insistente.

Con desgana, abrió los ojos en el momento en el que unas manos le apartaban el pelo de la cara. Por un momento, las sintió descansar en su mejilla. Gradualmente, fue apareciendo el rostro de Lucas ante sus ojos, al principio, borroso, hasta que se obligó a enfocar la mirada para verlo claro y bien definido.

–¿Lucas?

Autumn estaba tan desorientada que no fue capaz de decir nada más que su nombre. Lucas pareció darse por satisfecho.

–Eso está mejor –dijo en tono de aprobación.

Sin darle tiempo a protestar, la besó con una fuerza y una brevedad que hablaban de un pasado íntimo en común.

–Me tenías muy preocupado. ¿Qué demonios te has hecho?

Aquel tono acusador era muy típico de él. Pero Autumn apenas le prestó atención.

–¿Que qué he hecho? –alzó la mano para tocar el lugar de su cabeza en el que se concentraba el dolor–. ¿Qué ha pasado?

–Eso es lo que te estoy preguntando yo. No te toques el chichón –le tomó la mano–. Solo conseguirás que te duela más. No entiendo cómo te lo has hecho, y por qué estabas tirada en el suelo.

A Autumn le costaba aclarar sus ideas en medio de la niebla que invadía su cerebro. Intentó concentrarse en lo último que recordaba.

–¿Cómo has conseguido entrar? –preguntó, recordando el repiqueteo del picaporte–. ¿No había cerrado la puerta?

Poco a poco, fue siendo consciente de que Lucas la sostenía entre sus brazos, reteniéndola contra su pecho. Intentó incorporarse.

–¿Estabas intentando abrir la puerta?

–Despacio –le ordenó Lucas al oírla gemir

Autumn apretó los ojos, intentando dominar los latidos de su cabeza.

–Supongo que he chocado contra la puerta –musitó, extrañada por su torpeza.

–¿Has chocado contra la puerta y te has dado tal golpe tan fuerte que has terminado inconsciente?

Autumn no podía decir si Lucas estaba divertido o enfadado. El dolor de cabeza le impedía preocuparse de cualquier otra cosa.

–Es curioso, no recuerdo que tuvieras tantos problemas de coordinación.

–Estaba a oscuras –gruñó. Era capaz de pensar con suficiente coherencia como para sentirse avergonzada–. Si no hubieras intentado forzar el picaporte...

–Yo no he intentado forzar el picaporte... –comenzó a decir Lucas, pero Autumn le interrumpió con una exclamación.

–¡Las luces! –por segunda vez, intentó apartarse de él–. ¡Has encendido las luces!

–Sí, no he podido resistir el impulso de encenderlas cuando te he visto tirada en el suelo –respondió cortante. Y sin esfuerzo, continuó

reteniéndola contra él—. Quería ver lo que te había pasado.

—¡Mis fotografías!

Su mirada era tan acusadora como su voz, pero Lucas respondió con una carcajada.

—Estás completamente loca.

—Suéltame, ¿quieres?

Su enfado le restaba cualquier posibilidad de mostrarse amable. Le apartó y se levantó con torpeza. Pero, al levantarse, el dolor creció hasta convertirse en un rugido tan insoportable que se tambaleó.

—¡Por el amor de Dios, Autumn! —Lucas se levantó y la agarró por los hombros para sostenerla—. Deja de comportarte como una estúpida por culpa de esas ridículas fotografías.

En condiciones normales, aquella orden habría sido insensata. En el estado mental en el que Autumn se encontraba, fue como una declaración de guerra. El dolor fue eclipsado por el más puro estallido de furia. Se volvió enfadada hacia él.

—Nunca fuiste capaz de ver mi trabajo como algo más que unas cuantas fotografías estúpidas. Jamás me consideraste algo más que una niña estúpida con la que divertirte durante un rato, pero de la que terminaste aburriéndote. Y nunca te ha gustado aburrirte, ¿verdad, Lucas? —se apartó con un gesto brusco el mechón de pelo que le caía sobre la cara—. Tú te sientas con tus novelas, te regodeas con los halagos que ellas te proporcionan y nos miras con desprecio a todos los demás. Pero no eres la única persona del mundo con talento, Lucas. Yo soy tan creativa como tú y mis fotografías me proporcionan tanta satisfacción como a ti tus estúpidos libros.

Por un momento, Lucas permaneció en silencio, estudiándola con el ceño fruncido.

Cuando habló, su voz sonaba extrañamente cansada.

—Muy bien, Autumn, ahora que ya te has desahogado, será mejor que tomes una aspirina.

—¡Déjame en paz!

Apartó la mano que Lucas había posado en su brazo y se volvió con intención de tomar la cámara que había dejado en una estantería antes de empezar a trabajar. Miró a su alrededor y volvió a enfurecerse.

–¿Qué demonios pretendías hurgando en mi equipo? ¡Has expuesto todo el carrito a la luz! –se volvió hacia él bullendo de furia–. No te basta con interrumpir mi trabajo intentando abrir la puerta, sino que también has tenido que encender las luces y arruinar el carrito que estaba revelando. No sé por qué tienes que meter las narices en algo de lo que no sabes nada.

–Ya te he dicho que no estaba intentando abrir la puerta –sus ojos se oscurecieron peligrosamente–. He venido justo después de que se fuera la luz y encendieran el generador. La puerta estaba cerrada y tú estabas en el suelo. ¡Yo no he tocado ese maldito carrito!

Su voz era tan fría como furibunda su mirada, pero Autumn estaba demasiado enfadada como para permitir que eso le importara.

–Por estúpido que pueda parecerte, solo estaba preocupado por ti –desvió la mirada hasta el revoltijo que había sobre la mesa de trabajo–. ¿No se te ha ocurrido pensar que puedes haber estropeado tú misma el carrito cuando estabas a oscuras?

–No seas ridículo.

Lucas estaba cuestionando de nuevo su capacidad profesional, pero interrumpió la réplica de Autumn con una voz cargada de paciencia. Autumn lo valoró. Lucas jamás había tenido paciencia.

–Autumn, no sé qué le ha podido pasar a tu carrito. Yo no he pasado del lugar en el que estabas tumbada y, desde luego, no voy a pedirte perdón por haber encendido la luz. Si volviera a encontrarme en esa situación, haría exactamente lo mismo.

Le rodeó el cuello con la mano y pronunció las siguientes palabras con el tono acariciante que Autumn tan bien recordaba.

–Resulta que me importa más tu bienestar que tus fotografías.

De pronto, el interés de Autumn por las fotografías se desvaneció.

Lo único que quería en aquel momento era apartarse de él y de los sentimientos que despertaba en ella sin hacer el menor esfuerzo. Era como una respuesta programada, se dijo a sí misma. Bastaban la suavidad de su voz y la caricia de sus manos para que se sintiera sometida.

–Estás pálida –musitó Lucas, dejando caer bruscamente la mano y metiéndosela en el bolsillo–. El doctor Spicer puede echarle un vistazo.

–No, no hace falta...

Pero no consiguió decir nada más. Lucas la agarró furioso de los brazos.

–Maldita sea, ¿vas a discutir todo lo que te diga? ¿No vas a desprenderte nunca del odio que sientes hacia mí? –la sacudió ligeramente.

El dolor pareció explotar en su cabeza. Por un momento, se le desenfocó la mirada, el mareo le borraba la vista. Soltando una maldición muy precisa, Lucas la estrechó entre sus brazos hasta que el mareo cedió. Con un rápido movimiento, la levantó en brazos.

–Estás pálida como un fantasma –musitó–. Te guste o no, vas a ir a ver al médico. Así desahogará tu veneno con él durante un rato.

Para cuando Autumn se dio cuenta de que la estaba llevando a su habitación, su enfado ya había cedido. Lo único que sentía era un dolor sordo y desagradable y un intenso cansancio. Agotada, apoyó la cabeza en el hombro de Lucas y se rindió a sus órdenes. Aquel no era momento para pensar en el laboratorio o en quién podía haber abierto la puerta. Ni tampoco para pensar en cómo había conseguido volver a hacer el más completo ridículo. No era momento para pensar en nada.

Tras aceptar el hecho de que no tenía otra opción, cerró los ojos y permitió que Lucas se hiciera cargo de ella. Mantuvo los ojos cerrados cuando sintió que la bajaba para dejarla en la cama, pero supo que no apartaba la mirada de ella. Y sabía también que estaba frunciendo el ceño.

El sonido de sus pasos le indicó que se había metido en el cuarto de baño. El débil chapoteo del agua en el lavabo sonaba como una cascada en la cabeza palpitante de Autumn. A los pocos segundos, sintió un trapo húmedo en la frente. Abrió los ojos y se encontró con los de Lucas.

–Quédate tumbada –le ordenó Lucas, mirándola con expresión enigmática–. Voy a buscar a Spicer –musitó bruscamente.

Giró sobre sus talones y caminó a grandes zancadas hacia la puerta.

–¡Lucas! –le llamó Autumn.

Aquel paño frío le había hecho recordar muchas otras delicadezas que Lucas había tenido con ella. Sí, había tenido momentos de delicadeza, aunque ella hubiera intentado fingir lo contrario. De esa forma, todo era mucho más fácil.

Cuando Lucas se volvió, fue evidente su impaciencia. Qué hombre tan contradictorio, reflexionó Autumn. Era un hombre de extremos, parecía incapaz de encontrar un punto medio.

–Gracias –le dijo, ignorando las ganas que parecía tener Lucas de alejarse de allí–. Siento haberte gritado. Estás siendo muy bueno conmigo.

Lucas se reclinó contra la puerta y la miró fijamente.

–Nunca he sido bueno contigo –su voz volvía a parecer cargada de cansancio.

Autumn comprendió que era necesario resistir las ganas de acercarse a él y borrar de sus ojos aquellas arrugas de cansancio. Lucas pareció adivinar lo que estaba pesando, suavizó ligeramente la mirada y curvó los labios en una de sus raras sonrisas.

–Gata, siempre has sido increíblemente dulce. Maravillosamente cálida.

Y se marchó sin más.

Capítulo 5

Autumn tenía la mirada clavada en el techo cuando Robert entró. La desvió hacia él y observó su maletín negro con expresión dubitativa. Nunca le había preocupado mucho lo que llevaban los médicos dentro de aquellas carteras de aspecto inocente.

–Una visita a domicilio –dijo, y consiguió sonreír–. La octava maravilla del mundo. No imaginaba que llevarías el maletín contigo cuando estás de vacaciones.

Robert era suficientemente rápido como para notar la inquietud de su mirada.

–¿Tú viajas alguna vez sin la cámara?

–*Touché*.

Se dijo a sí misma que debería relajarse y no ser tan infantil.

–No creo que vayamos a necesitar operar –se sentó en la cama y apartó el trapo húmedo que le había colocado Lucas en la cabeza–. Um, esto se va a poner muy colorido. ¿Tienes la visión borrosa?

–No.

El médico tenía unas manos sorprendentemente delicadas que a Autumn le recordaron a las de su padre. Se relajó un poco y contestó a sus preguntas sobre mareos, náuseas y ese tipo de cosas mientras observaba su rostro. Estaba diferente, advirtió. Continuaba mostrándose como un hombre competente, pero su sofisticada imagen había sido reemplazada por otra más compasiva. Era un hombre de voz y mirada amables, pensó. Algo acorde con su profesión.

–¿Cómo te has dado el golpe, Autumn? –preguntó el doctor mientras alargaba la mano hacia el maletín.

Autumn fijó en sus manos toda la atención. El médico sacó del

interior algodón y un frasco, no la aguja que tanto temía.

Autumn arrugó la nariz.

–Iba andando hacia la puerta.

El médico sacudió la cabeza y comenzó a limpiar la herida.

–Una explicación creíble.

–Y vergonzosamente cierta. Estaba en el laboratorio –añadió–. Supongo que he calculado mal la distancia.

El médico desvió la mirada y estudió los ojos de Autumn durante unos segundos antes de desviar la mirada hacia su frente.

–Siempre me has parecido una mujer que mantiene los ojos bien abiertos –dijo muy serio, antes de volver a sonreír–. Es solo un chichón –le tendió la mano–. Aunque el diagnóstico no hará que te duela menos.

–Ahora mismo el dolor es solo agonizante –respondió Autumn, intentando bromear–. Los cañones han dejado de retumbar.

Con una risa, el médico volvió a alargar la mano hacia el maletín.

–Podemos hacer algo para contraatacar la artillería.

–¡Oh! –Autumn vio el frasco de píldoras que le tendía y frunció el ceño–. Yo pensaba tomarme una aspirina.

–No puedes combatir un incendio con una pistola de agua –volvió a sonreír y sacó dos píldoras–. Son muy suaves. Tómate estas pastillas y descansa durante un par de horas. Puedes confiar en mí –añadió con exagerada gravedad mientras fruncía el ceño–. Aunque sea un cirujano.

–De acuerdo –su mirada la convenció. Le sonrió mientras aceptaba el agua y las píldoras–. No vas a quitarme el apéndice ni nada parecido, ¿verdad?

–No, ahora estoy de vacaciones –esperó a que tragara la medicación y la tapó con la manta–. Descansa –le pidió.

Cuando Autumn volvió a abrir los ojos tiempo después, la habitación estaba a oscuras. ¿Descansar?, pensó, y dio media vuelta bajo las sábanas. Había estado prácticamente inconsciente. ¿Y durante cuánto

tiempo? Escuchó con atención. La tormenta continuaba embravecida, golpeando los cristales de las ventanas con una furia a la que también había sido ajena. Se sentó con mucho cuidado. La cabeza ya no le palpitaba, pero le bastó tocársela con los dedos para estar segura de que no había soñado todo aquel incidente. Su siguiente pensamiento fue completamente físico. Descubrió que estaba hambrienta.

Se levantó, se miró en el espejo, decidió que no le gustaba lo que veía y salió en busca de compañía y comida. Encontró ambas cosas en el comedor. Había llegado en el momento perfecto.

–Autumn –Robert fue el primero que la vio–, ¿te encuentras mejor?

Autumn vaciló un instante, avergonzada. Sin embargo, el hambre era más fuerte y el olor del pollo de Nancy era demasiado tentador.

–Sí, mucho mejor.

Miró a Lucas, pero este no dijo nada, se limitó a observarla. La caballerosidad que había creído entrever horas antes podía haber sido solo una ilusión. Su mirada era oscura y sombría.

–Estoy muerta de hambre –confesó mientras se sentaba.

–Buena señal. ¿Te sigue doliendo?

–Ya solo me duele el orgullo –se inclinó hacia delante y comenzó a servirse–. La torpeza no es una cualidad de la que me sienta orgullosa y lo de chocarse con una puerta ya está muy gastado. Me gustaría poder decir algo más original.

–Es curioso –Jacques giró el tenedor y la estudió con atención–. Me extraña que tengas tanta fuerza como para golpearte y quedar inconsciente.

–Soy una amazona –respondió Autumn mientras dejaba descansar el pollo en su lengua durante un instante delicioso.

–Desde luego, come como si lo fuera –comentó Julia.

Autumn se volvió hacia ella a tiempo de ver su mirada especulativa, que se transformó rápidamente en una sonrisa.

–Yo engordo solo de verla –añadió Julia.

–Es una cuestión de metabolismo –aclaró Autumn y tomó otro

pedazo de pollo—. La verdadera tragedia es que he perdido los dos carretes de fotografías que había hecho en el viaje a Nueva York.

—A lo mejor nos estamos enfrentando a una serie de accidentes en serie —la voz de Helen era tan dura como sus ojos mientras rodeaba la mesa con la mirada—. Y no hay dos sin tres, ¿verdad?

Como nadie contestó, continuó hablando de su propia herida.

—Quién sabe lo que puede pasar a partir de ahora.

Autumn había llegado a detestar los silencios que se hacían cada vez que Helen hablaba, aquella tensión que violentaba la supuesta normalidad de la situación. En un impulso, decidió romper las normas que ella misma se había impuesto y se dirigió a Lucas.

—¿Qué harías tú con una situación como esta, Lucas?

Se volvió hacia él, pero no percibió ningún cambio en su expresión. Continuaba observándolos a todos, pensó Autumn. Sí, se limitaba a observar. Intentando sacudirse de encima la sensación de incomodidad, continuó.

—Nueve personas, diez, si contamos a la cocinera, aisladas en una remota posada en medio de una tormenta. La principal fuente de luz se ha perdido. Y, probablemente, lo siguiente que dejará de funcionar será el teléfono.

—El teléfono ya ha dejado de funcionar —le informó Steve.

Autumn contestó con un dramático:

—¡Ah!

—Y, por supuesto, ahora mismo es imposible cruzar el vado del río — Robert le guiñó el ojo, dejándose llevar por el tema.

—¿Qué más podrías pedir? —le preguntó Autumn a Lucas.

Justo en ese momento, como si todo estuviera preparado, un relámpago iluminó la habitación.

—Un asesinato.

Lucas lo dijo con total naturalidad, pero las palabras quedaron flotando en el aire mientras todos los ojos se volvían hacia él. Autumn se estremeció involuntariamente. Era la respuesta que imaginaba,

pero, aun así, sintió un frío glacial al oírla.

–Pero, por supuesto –continuó diciendo Lucas–, eso es algo obvio, teniendo en cuenta mi obra.

–La vida a veces es obvia –declaró Jacques.

En sus labios jugueteaba una ligera sonrisa mientras alzaba su copa llena de vino blanco.

–Yo buscaría algo más espectacular –reflexionó Julia–. Me deslizaría por los pasillos con un camisón blanco –posó los codos en la mesa, dobló las manos y apoyó en ellas la barbilla–. Imagino la llama de la vela temblando en las sombras mientras el asesino espera con un pañuelo de seda para quitarme la vida.

–Serías un cadáver adorable –la alabó Autumn.

–Gracias, querida –se volvió hacia Lucas–. Pero preferiría permanecer entre los vivos, por lo menos hasta la escena final.

–Pero si tú mueres muy bien –Steve le sonrió a través de la mesa–. Me impresionaste mucho en el papel de Lisa en *Esperanza de primavera*. ¿Qué clase de asesinato imaginas tú? –Steve estaba comiendo poco, advirtió Autumn. Parecía preferir el vino–. ¿Un crimen pasional o por venganza? ¿El acto impulsivo de un amante abandonado o la obra maligna de una mente fría y calculadora?

–Tía Tabby podría echar un veneno exótico en la comida e ir eliminándonos uno a uno –sugirió Autumn mientras hundía el tenedor en el puré de patatas.

–Pero, en cuanto alguien muere, ya no sirve para nada –dijo Helen, haciendo que el grupo volviera a dedicarle su atención–. El asesinato es una pérdida de tiempo. Es preferible mantener a alguien vivo. Vivo y vulnerable –miró a Lucas–. ¿No está de acuerdo conmigo, señor McLean?

A Autumn no le gustó su sonrisa. Era fría y calculadora. Recordó las palabras de Jacques. Sí, Helen era una mujer fría y calculadora. Miró a Lucas en medio del silencio que siguió a sus palabras.

Había adoptado la expresión de aburrimiento y «vete al infierno»

que ella tan bien conocía.

–No creo que el asesinato sea una pérdida de tiempo –su voz volvía a sonar natural, pero Autumn percibió el cambio que se había operado en sus ojos. No reflejaban aburrimiento, eran unos ojos fríos como el hielo–. El mundo ganaría mucho con la eliminación de ciertas personas –sonrió.

Ya no parecían estar hablando hipotéticamente. Autumn desvió la mirada hacia Helen y reconoció el miedo en su rostro. Pero no, aquello solo era un juego, se dijo frenética, y miró a Julia. La actriz estaba sonriendo, pero no había calor en su sonrisa. Disfrutaba viendo a Helen aletear como una polilla clavada en un alfiler. Al advertir la expresión consternada de Autumn, cambió de tema sin vacilar.

Después de la cena, el grupo se reunió en el salón, pero la tormenta, que continuaba imbatible, estaba alterándoles los nervios. Julia y Lucas eran los únicos a los que no parecía afectar. Autumn les vio juntos en una esquina, aparentemente encantados con la compañía del otro. La risa de Julia sonaba grave y rica por encima del sonido de la lluvia. En una ocasión, al mirar a Lucas, le vio tomando un mechón de su rubio pelo entre sus dedos. Autumn desvió la mirada. Julia era una experta en crear dificultades y saberlo la deprimía.

Los Spicer permanecían juntos en el sofá más cercano a la chimenea. Aunque hablaban en voz baja, Autumn advertía la tensión de una pelea doméstica. Se apartó para no oírlos. Aquel no era un buen momento, decidió, para que Jane se enfrentara a Robert por su fascinación por Julia, estando la actriz ofreciendo a otro hombre todas sus atenciones. Cuando se fueron, el rostro de Jane ya no era huraño, sino, simplemente, triste. Julia no miró en ningún momento hacia la pareja, se inclinó hacia Lucas y le dijo algo al oído que le hizo reír. Autumn descubrió entonces que también ella quería marcharse.

Pero eso no tenía nada que ver con Lucas, se dijo a sí misma mientras salía al pasillo. Solo quería darle las buenas noches a su tía. Julia estaba haciendo, exactamente, lo que ella quería que hiciera:

mantener entretenido a Lucas. Cuando se interponía entre ellos, Lucas ni siquiera la miraba. Intentando sacudirse aquel dolor, abrió la puerta de la habitación de su tía.

–¡Autumn cariño! Lucas me ha dicho que te has dado un golpe en la cabeza –Tabby dejó de revisar la lista de la lavandería y se levantó para verle la herida–. ¡Pobrecilla! ¿Quieres una aspirina? Seguro que tengo por alguna parte.

Aunque apreciaba el hecho de que Lucas le hubiera ofrecido a su tía una versión suavizada de lo ocurrido, Autumn volvió a preguntarse por la naturaleza de su relación. No parecía muy propio de Lucas el tomarse tantas molestias por una anciana conocida únicamente por ser dueña de una posada y por su tarta de chocolate.

–No tía Tabby, estoy bien. Ya he tomado unas pastillas.

–Eso está bien –le palmeó la mano y miró la herida con el ceño fruncido–. Tienes que tener más cuidado, cariño.

–Lo tendré. Tía Tabby... –miró sin prestar atención los papeles que tenía encima del escritorio–. ¿Hasta qué punto conoces a Lucas? Creo que es el único de los huéspedes al que llamas por su nombre de pila.

Sabía que no tenía sentido andarse con rodeos con su tía. Tendría el mismo efecto que leer *Guerra y Paz* sin una luz adecuada: dolor de cabeza y confusión.

–Bueno, eso depende, Autumn. Realmente, depende.

Tía Tabby alejó delicadamente los papeles del alcance de Autumn antes de fijar la mirada en el techo. Autumn sabía que eso significaba que estaba pensando.

–También está la señora Nollington. Reserva la habitación de la esquina todos los años en septiembre. Yo la llamo Frances y ella me llama Tabitha. Es una mujer muy agradable. Una viuda del California Norte.

–Lucas te llama tía Tabby –señaló Autumn antes de que su tía continuara hablando de Frances Nollington.

–Sí, cariño, mucha gente lo hace. Tú también.

–Sí, pero yo...

–Y Paul y Will –continuó Tabby alegremente–. Y el chico que nos trae los huevos. Y... alguna gente. Sí, mucha gente. ¿Te ha gustado la cena?

–Sí, mucho, tía Tabby –Autumn insistió–. Lucas parece sentirse como en casa.

–¡Cuánto me alegro! –sonrió radiante a su sobrina mientras le tomaba la mano y se la palmeaba–. Hago un gran esfuerzo para que todo el mundo se sienta como en casa. Siempre me da mucha vergüenza hacerles pagar por ello, pero... –miró las cuentas de la lavandería y comenzó a musitar.

Había llegado el momento de renunciar, se dijo Autumn a sí misma. Le dio a su tía un beso en la mejilla y la dejó con las toallas y las fundas de las almohadas.

Para cuando terminó de ordenar el laboratorio, ya comenzaba a hacerse tarde. En aquella ocasión, dejó la puerta abierta y todas las luces encendidas. El eco de la lluvia que continuaba batiendo las ventanas de la cocina la siguió al interior. Aparte de aquel furioso murmullo, no se oía nada en toda la casa.

No, se corrigió Autumn, las casas antiguas nunca estaban en silencio. Crujían, susurraban, pero los gemidos de la madera no le inquietaban. Le gustaba aquella susurrante cualidad del silencio. Concentrada y satisfecha, vació bandejas y restituyó botellas. Tiró los rollos malogrados en la papelera con un suspiro.

Le dolía un poco, pero no podía hacer nada al respecto. Al día siguiente, decidió, revelaría las fotografías que había hecho por la mañana: el lago, el sol del amanecer, el reflejo de los árboles en el agua. De esa manera se sentiría mejor. Estiró la espalda y se levantó la melena, sintiéndose agradablemente cansada.

–Te recuerdo haciendo eso por las mañanas.

Autumn dio media vuelta. La melena se deslizó por sus hombros mientras el miedo hacía que le subiera el corazón a la garganta. Se apartó el pelo de los ojos y miró fijamente a Lucas.

Lucas se inclinó contra el marco de la puerta con la taza de café en la mano y le sostuvo la mirada.

–Te subías la melena y la dejabas caer por tu espalda. Y yo me moría por hundir los dedos en ella –hablaba con voz profunda y extrañamente intensa. Autumn era incapaz de hablar de ninguna manera–. A menudo me preguntaba si lo hacías intencionadamente, solo para volverme loco.

Estudió su rostro, frunció el ceño y se llevó la taza a los labios.

–Pero, por supuesto, no era así. Jamás he conocido a nadie capaz de excitar a un hombre con tanta inocencia.

–¿Qué estás haciendo aquí? –el temblor de su voz restaba fuerza a la pregunta.

–Recordar.

Autumn se volvió y comenzó a revolver las botellas, acabando con el orden en el que las había organizado.

–Siempre has sido muy inteligente con las palabras, Lucas – intentando permanecer fría, miró detenidamente una botella de líquido de revelado–. Supongo que tiene que ver con tu profesión.

–En este momento, no estoy escribiendo.

Era más fácil fingir que no le había entendido.

–¿Te sigue dando problemas el libro?

Autumn se volvió y notó los signos del cansancio y la tensión en su rostro. La compasión y el amor florecieron, y tuvo que hacer un esfuerzo para sofocarlos. La mirada de Lucas era demasiado amable.

–Es posible que tengas más éxito si consigues disfrutar de una buena noche de sueño –señaló la taza que tenía entre las manos–. El café no te va a ayudar a dormir.

–A lo mejor no –vacío la taza–, pero es mejor que beber whisky.

–Y dormir es preferible a beber cualquiera de las dos cosas –se encogió de hombros despreocupadamente. Los hábitos de Lucas hacía tiempo que habían dejado de ser su problema–. Me voy.

Autumn caminó hacia él, pero Lucas permaneció donde estaba,

bloqueando la puerta. Autumn se detuvo bruscamente. Estaban solos. En el piso de abajo solo estaban ellos y el sonido incesante de la lluvia.

–Lucas –suspiró con dureza, deseando que pensara que se sentía impaciente, más que vulnerable–. Estoy cansada, no me causes problemas.

La mirada de Lucas pareció encenderse ante su tono. Aunque Autumn permanecía firme, notaba cómo se le iban aflojando las rodillas. Un dolor sordo y palpitante regresó de nuevo a su cabeza. Cuando Lucas se apartó, ella apagó las luces y pasó por delante de él. Lucas la agarró rápidamente del brazo, evitando la que ella pensaba iba a ser una salida fácil.

–Llegará un momento –musitó el escritor– en el que no tendrás tantas ganas de marcharte.

–No me amenes con tu hiperactiva masculinidad –el enfado le hizo perder la prudencia–. Ahora soy inmune a ella.

Pero Lucas la hizo avanzar hacia él de tal manera que lo único que Autumn podía ver era su furia.

–Ya he tenido suficiente –le advirtió Lucas.

Tomó su boca bruscamente. Autumn podía sentir su furibundo deseo. Cuando intentó resistirse, la presionó contra la pared, posó las manos a ambos lados de su cuerpo y la castigó con su boca. Autumn podía sentir cómo iba cediendo ante aquella presión y se odiaba a sí misma por rendirse tanto como lo odiaba a él. Lucas no suavizó la presión de sus labios ni siquiera cuando ella dejó de resistirse. Continuaba saqueándolos mientras el enfado vibraba entre ellos.

A Autumn le latía salvajemente el corazón y estaban tan juntos que podía sentir el ritmo furioso del de Lucas. La pasión era sobrecogedora y ella estaba atrapada contra la pared. No había escapatoria, se dijo sombría. Nunca había habido ninguna posibilidad de escapar de él. No había lugar para correr. No había ningún lugar para esconderse. Comenzó a temblar de miedo y de deseo.

Pero Lucas se apartó bruscamente. Sus ojos estaban tan oscuros que

Autumn solo veía en ellos su propio reflejo. Se había perdido en él, pensó. Siempre había estado perdida en él. En ese momento, comenzó a sacudirla, haciéndole emitir un grito ahogado.

–No me provoques –le dijo con dureza–. ¡Maldita sea! Deberías recordar que no tengo escrúpulos. Sé cómo tratar a la gente que me provoca –se interrumpió, pero continuaba clavándole los dedos en el brazo–. Te lo advierto, Gata, prepárate para gritar y patallar si sigues presionándome.

Demasiado asustada por la furia que veía en su rostro como para pensar en su orgullo, Autumn dio media vuelta, cruzó corriendo el pasillo y subió a toda velocidad las escaleras.

Capítulo 6

Autumn llegó a la puerta del dormitorio sin respiración y luchando contra las lágrimas. No debería haber permitido que Lucas la tratara así. No podía permitirlo. ¿Por qué tenía que volver a su vida de aquella manera? Justo cuando estaba empezando a superarlo. «Mentirosa», se dijo. La voz sonaba clara como el cristal en el interior de su cabeza. Jamás había superado su relación con Lucas. Jamás. Pero lo haría. Apretó los puños mientras permanecía ante la puerta de su dormitorio intentando recuperar la respiración. Terminaría olvidándolo.

Al oír sus pasos en las escaleras, se abalanzó sobre el picaporte con movimientos torpes. No quería volver a enfrentarse a él aquella noche. Incluso le parecía demasiado pronto tener que hacerlo al día siguiente.

Algo andaba mal. Autumn lo supo en el mismo instante en el que abrió la puerta y trastabilló en la oscuridad. El olor a perfume era tan fuerte que mareaba. Buscó a tientas el interruptor y, cuando encendió la luz, lanzó un pequeño grito de desesperación.

Habían abierto los cajones y el armario. Su ropa estaba tirada y esparcida por toda la habitación. Algunas prendas las habían roto y desgarrado, otras, estaban simplemente amontonadas en el suelo. Le habían sacado las joyas y las habían arrojado indiscriminadamente por encima de las montañas de ropa. Habían vaciado también los frascos de colonia y maquillaje y los habían lanzado por doquier. Todo, hasta el más pequeño de sus objetos personales, había sido maltratado o destrozado.

Se quedó paralizada por el impacto y la incredulidad. Se había equivocado de habitación, se dijo. Aquella no podía ser su habitación. Pero la blusa de batista que estaba en el suelo con la manga rota a la altura del hombro era un regalo de Navidad de Will. Y las sandalias

que habían rajado y lanzado a una de las esquinas de la habitación las había comprado ella misma en una pequeña zapatería de la Quinta Avenida el verano anterior.

–No –sacudió la cabeza como si de aquella manera pudiera hacer desaparecer lo que estaba viendo–. No es posible.

–¡Dios mío!

Oyó la voz de Lucas tras ella. Autumn se volvió y le descubrió mirando fijamente la habitación.

–No lo comprendo –susurró ella.

Era una estupidez, pero no se lo ocurría qué otra cosa decir. Al oírla, Lucas desvió la mirada hacia su rostro. Autumn contestó con un gesto de impotencia.

–¿Por qué?

Lucas se acercó a ella y secó con el pulgar la lágrima que descendía por su mejilla.

–No lo sé. Antes tendremos que averiguar quién ha sido.

–Pero es tan... Han tenido tan mala intención –comenzó a moverse a través de sus cosas, pensando todavía que aquello era una pesadilla–. Nadie tiene motivos para hacerme algo así. Porque hace falta odiar mucho a una persona para hacerle esto, ¿verdad? Aquí nadie tiene razones para odiarme. Nadie me conocía hasta ayer por la noche.

–Excepto yo.

–Este no es tu estilo –se presionó la sien con el dedo mientras se esforzaba en intentar comprender–. Tú encontrarías una forma más directa de hacerme daño.

–Gracias.

Autumn le miró y frunció el ceño, apenas consciente de lo que estaba diciendo. Lucas estudió su rostro con expresión pensativa. Autumn se volvió. No estaba en condiciones de hablar con Lucas McLean. Y entonces, la vio.

–¡Oh, no!

Casi a cuatro patas, Autumn se abrió paso entre la ropa destrozada,

llegó hasta la cama y comenzó a tirar de las sábanas revueltas. Las manos le temblaban cuando tomó la cámara. Las lentes estaban destrozadas, las grietas se extendían por toda la superficie. Habían roto también la parte posterior de la cámara, que colgaba tambaleante de una de las pequeñas bisagras. El carrete se extendía como la cola de un gato. Estaba completamente expuesto a la luz. Destrozado. El espejo también estaba roto. Con un gemido, Autumn acunó la cámara entre sus brazos y comenzó a llorar.

La ropa y los adornos no significaban nada para ella, pero la Nikon era mucho más que una cámara. Era tan parte de ella como sus propias manos. Con ella había hecho sus primeras fotografías como profesional. Aquello era como una mutilación, como una violación.

De pronto, sintió que alguien enterraba su rostro contra un duro pecho. No protestó cuando Lucas la abrazó. Siguió llorando amargamente. Lucas no dijo nada, no le ofreció palabras de consuelo, pero sus manos fueron inesperadamente delicadas y sus brazos deliciosamente fuertes.

–¡Lucas! –se apartó de él con un suspiro–. Esto no tiene ningún sentido.

–Tiene que tenerlo, Autumn, siempre lo tiene.

Autumn le miró a los ojos.

–¿Tú crees? –los ojos de Lucas continuaban ocultando sus secretos, así que Autumn dejó caer la mirada hasta la cámara destrozada–. Desde luego, si alguien quería hacerme daño, esta era la mejor forma de conseguirlo.

Se aferró a la cámara. De pronto, estaba furiosa. Apartó la desesperación y las lágrimas. Su cuerpo pareció revivir con la rabia. No iba a continuar sentada lamentándose. Tenía que hacer algo. Le plantó la cámara a Lucas entre las manos y se levantó.

–Espera un momento –Lucas le agarró la mano antes de que pudiera salir corriendo de la habitación–. ¿Adónde vas?

–Voy a sacar a todo el mundo de la cama –le espetó, apartando

violentemente la mano—. Y después, voy a romperle el cuello a alguien.

En aquella ocasión, a Lucas no le resultó nada fácil controlarla. Al final, lo consiguió abrazándola y sosteniéndola contra él.

—Serías capaz.

Había un deje de admirada sorpresa en su tono, pero a Autumn no le proporcionó ningún placer.

—Tú mismo podrás comprobarlo —contestó desafiante.

—Pero, antes, tranquilízate —la sujetó con fuerza mientras ella se retorció contra él.

—Quiero...

—Ya sé lo que quieres, y no te culpo. Pero tienes que pensar con calma para no precipitarte.

—No tengo nada que pensar —replicó—. Alguien va a pagar lo que me ha hecho.

—Muy bien, me parece justo, ¿pero quién?

Su lógica la enfadaba, pero también consiguió atemperar su genio.

—Todavía no lo sé.

Haciendo un esfuerzo, tomó aire para intentar tranquilizarse.

—Eso está mejor —replicó Lucas y la besó—. Aunque tu mirada sigue siendo letal.

Suavizó la sujeción, pero continuó agarrándola del brazo.

—Mantén las garras enfundadas hasta que averigüemos lo que está pasando, Gata —le recomendó—. Y, ahora, vamos a llamar a unas cuantas puertas.

La habitación de Julia estaba al lado de la suya, así que fue la primera a la que Autumn se dirigió. La rabia parecía haberse convertido en hielo. Tenía que ser sistemática, se dijo a sí misma, en todo momento consciente de la mano de Lucas. Sí, sería sistemática y fría hasta que averiguara quién lo había hecho. Pero después...

Llamó con firmeza a la habitación de Julia. Al cabo de unos segundos, esta contestó somnolienta.

—Julia, levántate —le pidió Autumn—. Quiero hablar contigo.

–Autumn, cariño –su voz hacía imaginarse a Julia acurrucada entre almohadones–. Hasta yo necesito un sueño reparador. Sé buena y márchate

–Julia, levántate –repitió Autumn, reprimiéndose apenas las ganas de gritar–. ¡Inmediatamente!

–Dios mío, parece que estamos de malhumor. ¡Pero si soy yo la que se tiene que levantar de la cama!

Julia abrió la puerta por fin. Con el camisón blanco de encaje, el pelo revuelto alrededor del rostro y los ojos cargados por el sueño, era como una auténtica visión.

–Bueno, ya estoy levantada –le dirigió a Lucas una sonrisa lenta y sensual y se pasó la mano por el pelo–. ¿Vamos a celebrar una fiesta?

–Alguien me ha destrozado la habitación –explicó Autumn abiertamente.

Vio que Julia dejaba de coquetear silenciosamente con Lucas para mirarla.

–¿Qué?

Su expresión felina se transformó en un ceño de preocupación. Era una actriz, se recordó Autumn. Era una actriz y no debía olvidarlo.

–Han sacado la ropa, la han roto y la han tirado por toda la habitación. También me han roto la cámara.

Tragó saliva tras decir la última frase. Era lo que más le costaba asimilar.

–¡Pero qué locura! –Julia ya no estaba provocativamente apoyada contra la puerta, sino completamente erguida–. Déjame verlo.

Pasó por delante de ellos y corrió por el pasillo. Se detuvo en el marco de la puerta de Autumn mirando fijamente el interior de la habitación. Cuando se volvió de nuevo hacia ellos, tenía los ojos abiertos de par en par.

–Autumn, ¡es horrible! –se acercó a ella y le pasó el brazo por la cintura–. Es completamente horroroso. Lo siento.

Compasión, sinceridad, sorpresa. Los tres sentimientos estaban allí. Y

Autumn estaba desesperada por creerla.

–¿Quién ha podido hacer una cosa así? –le preguntó a Lucas.

Autumn vio entonces que su mirada reflejaba enfado. Volvía a ser la mujer dura que había podido contemplar brevemente aquella tarde.

–Eso es lo que queremos averiguar. Vamos a despertar a los demás.

En ese momento, pasó algo extraño entre ellos. Autumn lo vio durante un instante fugaz. Después, desapareció.

–De acuerdo –dijo Julia–. Vamos.

Se colocó el pelo detrás de las orejas con un gesto de impaciencia.

–Yo iré a despertar a los Spicer. Tú encárgate de Jacques y de Steve –le dijo a Lucas. Y añadió, mirando a Autumn–: Tú despierta a Helen.

Su tono iba impregnado de suficiente autoridad como para que Autumn se encontrara a sí misma avanzando por el pasillo hacia la habitación de Helen. Mientras lo hacía, oía las llamadas a las puertas y los murmullos que sonaban tras ella. Cuando llegó a la puerta de Helen, la golpeó con fuerza. Por lo menos, se dijo, estaban haciendo algo. Lucas tenía razón. Necesitaban un juicio antes de poder colgar a nadie.

Su llamada no recibió respuesta. Enfadada, Autumn volvió a golpear la puerta con los nudillos. No estaba de humor para ser ignorada. Tras ella, oía más actividad. La gente comenzaba a salir de las habitaciones para ver el desastre que había tenido lugar en la suya.

–¡Helen! –volvió a llamar, al límite ya de la paciencia–. ¡Sal ahora mismo!

Empujó la puerta, que estaba abierta. Por lo menos podría contar con la satisfacción de levantar a alguien de la cama. Sin la menor compasión, encendió la luz.

–Helen...

Pero Helen no estaba en la cama. Autumn clavó en ella la mirada, demasiado impactada incluso como para sentir horror. Helen estaba en el suelo, pero no estaba durmiendo. Probablemente no volvería a dormir en su vida. ¿Eso que estaba viendo era sangre?, se preguntó

conmocionada. Dio un paso adelante, incapaz de asimilar lo que estaba viendo.

El horror le atenazaba la garganta, impidiéndole gritar. Retrocedió lentamente. Aquello era una pesadilla. Empezando por lo que había pasado en su habitación, todo aquello era una terrible pesadilla. Nada tenía sentido. Recordó el tono despreocupado con el que Lucas había pronunciado la palabra «asesinato». Autumn negó con la cabeza y retrocedió hasta la pared. No, aquello era solo un juego. Oyó una voz llamando aterrorizada a Lucas sin ser consciente de que era la suya. Después, afortunadamente, fue capaz de taparse los ojos con las manos.

–¡Sacadla ahora mismo de aquí!

La brusca orden de Lucas flotó a través del cerebro de Autumn. Estaba atrapada en la espesa niebla del mareo. Alguien la agarró y la sacó de la habitación.

–¡Dios mío! –exclamó Steve con voz temblorosa.

Cuando Autumn encontró las fuerzas que necesitaba para alzar la mirada, vio su rostro blanco como el papel. Intentó superar su debilidad y enterró la cabeza en su pecho. ¿Cuándo iba a despertar de aquel horror?

La confusión reinaba a su alrededor. Oía voces incorpóreas mientras iba pasando del horror al estado de shock. Oía los tonos graves de Julia, la voz cavernosa de Jane, y aquella mezcla de inglés y francés con la que Jacques hablaba. Después se unió a ellos la voz de Lucas, calma, y fría como una salpicadura de agua helada.

–Está muerta. La han apuñalado. Estamos sin teléfono, así que tendré que ir al pueblo para avisar a la policía.

–¿Asesinada? ¿La han asesinado? ¡Dios mío! –gritó Jane.

A continuación, su voz sonó más amortiguada. Autumn alzó la cabeza y la vio abrazada con fuerza a su marido.

–Creo que, como precaución, nadie debería salir solo de la posada – Robert tomó aire mientras abrazaba a su esposa–. Tenemos que

enfrentarnos a lo que implica lo sucedido.

–Yo iré con él –la voz de Steve sonaba tensa y temblorosa–. Me vendrá bien un poco de aire fresco.

Lucas asintió, concentrado en todo momento en Autumn. Sus ojos no la abandonaban mientras hablaba con Robert.

–¿Tienes algo para tranquilizarla? –le preguntó a Robert–. Esta noche puede compartir la habitación con Julia.

–Estoy bien –consiguió decir Autumn cuando se apartó de Steve–. No quiero nada.

Aquello no era un sueño, era real y tenía que enfrentarse a ello.

–No te preocupes por mí. El problema no soy yo. Yo estoy bien – insistió.

La histeria burbujeaba en su interior y se mordió el labio para dominarla.

–Vamos, cariño –el brazo de Julia reemplazó al de Steve–. Vamos al piso de abajo a sentarnos un rato. Se pondrá bien.

–Yo quiero... –comenzó a decir Lucas.

–He dicho que se pondrá bien –Julia interrumpió cortante las protestas de Lucas–. Yo me ocuparé de ella. Haz lo que tengas que hacer.

Antes de que Lucas hubiera podido decir nada más, Autumn estaba bajando ya las escaleras.

–Siéntate –le ordenó Julia, instándola a sentarse en el sofá–. Te vendría bien beber algo.

Autumn alzó la mirada y vio el rostro de Julia cerniéndose sobre el suyo.

–Estás muy pálida –dijo estúpidamente, antes de que el brandy comenzara a abrasarle la garganta y pareciera devolverla a la realidad con un fuerte impacto.

–No me sorprende –musitó Julia, y se sentó enfrente de Autumn–. ¿Estás mejor? –preguntó cuando Autumn volvió a levantar la copa.

–Sí, o por lo menos eso creo –tomó aire y fijó la mirada en los ojos

de Julia—. Todo esto está sucediendo de verdad, ¿no es cierto? Helen estaba tumbada en el suelo de su habitación.

—Sí, está ocurriendo —Julia vació su propia copa. Sus mejillas fueron recuperando gradualmente el color—. Al parecer, al final esa bruja se ha excedido en sus presiones.

Estupefacta por la dureza de la voz de Julia, Autumn se la quedó mirando fijamente. Julia dejó la copa en la mesa con calma.

—Escucha —suavizó el tono, pero su mirada continuaba siendo muy fría—. Eres una mujer fuerte, Autumn. Has sufrido un fuerte impacto, una experiencia terrible, pero no te vas a derrumbar.

—No —Autumn intentó creerla y repitió con más fuerza—: No, no me voy a derrumbar.

—Todo esto es un desastre y tendrás que enfrentarte a ello —Julia se interrumpió y se inclinó hacia ella—. Uno de nosotros la ha matado.

Parte de ella ya lo sabía, sin embargo, otra parte de Autumn luchaba contra aquella verdad, intentaba bloquearla. Pero después de que Julia la hubiera expresado en términos tan fríos y sencillos, no había escapatoria. Autumn volvió a asentir y bebió de un sorbo el brandy que le quedaba.

—Ha recibido lo que se merecía.

—Julia...

Jacques entró a grandes zancadas en el salón. Su rostro reflejaba horror y desaprobación.

—¡Oh, Jacques, gracias a Dios! Dame uno de esos horribles cigarrillos franceses. Y dale otro a Autumn. Seguro que le sienta bien.

—Julia —Jacques obedeció automáticamente—, no debes hablar de esa manera.

—No soy una hipócrita —Julia dio una profunda calada a su cigarrillo, se estremeció y volvió a fumar—. La odiaba. Y la policía no tardará en averiguar por qué la detestábamos todos.

—*Nom de Dieu!* ¿Cómo puedes hablar con esa tranquilidad de una cosa así? —Jacques explotó con una fuerte y apasionada virulencia de

la que Autumn no le habría creído capaz—. Esa mujer está muerta, ¡la han asesinado! ¿No eres capaz de ver la crueldad de un acto así? ¡Ojalá yo no fuera capaz de verla!

Autumn dio una calada a su propio cigarrillo, intentando bloquear la imagen que acudía a su mente. Abrió la boca y se atragantó por lo fuerte del humo.

—¡Autumn, lo siento! —el enfado de Jacques se desvaneció mientras se sentaba a su lado y le pasaba el brazo por los hombros—. No debería habértelo recordado.

—No —sacudió la cabeza y apagó el cigarrillo. No iba a servirle de nada—. Julia tiene razón. Tenemos que enfrentarnos a lo ocurrido.

Entró entonces Robert. Su paso, habitualmente alegre, era pesaroso y cansado.

—Le he dado un tranquilizante a Jane —suspiró y también él se sirvió un brandy—. Esta va a ser una noche muy larga.

Se hizo el silencio en la habitación. La lluvia que los había acompañado durante toda la noche apenas se notaba. Jacques paseaba por la habitación fumando continuamente mientras Robert avivaba el fuego de la chimenea. Pero ni el resplandor ni el chisporroteo de las llamas llevaron calor a la habitación. Autumn continuaba sintiendo la piel helada. Para protegerse, se sirvió otra copa de brandy, pero pronto descubrió que no era capaz de seguir bebiendo.

Julia permanecía sentada. Fumaba dando largas y lentas caladas. La única señal de nerviosismo en ella era que continuaba dando golpecitos con la uña pintada de rosa en el brazo del sofá. Pero ni aquel tamborileo, ni el chisporroteo del fuego ni el susurro de la lluvia minaban el sobrecogedor silencio del salón.

Cuando se abrió la puerta principal con un clic y un sonido sordo, todos los ojos volaron hacia ella. Los nervios se tensaron. Estaban todos a punto de explotar. Autumn esperó a ver el rostro de Lucas. De alguna manera, sabía que, mientras él estuviera cerca, estaría bien.

–No hemos podido cruzar el vado –dijo Lucas cortante mientras entraban en el salón.

Se quitó la cazadora empapada y también él fue a servirse una copa.

–¿Tan mal está? –preguntó Robert.

Desvió la mirada hacia Steve y volvió a mirar a Lucas. La cadena de mando ya había quedado establecida.

–Suficientemente mal como para obligarnos a quedarnos aquí durante un día a dos –le informó Lucas.

Bebió una buena dosis de brandy y fijó la mirada en la ventana. No había nada que ver, salvo el reflejo de la habitación que tenía tras él.

–Eso, en el caso de que mañana deje de llover –añadió.

Se volvió hacia Autumn para escrutar su rostro. Una vez más, consiguió que, para Autumn, todo lo demás desapareciera.

–El teléfono –necesitaba decir algo, cualquier cosa–. Es posible que para mañana ya esté arreglado.

–No cuentes con ello –Lucas se pasó la mano por el pelo empapado, salpicando el suelo–. Por lo que ha dicho la radio cuando estábamos en el coche, este temporal es la consecuencia de un tornado. Se ha ido la luz en toda esta parte del estado –encendió un cigarrillo y se encogió de hombros–. Tendremos que limitarnos a esperar para ver lo que pasa.

–Podríamos tardar días –Steve se dejó caer al lado de Autumn con el rostro todavía macilento. Autumn le tendió el brandy que ella no quería y se le quedó mirando fijamente–. ¿Y qué demonios vamos a hacer ahora?

–En primer lugar, cerrar y sellar la habitación de Helen –Lucas se encendió un cigarrillo y fijó la mirada en Julia–. Después, deberíamos intentar dormir.

Capítulo 7

En algún momento, durante las primeras luces del amanecer, Autumn se durmió. Había pasado la noche tumbada con los ojos abiertos, escuchando la delicada respiración de Julia a su lado. Aunque envidiaba su capacidad para dormir, Autumn había luchado contra el sueño. Si cerraba los ojos, reproducía la imagen de lo que había visto al abrir la puerta de la habitación de Helen. Sin embargo, cuando los ojos se le cerraron, durmió sin soñar, se sumió en el total olvido proporcionado por el agotamiento.

Debió de ser el silencio lo que la despertó. De pronto, se encontró despierta y sentada en la cama. Miró confundida a su alrededor.

La saludó el desorden de Julia. Pañuelos de seda y cadenas de oro por doquier. Frascos elegantes ocupando la cómoda. Zapatos italianos con unos tacones increíblemente altos esparcidos por el suelo. Regresaron los recuerdos.

Autumn se levantó con un suspiro, sintiéndose un poco ridícula con el camión de seda negra que le había prestado Julia. Ni era de su estilo ni le quedaba bien. Después de mirarse al espejo, se alegró de que Julia se hubiera despertado ya y se hubiera ido. Como no quería ponerse ninguna de las prendas que podría haber sobrevivido al ataque a su habitación, buscó los vaqueros y la camiseta que vestía el día anterior.

Vio una nota encima de ellos. Aquella letra tan elegante solo podía ser de Julia.

Querida: utiliza la ropa interior que necesites y una blusa y un jersey. Me temo que mis pantalones no te quedarán bien. Estás como un palillo. No sueles llevar sujetador y, en cualquier caso, la idea de que pudieras llenar uno de los míos me resulta ridícula.

Autumn se echó a reír, tal y como Julia pretendía. Le hizo sentirse tan bien, tan normal, que se echó de nuevo a reír. Julia sabía exactamente cómo se sentía. Autumn lo comprendió y sintió una oleada de gratitud por aquel gesto tan sencillo. Se duchó, dejando que el agua caliente se deslizara por su cuerpo.

Cuando regresó al dormitorio, sacó un par de bragas de encaje. Julia tenía muchas en tonos pastel que, seguramente, debían de costar tanto como un gran angular. Sacó uno de los jerséis de Julia, y se lo remangó hasta los codos, aunque prácticamente le llegaba por allí. Salió de la habitación procurando no mirar en ningún momento hacia la puerta de Helen.

–Autumn, esperaba que durmieras algo más.

Autumn se detuvo con un pie ya en la escalera y esperó a que Steve la alcanzara. Parecía haber envejecido desde el día anterior. Asomó a sus labios un fragmento de su sonrisa infantil, pero no alcanzó sus ojos.

–No parece que hayas dormido demasiado –comentó Steve, y posó un dedo en su mejilla.

–No creo que nadie haya dormido mucho.

Steve le pasó el brazo por los hombros.

–Por lo menos está dejando de llover.

–¡Oh! –Autumn rio débilmente al fijarse en ello–. Sabía que había algo diferente. Me ha despertado el silencio. ¿Dónde está...? –se interrumpió al sentir el nombre de Lucas en la punta de la lengua– ¿Dónde está todo el mundo? –se corrigió.

–En el salón –contestó Steve, pero la condujo hacia el comedor–. Antes tienes que desayunar. Yo tampoco he comido nada, y tú no puedes permitirte el lujo de adelgazar más.

–Eres muy amable al recordármelo –consiguió esbozar una sonrisa. Si él podía hacer un esfuerzo por comportarse con normalidad, también ella podía intentarlo–. Pero prefiero que desayunemos en la

cocina.

Tía Tabby estaba allí, como siempre, dando instrucciones a una Nancy mucho más sumisa. Se volvió al oírlos entrar y envolvió a Autumn en sus suaves brazos con olor a lavanda.

–¡Autumn, qué tragedia tan terrible! No sé lo que vamos a hacer – Autumn la abrazó con fuerza. Por fin tenía algo sólido en lo que apoyarse–. Lucas dice que han matado a esa pobre criatura, pero a mí no me parece posible. ¿Tú qué crees? –retrocedió para escrutar su rostro–. Parece que no has dormido muy bien, querida. Es natural. Ahora siéntate a desayunar. Es lo mejor que puedes hacer.

Su tía, pensó Autumn, podía ser sorprendentemente asertiva cuando se lo proponía. Comenzó a moverse por la cocina murmurándole algo a Nancy mientras Autumn y Steve se sentaban a la mesa.

Los sonidos y los olores de la cocina eran los de siempre. Beicon, café y el chisporroteo de los huevos en la sartén. Era lo mejor que podían hacer, reconoció Autumn. Incorporarse a la rutina, recuperar cierta sensación de orden. Y el orden la ayudaría a pensar con claridad.

Steve sentado frente a ella, estuvo tomando café mientras Autumn jugueteaba con los huevos revueltos. Era incapaz de recuperar su habitual apetito y optó por la conversación. Las preguntas que le hacía a Steve sobre su vida eran generales y vanas, pero él hacía el esfuerzo de contestarlas. Autumn se dio cuenta, mientras mordisqueaba sin mucho interés una tostada, de que se estaban apoyando el uno al otro.

Descubrió que era un hombre muy viajado. Había recorrido todo el país realizando diferentes tareas en su papel de solucionador de problemas del conglomerado de empresas de su padre. Asumía la riqueza con la natural indiferencia del que siempre había sido rico, pero transmitía pleno conocimiento y gran dedicación a la empresa que le había proporcionado esa riqueza. Hablaba de su padre con respeto y admiración.

–Es una especie de símbolo del éxito y el ingenio –dijo Steve,

apartando su propio desayuno a medio comer—. Ha ido subiendo peldaño a peldaño la proverbial escalera del éxito. Es un hombre duro —sonrió y se encogió de hombros—. Se merece todo lo que ha ganado.

—¿Qué le parece que vayas a dedicarte a la política?

—Está completamente a favor.

Steve bajó la mirada hacia el plato de Autumn y la miró fijamente. Autumn se limitó a sonreír y sacudió la cabeza.

—Siempre me está animando para que luche por todo aquello que quiero e intente ser el mejor en ello —sonrió otra vez—. Es un hombre duro, pero, como hago bien mi trabajo y pretendo seguir haciéndolo, ambos estamos satisfechos. Me gusta ocuparme del papeleo —hizo un gesto con las dos manos—. Me gusta organizarlo todo, mejorar el sistema desde dentro del sistema.

—No creo que sea tan fácil como suena —comentó Autumn, alimentando su entusiasmo.

—No, pero... —sacudió la cabeza—. Será mejor que no me dejes empezar, porque puedo terminar lanzando todo un discurso.

Steve terminó su segunda taza de café y continuó hablando.

—Ya voy a tener que hacer suficientes discursos cuando regrese a California y comience la campaña electoral.

—Acabo de darme cuenta de que Lucas, Julia y Jacques también viven en California —Autumn se colocó un mechón de pelo tras la oreja, pensando en aquella casualidad—. Es extraño que tanta gente de la costa haya coincidido aquí al mismo tiempo.

—Los Spicer también —añadió Tabby desde el otro extremo de la cocina mientras colocaba las tartas en el horno—. Sí, estoy casi segura de que el doctor Spicer me dijo que eran de California. Qué calor y qué humedad tienen que aguantar allí. Bueno... —palmeó el fogón como para darle la confianza que podía necesitar para hornear los dulces—. Ahora tengo que ir a limpiar las habitaciones. Te he cambiado a la habitación de al lado de la de Lucas, Autumn. Es terrible lo que han hecho con toda tu ropa. Tendré que lavártela.

–Yo te ayudaré –Autumn apartó su plato y se levantó.

–No hace falta, querida, de eso ya se encarga la lavadora.

Sonreír no era tan difícil como en un principio había pensado.

–Me refería a las habitaciones.

–¡Oh! –Tabby se interrumpió y chasqueó la lengua–. Te lo agradezco, Autumn, de verdad, pero... –alzó la mirada con un punto de tristeza en los ojos–. Tengo mi propio sistema, ¿sabes? Creo que me confundirías. Tiene que ver con los números.

Mientras Autumn asimilaba aquella información, le acarició la mejilla a modo de disculpa y salió.

De modo que no tenía nada que hacer, salvo reunirse con todos los demás.

La lluvia, aunque era poco más que una ligera llovizna, continuaba teniendo para Autumn el mismo efecto que los barrotes de la prisión. Asomada a una de las ventanas del salón, ansiaba desesperadamente el calor del sol. La conversación no fluía. Cuando alguien hablaba, era para decir algo sobre Helen Easterman. A lo mejor habría sido mejor que se encerrara cada uno en su habitación, pero la naturaleza humana los impulsaba a estar juntos.

Julia y Lucas permanecían sentados en el sofá, hablando de vez en cuando en voz muy baja. Autumn descubría los ojos de Lucas fijos en ella demasiado a menudo. Tenía las defensas demasiado bajas como para enfrentarse al efecto que alguna de aquellas miradas podía tener en ella, así que permanecía de espaldas a él, observando la lluvia.

–Creo que ya es hora de que hablemos abiertamente de lo que ha pasado –anunció Julia de pronto.

–Julia –la voz de Jacques reflejaba tensión y cansancio al mismo tiempo.

–No podemos continuar así –repuso Julia con sentido práctico–. Steve está desgastando el suelo. Robert ha salido al bosque para alejarse de aquí y, como te fumes otro cigarrillo más, Jacques, te va a dar un patatús –sin embargo, ella se encendió otro–. A no ser que

finjamos que Helen se ha apuñalado a sí misma, tendremos que enfrentarnos al hecho de que uno de nosotros la ha matado.

La voz de Lucas sonó serena y distante en el penetrante silencio que siguió a aquellas palabras.

–Creo que el suicidio podemos descartarlo –observó a Autumn, que apoyaba la frente contra el cristal–, y, teniendo en cuenta las circunstancias, cualquiera de nosotros pudo hacerlo. Si dejamos de lado a Autumn y a su tía, somos seis posibles culpables.

Autumn se volvió y encontró a todos los presentes en la habitación con los ojos fijos en ella.

–¿Por qué me descartas? –se estremeció y se abrazó a sí misma–. Has dicho que todos pudimos hacerlo.

–Por el móvil, Gata –se limitó a decir–. Tú eres la única que no tenía un móvil para asesinarla.

–¿Un móvil? –aquello comenzaba a parecerse demasiado a uno de sus guiones. Ella necesitaba aferrarse a la realidad–. ¿Qué posibles móviles podría haber?

–El chantaje –Lucas encendió un cigarrillo mientras Autumn le miraba boquiabierto–. Helen era una chantajista profesional. Pensaba que con nosotros había encontrado un filón de oro. Pero erró en sus cálculos.

–Chantaje –Autumn apenas pudo musitar aquella palabra mientras le miraba fijamente–. Te lo estás inventando... Estás montando uno de los escenarios de tus novelas.

Lucas esperó un segundo y clavó en ella la mirada.

–No.

–¿Cómo estás tan seguro? –preguntó Steve. Desvió la mirada lentamente desde Lucas a Autumn–. Del hecho de que haya podido chantajearte a ti no se deriva necesariamente que estuviera chantajeándonos a todos nosotros.

–Qué inteligente eres, Lucas –intervino Julia. Deslizó la mano por su brazo y allí la dejó–. No tenía la menor idea de que estaba intentando

clavar sus garras en alguien más, aparte de en nosotros tres –miró a Jacques y se encogió despreocupadamente de hombros–. Al parecer, estamos en buena compañía.

Autumn emitió un pequeño sonido y Julia desvió hacia ella su atención. Su expresión era al mismo tiempo compasiva y divertida.

–No te sorprendas tanto, cariño. La mayor parte de nosotros tenemos asuntos que no tenemos ningún interés en hacer públicos. Yo misma podría haberle dado algún dinero si me hubiera amenazado con algo más escabroso –se inclinó hacia atrás e hizo un mohín–. Pero una aventura con un senador casado... –le dirigió a Autumn una luminosa sonrisa–. Creo que ya lo he mencionado en alguna ocasión. No me asustaba la idea de que pudiera salir a la luz–. No soy tan delicada con mis indiscreciones. Le dije que se fuera al infierno. Pero, por supuesto –añadió, sonriendo lentamente–, con lo único que cuento es con mi palabra.

–Julia, no bromees –Jacques se frotó los ojos.

–Lo siento.

La actriz se levantó, se sentó en el brazo de su sillón y le pasó el brazo por los hombros.

–Esto es una locura –musitó Autumn.

Incapaz de comprender lo que estaba pasando, escrutó los rostros de los que la rodeaban. Todos habían vuelto a convertirse en unos desconocidos que guardaban secretos a los que ella no tenía acceso.

–¿Qué estáis haciendo todos aquí? ¿Por qué habéis venido? –les preguntó.

–Es muy sencillo –Lucas se levantó y se dirigió hacia ella, pero, a diferencia de Julia con Jacques, no intentó consolarla–. Yo tenía mis propios motivos para venir hasta aquí y Helen lo averiguó. Se le daba muy bien averiguar cosas. Demasiado bien. Se había enterado de que Julia y Jacques iban a reunirse conmigo.

Se volvió, separando con su cuerpo a Autumn del resto del grupo. ¿Era una forma de protegerla o de defenderse?

–Supongo que se puso en contacto con el resto del grupo e hizo los arreglos pertinentes para reunir a todos sus clientes al mismo tiempo.

–Parece que tienes mucha información –comentó Robert mientras avivaba innecesariamente el fuego.

–No es difícil deducirlo –respondió Lucas–. Yo sabía que nos estaba amenazando a tres de los que estábamos aquí. Habíamos hablado de ello. Cuando me di cuenta de la atención que os prestaba a Anderson, a tu esposa y a ti, supe que también os estaba fastidiando.

Jane empezó entonces a llorar. Era un llanto de sollozos secos que estremecía todo su cuerpo. Instintivamente, Autumn pasó por delante de Lucas para ofrecerle consuelo. Pero, antes de que hubiera llegado a medio camino, Jane la detuvo con una mirada que bien podía haber sido un puñetazo.

–Tú podrías haberlo hecho igual que cualquiera de nosotros. Has estado espiándonos, llevando la cámara por todas partes –elevó dramáticamente la voz mientras Autumn la miraba paralizada–. Trabajabas para ella, puedes haber sido tú. No puedes demostrar lo contrario –en aquel momento no había nada soso o aburrido en ella. Su mirada era salvaje–. Yo estaba con Robert. Él mismo te lo puede decir.

Robert le pasó el brazo por los hombros e intentó consolarla con voz queda y tranquilizadora mientras ella sollozaba contra su pecho. Autumn no se movió. No sabía a dónde ir.

–Helen pretendía decirte que yo había vuelto a jugar. Iba a hablarte de todo el dinero que he perdido –se aferraba a él, dando una triste imagen. Robert continuaba musitando palabras de consuelo y acariciándole el pelo–. Pero yo misma te lo dije la otra noche. ¡Te lo dije yo! No quería pagarle nada más y te lo dije. ¡Yo no la maté, Robert! Diles que yo no la maté.

–Por supuesto que no, Jane, y todo el mundo lo sabe. Ahora ven conmigo. Estás muy cansada. Vamos al piso de arriba.

Mientras hablaba cruzó con ella el salón. Miró a Autumn a los ojos

con expresión de disculpa, como si estuviera suplicándole que la comprendiera. De pronto, Autumn se dio cuenta de lo mucho que quería a su esposa.

Autumn se volvió, humillada por Jane y compadeciendo a Robert. El débil temblor de sus manos indicaba que había recibido otra fuente impresión. Cuando Steve le pasó el brazo por los hombros, se volvió hacia él en busca del consuelo que le ofrecía.

–Creo que nos vendría bien una copa –anunció Julia.

Se acercó a la barra, sirvió en una copa una generosa cantidad de jerez y se la tendió a Autumn.

–Tú primero –ordenó, poniéndole la copa en la mano–. Autumn parece estar llevándose la peor parte de todo esto. No me parece justo, ¿verdad, Lucas? –miró a Lucas y le sostuvo brevemente la mirada antes de volverse de nuevo hacia el mueble bar. Lucas no contestó–. Probablemente ella es la única de nosotros que lamenta la muerte de Helen.

Autumn bebió, deseando que el alcohol suavizara la dureza de aquellas palabras.

–Era una víbora –musitó Jacques. Autumn vio la mirada que intercambiaba con Julia–. Pero ni siquiera una víbora merece morir asesinada.

Él se reclinó en su asiento y aceptó la copa que Julia le llevaba. Él le agarró la mano y ella se sentó de nuevo en el brazo del sillón.

–A lo mejor el motivo era otro –sugirió Jacques. Dio un largo sorbo a su copa–. Cuando llegue la policía, lo investigarán y lo estudiarán todo. Será como si lo pusieran todo bajo la luz del microscopio –miró a Autumn como si estuviera explicárselo directamente a ella–. Esa mujer era una amenaza para la felicidad de las dos cosas más importantes de mi vida: mis hijos y la mujer a la que amo.

Autumn miró rápidamente a Julia. Jacques continuó.

–La información que tenía sobre mi relación con esa mujer podía haber echado a perder la posibilidad de conseguir la custodia de mis

hijos. Para Helen, la belleza de nuestra relación no significaba nada. Pretendía convertirla en algo feo y sórdido.

Autumn se aferró a la copa con las dos manos. Quería pedirle a Jacques que se callara. No quería seguir oyéndole. No quería sentirse más involucrada en aquella historia. Pero ya era tarde. Ya estaba completamente metida en ella.

–Cuando la vi llegar con esa sonrisa de suficiencia y esa mirada maligna, me enfurecí –bajó la mirada hacia su copa–. Ha habido veces, muchas veces, en las que he deseado estrangularla con mis propias manos. Deseaba golpearla como alguien la golpeó el otro día.

–Sí, me pregunto quién –Julia se mordió el labio inferior con un gesto pensativo–. Quienquiera que fuera, tenía que estar enfadado. A lo mejor lo suficiente como para matarla –miró a Steve, a Autumn y a Lucas.

–Tú estabas en la posada aquella mañana –declaró Autumn.

Su propia voz le sonaba extraña, débil. Tragó saliva.

–Sí –Julia le sonrió–. O al menos, eso dije. Estar sola en la cama no es muy buena coartada. No... Creo que la policía querrá saber quién le pegó. Tú te encontraste con ella, Autumn. ¿Viste algo?

–No –desvió inmediatamente la mirada hacia Lucas.

Este tenía sus ojos oscuros fijos en su rostro. Había señales que advertían enfado e impaciencia. Autumn las reconocía muy fácilmente. Bajó la mirada hacia la copa.

–No, yo... –¿qué otra cosa podía decir? Ni siquiera era capaz de pensar.

–Creo que Autumn ya ha tenido más que suficiente –Steve tensó el brazo a su alrededor con un gesto protector–. Nuestros problemas no son asunto suyo. No se merece estar en medio de todo esto.

–Pobrecilla –Jacques estudió su rostro tenso y pálido–. Has aterrizado en un nido de avispas, *çoui*? Ve a dormir y olvídate un rato de nosotros.

–Vamos, Autumn, yo te acompañaré.

Steve le quitó la copa y la dejó en la mesa. Tras dirigirle una última mirada a Lucas, Autumn se fue con él.

Capítulo 8

No hablaron mientras subían las escaleras. Autumn estaba demasiado ocupada intentando forzar su entumecido cerebro. Necesitaba asimilar lo que acababan de decirle. Steve la hizo avanzar rápidamente al pasar por delante de la puerta de la habitación de Helen, antes de que se detuvieran en la que había al lado de la de Lucas.

–¿Esta es la habitación que te ha preparado tu tía?

–Sí –se apartó el pelo de la cara con las dos manos–. Steve...

Buscó su rostro y se sintió vacilar.

–¿Es verdad lo que ha dicho Lucas? ¿Es cierto que Helen os estaba chantajeando? –sacudió la cabeza al ver la incomodidad que reflejaban sus ojos–. No pretendo entrometerme en tu vida, pero...

–No –la interrumpió Steve, y dejó escapar un largo suspiro–. A estas alturas, no creo que se pueda decir que te estás entrometiendo. Tú no estás involucrada en este asunto, pero te has visto completamente atrapada en él, ¿no es cierto?

Era una palabra tan acertada, y se acercaba a tanto a lo que estaba pensando que Autumn estuvo a punto de soltar una carcajada. «Atrapada». Sí, eso era exactamente.

–Parece ser que McLean ha dado en el blanco. Helen tenía información preocupante sobre un trato que había hecho con la empresa, un trato perfectamente legal, pero... –sonrió con pesar y se encogió de hombros–, quizá no tan limpio como debería haber sido. Había una cuestión ética que seguramente no habría quedado muy bien en la prensa. Los tecnicismos son demasiado complicados como para explicarlos, pero, en resumen, el caso es que no quiero que nada ensombrezca mi carrera. En estos días, cuando uno quiere abrirse

camino en el mundo de la política, hay que tenerlo todo en cuenta.

–Sí, hay que tenerlo todo en cuenta –repitió Autumn, y se llevó la mano a la sien–. Sí, supongo que sí.

–Helen me estaba amenazando, Autumn. Era una situación que me disgustaba, pero no tanto como para provocar un asesinato –tomó aire y sacudió la cabeza–. En cualquier caso, supongo que eso no sirve de nada, ¿verdad? No es probable que ninguno de nosotros vaya a admitirlo.

–De todas formas, te agradezco que me lo digas –contestó Autumn. La mirada de Steve era amable, pero las arrugas de tensión continuaban ensombreciendo su rostro.

–Supongo que no es agradable para ti contármelo.

–Antes o después tendré que contárselo a la policía –dijo sombrío. Se fijó entonces en la expresión de Autumn–. Si te sientes mejor sabiéndolo, no me importa contártelo, Autumn. Julia tiene razón –acarició la melena de Autumn con aire ausente–. Es mucho más sano contarle todo. Pero creo que tú ya has tenido más que suficiente.

Sonrió, y se dio cuenta entonces de que tenía las manos en su pelo.

–Supongo que estás acostumbrada –se disculpó–. Tienes un pelo irresistible. Tengo ganas de acariciarlo desde la primera vez que te vi. ¿Te importa?

–No.

No le sorprendió encontrarse de pronto entre sus brazos. Ni sentir sus labios sobre los suyos. Era un beso cómodo, un beso consolador, más que excitante. Autumn sintió que la relajaba, y lo devolvió lo mejor que pudo.

–¿Crees que podrás descansar? –musitó Steve, sosteniéndola contra su pecho durante varios segundos.

–Sí, gracias.

Lo empujó ligeramente para mirarlo, pero sus ojos pasaron por encima de él. Lucas estaba en la puerta de su dormitorio, mirándolos a los dos. Desapareció en el interior sin decir una sola palabra.

Una vez a solas, Autumn se tumbó en la cama, sobre una antigua colcha de la familia, pero no conseguía conciliar el sueño. La cabeza le dolía por culpa del cansancio. Su cuerpo estaba agotado, pero el sueño continuaba evitándola como un amante vengativo. El tiempo iba corriendo mientras sus pensamientos repasaban uno a uno a todos los miembros del grupo.

Por Jacques y por los Spicer no podía sentir nada más que compasión. Recordaba los ojos del francés cuando hablaba de sus hijos, y todavía podía ver a Robert protegiendo a su esposa mientras ella sollozaba. Julia, por otra parte, no necesitaba la compasión de nadie. Autumn estaba plenamente convencida de que la francesa podía cuidar de sí misma, no necesitaba ningún hombro en el que apoyarse ni palabras de consuelo. Steve parecía más enfadado que afectado por las amenazas de Helen. Él también podría arreglárselas solo, pensó. Bajo aquel brillo californiano, se ocultaba un fuerte pragmatismo. No necesitaba que Autumn se preocupara por él.

Pero lo de Lucas era algo diferente. Aunque había arrancado la admisión de los demás, continuaba siendo un misterio qué clase de amenaza había supuesto Helen para él. Se había mostrado muy frío, muy entero, cuando había hablado del chantaje, pero Autumn le conocía. Era un hombre perfectamente capaz de ocultar sus sentimientos cuando se lo proponía. Era un hombre duro. Ella lo sabía mejor que nadie.

¿Y cruel? Sí, reflexionó, Lucas podía ser un hombre cruel. Ella todavía conservaba las cicatrices que así lo atestiguaban. Pero no podía imaginar a Lucas clavándole un objeto punzante a Helen Easterman. Unas tijeras, recordó, aunque había hecho todo lo posible para no pensar en ello. Había unas tijeras en el suelo, al lado de Helen. No, no le creía capaz de una cosa así.

Pero tampoco creía capaz de un asesinato a ninguno de los otros. ¿De verdad podían ocultar tanto odio, tanta fealdad, tras aquellos rostros marcados por el impacto de lo ocurrido y aquellos ojos

oscurecidos por las ojeras?

Pero, por supuesto, alguno de ellos tenía que ser el asesino.

Autumn intentó apartar aquellos pensamientos de su mente. No podía seguir pensando en ello. No en aquel momento. La recomendación de Steve era acertada: necesitaba descansar. Aun así, se levantó y se acercó a la ventana para contemplar aquella lluvia lenta y odiosa.

La llamada a la puerta vibró como una explosión. Autumn dio media vuelta, abrazándose con un gesto protector. El corazón le latió violentamente y el miedo le reseco la garganta. ¡Ya basta!, se ordenó. Nadie iba a hacerle ningún daño.

–¡Adelante! –la tranquilidad de su propia voz le proporcionó un gran alivio.

Esperó en silencio.

Entró Robert. Parecía terriblemente cansado y afectado por todo lo ocurrido. Autumn se acercó automáticamente a él. No pensó más en sus miedos. Robert le tomó las manos y se las apretó con fuerza.

–Necesitas comer algo –dijo mientras buscaba su rostro–. En la cara es donde primero se nota.

–Sí, lo sé. Los hoyuelos se convierten en cráteres a toda velocidad. A ti tampoco te vendría mal comer algo.

Robert suspiró.

–Creo que eres una de esas raras criaturas buenas por naturaleza. Quiero disculparme por la actitud de mi esposa –exhaló un trémulo suspiro.

–No hace falta que te disculpes. Sé que no pretendía herirme. Todos estamos muy afectados. Esto es una auténtica pesadilla.

–Sí, últimamente ha estado sometida a muchas presiones. Antes... – se interrumpió y sacudió la cabeza–. Ahora está durmiendo. El golpe... –le apartó el pelo de la frente y le examinó la herida–, ¿te está dando problemas?

–No, no, estoy bien –aquel percance le parecía ridículo en medio de

aquel melodrama—. ¿Puedo ayudarte en algo, Robert?

Robert la miró a los ojos, desesperadamente, y después se apartó.

—Esa mujer le hizo pasar a Jane un auténtico infierno. Si lo hubiera sabido, la habría detenido hace mucho tiempo —el enfado se impuso sobre el cansancio y comenzó a caminar por el dormitorio—. La atormentaba, le sacaba hasta la última moneda que Jane ganaba. Animaba a Jane a jugar para poder hacer frente a sus pagos. ¡Y yo no sabía nada! Debería haberlo adivinado. Jane me lo contó todo ayer por la noche y yo pensaba poder disfrutar del placer de enfrentarme a Helen esta mañana —Autumn le vio apretar sus manos suaves y delicadas en dos fuertes puños—. Que Dios me perdone, pero esa es la única razón por la que lamento su muerte.

—Robert —Autumn no sabía qué decir, no sabía cómo tratar con aquella faceta de su carácter—, cualquiera sentiría lo mismo que tú. Era una mujer mala e hizo daño a alguien a quien tú quieres —le observó relajar los dedos de la mano izquierda, uno a uno—. Sé que no está bien, pero ninguno de nosotros está llorando su muerte. Quizá nadie lo haga. Y creo que eso es muy triste.

Robert la miró de nuevo. Al cabo de unos segundos, pareció recuperar el control.

—Siento que te hayas visto atrapada en medio de todo esto —una vez desaparecido el enfado de su mirada, parecía mucho más vulnerable—. Voy a ver cómo está Jane. ¿Estás bien?

—Sí.

Autumn le observó marcharse y se dejó caer en una silla. Cada una de aquellas crisis la agotaba. En aquel momento, estaba más cansada que antes, si es que eso era posible. ¿Cuándo había comenzado aquella locura? Unos días atrás, estaba a salvo en su apartamento de Manhattan. Todavía no conocía a ninguna de aquellas personas que parecían estar dirigiendo su vida. Excepto a una.

Justo en el momento en el que estaba pensando en él, Lucas entró a grandes zancadas en el dormitorio. Caminó hasta donde estaba ella,

bajó la mirada y frunció el ceño.

–Tienes que comer algo –dijo bruscamente.

Autumn pensó en lo cansada que estaba de oír ese mismo diagnóstico.

–Tengo la sensación de estar viéndote adelgazar por momentos. Y ya estás demasiado delgada.

–Me encantan los halagos.

Aquella arrogante entrada y sus palabras consiguieron reavivar sus energías. Ya no tenía por qué soportar el mal trato de Lucas McLean.

–¿No sabes llamar a la puerta?

–Siempre he apreciado tu delgadez, no lo olvides –tiró de ella para levantarla y la estrechó contra él. Los ojos de Autumn relampagueaban de furia–. Anderson también parece haber descubierto su encanto. ¿No se te ha ocurrido pensar que podrías estar besando a un asesino?

Hablaba suavemente mientras le acariciaba la espalda y la miraba con expresión burlona. El genio de Autumn saltó catalizado por la tensión de la lucha contra el deseo.

–Y también podría estar abrazándome un asesino en este momento.

Lucas tensó los dedos en su pelo con tanta fuerza que Autumn gritó por la sorpresa. La expresión burlona de su rostro fue sustituida por una rabia ardiente y aterradora.

–Eso es lo que te gustaría creer, ¿verdad? Te encantaría verme pudrirme en prisión o, mejor aún, colgando al final de una cuerda.

Autumn habría querido sacudir la cabeza, pero Lucas la sujetaba con tanta fuerza que le resultaba imposible moverse.

–¿Cuál te parecería el castigo justo por haberte rechazado, Gata? ¿Cuál es la profundidad de tu odio? ¿La suficiente como para acusarme?

–No, Lucas. Por favor, yo no pretendía...

–¡Y un infierno que no! –acalló sus protestas–. No te resulta nada difícil imaginar mis manos manchadas de sangre. No te cuesta nada asignarme el papel de asesino, ¿verdad? Imaginarme frente a Helen

con las tijeras en la mano.

–¡No! –cerró los ojos para defenderse de aquella imagen–. ¡Basta! ¡Basta, por favor!

Le estaba haciendo daño en aquel momento, pero no con las manos. Las palabras le dolían mucho más.

Lucas bajó la voz, cambiando repentinamente de humor. Autumn sintió un escalofrío de hielo corriendo por su espalda.

–Yo habría utilizado mis manos de manera más limpia –cerró una mano alrededor de su cuello.

Autumn abrió los ojos.

–Lucas...

–Habría sido más fácil y menos escandaloso –continuó, observando a Autumn abrir los ojos como platos–. Y puede ser muy rápido, si uno sabe lo que tiene que hacer. Eso se ajusta más a mi estilo. Es más, ¿cómo decirlo?, directo, ¿no te parece?

–Estás haciendo esto para asustarme.

Le temblaba la respiración mientras entraba y salía de sus pulmones. Era como si Lucas la estuviera forzando a pensar lo peor de él, como si quisiera que le creyera capaz de cometer algo monstruoso. Ella jamás le había visto así. Tenía los ojos oscurecidos por la furia y su voz era terriblemente gélida. Autumn se estremeció.

–Quiero que te vayas, Lucas. Quiero que te vayas ahora mismo.

–¿irme? –deslizó la mano desde la garganta hasta su nuca–. No creo, Gata –se acercó un centímetro más–. Si me van a colgar por asesinato, quiero disfrutar de todo lo que pueda mientras tenga oportunidad.

Cerró los labios sobre su boca. Autumn se resistió, más asustada casi que cuando había encendido la luz de la habitación de Helen. Solo podía gemir. Moverse era imposible por la fuerza con la que la sujetaba. Lucas deslizó la mano bajo la sudadera para reclamar su seno con una rapidez de movimientos adquirida por la experiencia. A Autumn le latía violentamente el corazón.

–¿Cómo puede resultar tan dulce tamaña delgadez? –musitó Lucas

contra sus labios.

Aquellas palabras que tan a menudo había pronunciado en el pasado causaron en ella un dolor insoportable. El deseo hacia Lucas era abrumador. Y él era como un hombre que acabara de haber roto sus ataduras.

–¡Dios mío, cuánto te deseo! –susurró Lucas mientras le devoraba el cuello–. Y ya no estoy dispuesto a esperar ni un segundo más.

La tumbó en la cama. Autumn se resistió contra él con todas sus fuerzas, pero Lucas la sujetó por los brazos y la miró con una furia salvaje.

–Muerde y araña todo lo que quieras, Gata. Yo ya he llegado al límite.

–Gritaré –le advirtió temblando–. Si vuelves a tocarme, gritaré.

–No, no vas a gritar.

La besó, demostrando que él tenía razón y que ella se equivocaba. Su cuerpo se amoldaba al suyo con una agri dulce imprecisión. Autumn se arqueó hacia él en actitud defensiva, desesperada, pero las manos de Lucas estaban ya vagando por su cuerpo, localizando todos los rincones secretos que había descubierto años atrás. Era imposible resistirse. La demanda insistente y salvaje que siempre había aderezado sus encuentros la debilitaba. Lucas la conocía demasiado. Y ella sabía, antes de que Lucas le hubiera desabrochado los pantalones, que toda su resistencia no tardaría en convertirse en una súplica. Cuando Lucas dejó de besarle el cuello, Autumn no gritó, sino que gimió, impulsada por el deseo que Lucas siempre había sabido encender en ella.

Lucas iba a ganar otra vez, y ella no haría nada para impedirselo. Los ojos se le llenaron de lágrimas que comenzaron a deslizarse por su rostro al pensar que pronto descubriría su penoso y permanente amor. Parecía que hasta su orgullo volvía a pertenecerle.

Pero Lucas se detuvo bruscamente. Todos sus movimientos cesaron cuando echó la cabeza hacia atrás para mirarla fijamente. Autumn

creyó ver, a través de los ojos velados por las lágrimas, una mueca de dolor cruzando su rostro antes de que volviera a mostrarse completamente falto de emociones. Lucas alzó la mano y atrapó una lágrima con la yema de su dedo. Con un suave juramento, se separó de ella.

–No, no voy a volver a ser el responsable de tus lágrimas.

Se volvió, caminó hacia la ventana y fijó en ella la mirada.

Autumn se incorporó en la cama, bajó el rostro hasta las rodillas y luchó contra las lágrimas. Se había prometido que Lucas no volvería a verla llorar nunca más. Que jamás volvería a verla llorar por él. El silencio que reinaba en la habitación se extendió durante lo que a Autumn le pareció una eternidad.

–No volveré a tocarte de esa forma –le prometió Lucas–. Te doy mi palabra, si es que sirve de algo.

Autumn creyó oírle exhalar un suspiro largo y profundo antes de volver a acercarse a ella. Cuando le sintió a su lado, no le miró, continuó cerrando los ojos con fuerza.

–Autumn, yo... ¡Oh, Dios mío! –posó la mano en su brazo, pero Autumn se hizo un ovillo, poniéndose a la defensiva.

La habitación volvió a quedarse en silencio. El sonido de la lluvia al caer parecía hacer eco en el interior. Cuando Lucas volvió a hablar, lo hizo con voz dura y tensa.

–Cuando descanses un rato, intenta comer algo. Si no bajas a la hora de la cena, le diré a tu tía que te prepare una bandeja. Y me ocuparé de que nadie te moleste.

Autumn le oyó marcharse. Oyó el quedo clic de la puerta. Ya a solas, se tumbó en la cama, todavía hecha un ovillo. Al final, la tormenta de lágrimas consiguió que la venciera el sueño.

Capítulo 9

Era ya de noche cuando Autumn se despertó, pero no se sentía descansada. El sueño solo había sido un alivio temporal. Nada había cambiado desde que se había quedado dormida. Pero no, pensó mientras miraba a su alrededor, se equivocaba. Claro que había cambiado algo. Estaba en silencio. En un verdadero silencio. Se levantó y se acercó a la ventana. Pudo ver la luna y la luz de las estrellas. Había dejado de llover.

Envuelta en la débil luz de la habitación, se acercó al baño y se lavó la cara. No estaba segura de si iba a tener valor para mirarse al espejo. Se puso un paño con agua fría en los ojos durante largo rato, esperando que la hinchazón no fuera tan terrible como la sentía. Y sentía algo más. Hambre. Era una buena señal, decidió. Una señal de normalidad. Había dejado de llover y la pesadilla iba a terminar. Y pronto iba a comer.

Sus pies descalzos no perturbaron el silencio de la posada. Y se alegró de ello. En aquel momento quería comida, no compañía. Pero, al pasar por el salón, oyó un murmullo de voces. Al parecer, no estaba sola. Reconoció las siluetas de Julia y de Jacques recortadas contra la ventana. Antes de que hubiera podido camuflarse entre las sombras, Julia se volvió y la vio. La conversación cesó bruscamente.

–¡Ah, Autumn, has despertado! Pensábamos que no íbamos a volver a verte hasta mañana.

Se acercó a ella y le pasó el brazo por la cintura.

–Lucas quería enviarte una bandeja, pero Robert ha conseguido imponerse. Las órdenes del médico eran que te dejaran descansar hasta que despertaras. Debes de estar muerta de hambre. Vamos a ver lo que te ha preparado tía Tabby.

Julia estaba llevando toda la conversación y alejando a Autumn del salón intencionadamente. A esta última le bastó una mirada para ver que Jacques continuaba frente a la ventana, sin moverse. Aun así, lo dejó pasar, tenía demasiada hambre como para protestar.

–Siéntate, querida –le ordenó Julia cuando llegaron al a cocina–. Voy a prepararte un banquete.

–Julia, no tienes que prepararme nada. Te lo agradezco, pero...

–Déjame hacer de madre –la interrumpió Julia, presionándole el hombro para que se sentara–. Ya estás más que esquelética, así que voy a disfrutar de verdad.

Autumn se reclinó contra el respaldo de la silla y logró sonreír.

–No me digas que sabes cocinar.

Julia la miró arqueando las cejas.

–Supongo que a esta hora de la noche no deberías comer nada particularmente pesado –dijo amablemente–. Hay una sopa maravillosa que ha sobrado de la cena. Y también te prepararé mi especialidad: tortilla de queso.

Autumn decidió que ver a Julia Bond trajinando en la cocina valía más que un lingote de oro. Parecía suficientemente competente y era capaz de mantener una animada conversación que Autumn podía seguir sin hacer ningún esfuerzo en particular. Con un gesto teatral, plantó un vaso de leche enfrente de Autumn.

–En realidad, no me gusta mucho la leche –comenzó a decir Autumn, mirando hacia la cafetera.

–Bébetelo –le ordenó Julia–. Necesitas un poco de color en las mejillas. Tienes un aspecto horroroso.

–Gracias.

Una sopa humeante se unió a la leche y Autumn la atacó con decidida intensidad. Poco a poco fue desapareciendo la debilidad que sentía en las piernas.

–Buena chica –aprobó Julia mientras colocaba la tortilla en un plato–. Vuelves a parecer casi humana otra vez.

Autumn desvió la mirada hacia ella y la miró.

–Julia, eres maravillosa.

–Sí, lo sé. Nací así –bebió un sorbo de café y observó a Autumn mientras esta empezaba a comer la tortilla–. Me alegro de que hayas podido descansar. Hoy ha sido un día muy largo.

Por primera vez, Autumn se fijó en las ojeras que había bajo sus ojos azules y sintió una punzada de culpabilidad.

–Lo siento, deberías estar en la cama en vez de atendiéndome.

–¡Dios mío, eres encantadora! –Julia sacó un cigarrillo–. No tengo ganas de subir a mi habitación hasta que me venza el cansancio. Y estoy egoístamente dispuesta a hacer que te quedes conmigo hasta entonces. En realidad, Autumn –añadió, mirándola a través del humo del cigarrillo–, me pregunto si es sensato que te dediques a pasear sola por la casa.

–¿Qué? –Autumn alzó la mirada y frunció el ceño–. ¿Qué quieres decir?

–Fue en tu habitación en la que entraron –señaló Julia.

–Sí, pero...

Le sorprendió darse cuenta de que prácticamente había olvidado el saqueo que había sufrido su dormitorio después de todo lo que había pasado.

–Debió de ser Helen –aventuró.

–Lo dudo –respondió Julia, y continuó bebiendo café con aire pensativo–. Lo dudo mucho. Si Helen hubiera entrado en tu habitación, lo habría hecho buscando algo que pudiera utilizar en tu contra. Habría sido más ordenada. Ya hemos estado pensando en ello.

–¿Hemos?

–Bueno, he estado pensando en ello –se corrigió suavemente–. Creo que quienquiera que destrozó tus cosas estaba buscando algo en concreto y después intentó disimular destruyendo tus cosas.

–¿Buscando qué? –preguntó Autumn–. Yo no tengo nada en lo que podría estar interesado.

–¿Ah, no? –Julia se pasó la punta de la lengua por los dientes–. He estado pensando en lo que pasó en el laboratorio.

–¿Te refieres a cuando se fue la luz? –Autumn negó con la cabeza y se tocó la herida que tenía en la frente–. Me tropecé con una puerta.

–¿Estás segura? –Julia se reclinó en la silla y alzó la mirada hacia la lámpara del techo–. Yo tengo mis dudas. Lucas me contó que le dijiste que habías oído a alguien moviendo el pomo de la puerta y que después te desmayaste. ¿Y si...? –volvió a mirar a Autumn–. ¿Y si alguien abrió la puerta y te dio un golpe con ella?

–Estaba cerrada –insistió Autumn.

Pero inmediatamente recordó que la puerta estaba abierta cuando Lucas la había encontrado en el suelo.

–Existen las llaves, cariño –observó atentamente el rostro de Autumn–. ¿En qué estás pensando?

–En que la puerta estaba abierta cuando Lucas... –se interrumpió y sacudió la cabeza–. No, Julia, es ridículo. ¿Por qué iba a querer nadie hacerme una cosa así?

Julia arqueó una ceja.

–Una pregunta interesante. ¿Qué me dices del carrito que velaron?

–El carrito –Autumn se sentía siendo presionada a reflexionar más profundamente–. Supongo que fue un accidente.

–Tú no lo velaste, Autumn, eres demasiado competente como para hacer algo así –esperó mientras Autumn extendía las manos sobre la mesa y bajaba la mirada hacia ella–. Te he observado, eres una persona de movimientos fluidos y seguros. Y eres una profesional. Es imposible que veas un carrito sin ser consciente de ello.

–Sí –Autumn se mostró de acuerdo y volvió a alzar los ojos. Le sostuvo la mirada con firmeza–. ¿Qué estás intentando decirme?

–¿Y si alguien estaba preocupado porque le habías hecho una fotografía que no quería ver revelada? También velaron el carrito que tenías en el dormitorio.

–Entiendo tu lógica –Autumn apartó el plato con los restos de

tortilla–, pero me lleva a un callejón sin salida. No he hecho ninguna fotografía que pueda preocuparle a nadie. Solo he fotografiado paisajes: árboles, animales, el lago...

–A lo mejor hay a alguien que no está seguro de ello –apagó el cigarrillo con un rápido movimiento y se inclinó hacia delante–. Quienquiera que esté suficientemente preocupado como para arriesgarse a destrozar tu dormitorio y a dejarte inconsciente es peligroso. Suficientemente peligroso como para ser capaz de cometer un asesinato. O como para volver a hacerte daño en el caso de que lo considere necesario.

Autumn la miró fijamente, intentando controlar un estremecimiento.

–¿Jane? Jane me acusó de espiarla, pero ella no podría...

–¡Claro que podría! –Julia volvió a endurecer su voz–. Enfrentémonos a los hechos, Autumn, cualquier que se sienta suficientemente presionado es capaz de cometer un asesinato. Cualquiera.

Autumn pensó inmediatamente en Lucas y en su expresión cuando le había rodeado el cuello con la mano.

–Jane estaba desesperada –continuó diciendo Julia–. Dice que se lo había confesado todo a Robert, ¿pero qué prueba eso? O puede haberlo hecho el propio Robert, enfadado por la situación en la que Helen puso a su esposa. Robert quiere mucho a Jane.

–Sí, lo sé –recordó entonces la furia que había visto en los ojos de Robert.

–Y tenemos también a Steve –Julia comenzó a tamborilear con los dedos en la mesa–. Él dice que Helen averiguó algo sobre un acuerdo un poco problemático al que había llegado y que podría llegar a arruinar su carrera política. Y es un hombre muy ambicioso.

–Pero Julia...

–Y está también Lucas –continuó Julia como si Autumn no hubiera dicho nada–. Hay una cuestión relacionada con un caso de divorcio. Helen tenía alguna información que, según ella, podía ser interesante para el marido –encendió otro cigarrillo y dejó que fuera

desvaneciéndose su sonrisa—. Lucas es conocido por su genio. Y también es un hombre muy visceral.

Autumn la miró con firmeza.

—Lucas es muchas cosas, y algunas de ellas en absoluto admirables, pero no mataría a nadie.

Julia sonrió y se llevó el cigarrillo a los labios sin decir nada.

—Y después, estoy yo —dijo sonriente—. Por supuesto, he dicho que no me importaban las amenazas de Helen, pero soy una actriz. Y muy buena. Tengo un Óscar que así lo demuestra. Al igual que en el caso de Lucas, no es ningún secreto que soy una mujer que tiene genio. Podría darte una lista de directores dispuestos a declarar que soy capaz de hacer cualquier cosa —golpeteó el cigarrillo sobre el cenicero con aire ausente—. Pero en el caso de que la hubiera matado yo, habría planteado la escena de forma diferente. Habría descubierto yo misma el cadáver, habría gritado y me habría desmayado. Pero tal y como han ido las cosas, tú me has robado el espectáculo.

—Esto no tiene ninguna gracia, Julia.

—No —se mostró de acuerdo y se frotó la sien—. No tiene gracia, pero los hechos demuestran que yo podría haber matado a Helen y que tú eres demasiado confiada.

—Si hubieras matado a Helen, ¿qué sentido tendría que me advirtieras de tu peligrosidad? —la contradujo Autumn.

—Farol y doble farol —contestó Julia con una nueva sonrisa que le puso a Autumn la piel de gallina—. No confíes en nadie. Ni siquiera en mí.

Autumn no iba a dejar que Julia la asustara, aunque la actriz parecía decidida a conseguirlo. La miró a los ojos.

—No has incluido a Jacques.

Para sorpresa de Autumn, Julia parpadeó rápidamente y bajó la mirada. Sacudió la ceniza con tanta fuerza con el índice que podría haber roto el filtro.

—No, no le he mencionado. Supongo que, ante tus ojos, él es como

cualquiera de nosotros, pero yo sé... –la miró de nuevo y Autumn reconoció la vulnerabilidad en su mirada–, sé que es incapaz de hacer ningún daño a nadie.

–Estás enamorada de él.

Julia esbozó entonces una bella sonrisa.

–Quiero mucho a Jaques, pero no de la forma que piensas –se levantó, fue a buscar una taza y sirvió café para las dos–. Conozco a Jacques desde hace diez años. Es la única persona del mundo que me importa más que yo misma. Somos amigos, verdaderos amigos, probablemente porque nunca hemos sido amantes.

Autumn bebió un sorbo de café. Necesitaba la energía que podía proporcionarle la cafeína. Le estaba protegiendo, pensó. Julia estaba protegiendo a Jacques de todas las formas posibles.

–Tengo debilidad por los hombres –continuó Julia–, y me gusta permitirme esa debilidad. Pero, con Jacques, nunca encontré ni el momento ni el lugar adecuados. Y últimamente, su amistad es demasiado importante como para arriesgarme a perderla en un dormitorio. Jacques es un hombre bueno. El error más grande que ha cometido en su vida ha sido casarse con Claudette.

Julia endureció la voz. Comenzó a tamborilear con las uñas en la mesa a toda velocidad.

–Claudette le ha destrozado la vida. Durante mucho tiempo, Jacques intentó mantener el matrimonio por el bien de sus hijos. Pero no fue posible. No voy a entrar en detalles, pero te impactarían –inclinó la cabeza y le dirigió a Autumn una sonrisa que parecía casi adolescente–. No fue él el que puso la demanda de divorcio, a pesar de todos los motivos que podría haber tenido, y permitió que fuera ella la que lo hiciera.

–Y Claudette se quedó con los niños.

–Exacto. Cuando le dieron la custodia, Jacques se quedó destrozado. Los adora, y debo de admitir que son unos monstruitos adorables –dejó de tamborilear con las uñas sobre la mesa para alargar la mano

hacia el café—. El caso es que, y paso por alto muchas cosas, Jacques solicitó la custodia hace un año. Poco después conoció a alguien, no puedo decirte su nombre porque la reconocerías y Jacques me lo contó en secreto. Pero te aseguro que es la mujer perfecta para él. Desgraciadamente, Helen se metió por medio de manera repugnante.

—¿Por qué no se casan?

Julia se reclinó en la silla y suspiró.

—¡Ojalá fuera tan sencillo! Jacques es un hombre libre, pero esa mujer no lo será hasta dentro de unos meses. Lo que más desean en este mundo es casarse, traer a los pequeños monstruitos de Jacques a los Estados Unidos y criar a tantos hijos como les sea posible.

Julia bebió un sorbo de café.

—No pueden vivir juntos abiertamente hasta que no se resuelva el asunto de la custodia, así que alquilaron una pequeña casa en el campo. Helen lo descubrió y todo lo demás ya te lo puedes imaginar. Jacques le pagó lo que le pedía. Lo hizo por sus hijos y porque el divorcio de la dama de la que está enamorado no está siendo tan fácil como debería. Pero cuando vio a Helen aparecer por aquí, llegó al límite. La otra noche estuvieron discutiendo en el salón. Jacques le dijo que no pensaba pagarle ni un céntimo más. Estoy segura de que, por mucho que Jacques le hubiera pagado, Helen habría seguido amenazándole con pasarle la información a Claudette, a no ser que siguiera pagándole.

Autumn se la quedó mirando fijamente. Era incapaz de hablar. Nunca había visto a Julia mostrarse tan fría. Veía la crueldad cubriendo su exquisito rostro. Julia la miró y rio divertida.

—¡Oh, Autumn, eres como un libro abierto! —la máscara de dureza se derritió y volvió a ser de nuevo una mujer cariñosa y adorable—. Ahora estás pensando que podría haber sido yo la que mató a Helen. No por mí misma, sino por Jacques.

Autumn cayó en un sueño intermitente poco después del amanecer. En aquella ocasión, no fue el sueño vacío y profundo inducido por la medicación o el cansancio, sino un sueño confuso y ligero.

Al principio, solo percibía sombras vagas y murmullos flotando alrededor de su mente que la tentaban a despertarse y oír con más claridad. Se esforzó en concentrarse en ellos. Las sombras se movían, las formas comenzaban a definirse, pero después volvía el desorden y el mareo. Se enfrentó a ellos con toda su determinación, queriendo oír algo más que susurros. De pronto, las sombras se evaporaron y las voces crecieron hasta convertirse en rugidos.

Con una mirada salvaje, Jane pisoteaba la cámara de Autumn. Gritaba señalándola con un par de tijeras para mantenerla a distancia.

–¡Espía! –la acusó mientras el cristal de la cámara al romperse resonaba como un tiro–. ¡Espía!

Autumn se volvió, intentando escapar de aquella locura y de aquellas acusaciones. Los colores comenzaron a girar a su alrededor y de pronto apareció Robert.

–Atormentaba a mi esposa –agarró a Autumn con firmeza y fue tensando la mano hasta cortarle la respiración–. Necesitas comer algo –le dijo suavemente–. En la cara es donde antes se nota.

Estaba sonriendo, pero su sonrisa era una caricatura. Autumn escapó de él y se descubrió corriendo por el pasillo.

Jacques corrió hacia ella. Tenía las manos manchadas de sangre. Miraba a Autumn con ojos tristes y aterradores mientras le tendía las manos.

–Mis hijos –le temblaba la voz mientras la señalaba.

Autumn giró y cayó en los brazos de Steve.

–Es una cuestión de política –decía con su radiante sonrisa–. No es nada personal, solo política –le agarraba la melena y le rodeaba el cuello con ella–. Te has visto atrapada en medio de todo esto, Autumn –su sonrisa se convirtió en una expresión lasciva–. Es una pena.

Autumn le empujó y cayó a través de una puerta. Vio a Julia de

espaldas a ella. Llevaba una preciosa combinación de encaje blanco.

–¡Julia! –en el sueño, a pesar de la urgencia, la voz de Autumn tenía la velocidad de una tortuga–. ¡Julia, ayúdame!

Cuando Julia se volvió, esbozó una sonrisa felina y Autumn vio que tenía la combinación salpicada de sangre.

–Farol y doble farol, querida –echó la cabeza hacia atrás y soltó una ronca carcajada.

Con aquel sonido rebotando en su cabeza, Autumn se tapó los oídos y corrió.

–¡Vuelve con mamá! –le gritó Julia, sin dejar de reír mientras Autumn caminaba a trompicones por el pasillo.

Encontró una puerta bloqueándole el camino. Se lanzó a abrirla y la cruzó. En aquel momento solo atendía a la necesidad desesperada de escapar. Pero era la habitación de Helen. Autumn se volvió aterrada y descubrió que la puerta se había cerrado tras ella. La golpeó con fuerza, pero el sonido era sordo, plano. El miedo era descarnado en aquel momento. Un miedo primitivo a la muerte. No podía continuar allí. No podía quedarse. Se volvió, pensando en escapar por la ventana.

Ya no era la habitación de Helen, sino la suya. Había barrotes en las ventanas, unos barrotes líquidos de color gris formados por la lluvia, pero, cuando alargó la mano hacia ellos, se solidificaron, dejándola encerrada. Tiraba de ellos, los empujaba, pero permanecían fríos e inflexibles bajo sus manos. De pronto, Lucas estaba tras ella, arrancándola de la ventana. Reía mientras la hacía volverse en sus brazos.

–Muerde y araña todo lo que quieras, Gata.

–¡Lucas, por favor! –ni siquiera el sueño podía amortiguar la histeria que reflejaba su voz–. Te quiero. ¡Te quiero! ¡Ayúdame a salir! ¡Ayúdame a irme de aquí!

–Demasiado tarde. Te advertí que no me presionaras –sus ojos eran oscuros, fieros.

–No, Lucas, tú no –se aferró a él y Lucas la besó desesperadamente–.
Te quiero, siempre te he querido.

Se rindió a sus brazos, a sus labios. Lucas siempre había sido su escape, su seguridad.

Entonces vio las tijeras que llevaba en la mano.

Capítulo 10

Autumn se sentó en la cama envuelta en una película de sudor frío que la hacía temblar. Se había destapado durante la pesadilla y permanecía en la cama con el camisón empapado como única protección contra el frío. Necesitada de calor, tiró de las sábanas revueltas y se acurrucó en la cama.

Era solo un sueño, se dijo a sí misma, deseando que la claridad del día lo disipara. Solo un sueño. Y era natural después de la conversación que había mantenido a última hora de la noche con Julia. Los sueños no podían hacerle ningún daño. Tenía que aferrarse a eso.

Era ya de mañana. Continuaba temblando mientras observaba el sol filtrarse por la ventana, No había barrotes. La pesadilla había terminado. La noche había terminado. Descendería el nivel del agua del vado. La policía podría llegar hasta la posada. Autumn se sentó en la cama envuelta en las sábanas y esperó a recuperar la normalidad de la respiración.

Para el final del día, o del día siguiente como muy tarde, todo se habría solucionado. Harían preguntas, tomarían notas, se pondría en marcha la maquinaria de la investigación y se aclararía todo lo ocurrido. Poco a poco, comenzó a relajar los músculos y aminoró la tensión con la que se aferraba a las sábanas.

A Julia se le había ido la imaginación de las manos, decidió Autumn. Estaba tan acostumbrada al drama que se había inventado todo un escenario para el crimen. La muerte de Helen era un hecho. Nada podía evitarla. Pero Autumn tenía la certeza de que entre el crimen y lo que le había pasado a ella no había ninguna conexión. Y si quería conservar la cordura hasta que llegara la policía, tenía que creer en

ello.

Ya más tranquila, se permitió pensar. Sí, había habido un asesinato. De eso no cabía ninguna duda. El asesinato era un acto violento y, en aquel caso, el móvil había sido personal. Ella no estaba involucrada en aquel crimen. No tenía ninguna relación con lo ocurrido. Lo que había pasado en el laboratorio había sido una simple cuestión de torpeza. Esa era la explicación más lógica y razonable. En cuanto a lo ocurrido en el dormitorio... Autumn se encogió de hombros. Había sido cosa de Helen. Helen era una mujer mala, perversa. Y la destrucción de sus ropas y sus objetos personales había sido un acto intrínsecamente malo y perverso. Por alguna razón, Helen había decidido que no le gustaba. Porque no había ninguna otra persona en la posada que tuviera motivos para albergar tal hostilidad hacia ella.

Excepto Lucas. Autumn sacudió la cabeza con firmeza, pero la idea permanecía. Volvió a envolverse en las sábanas, presa de nuevo del frío.

No, ni siquiera tenía sentido. Lucas la había dejado, no había sido ella la que había puesto fin a su relación. Ella estaba enamorada de él y Lucas, sencillamente, no la quería. «¿Y eso le habría importado a Lucas?», la voz de su cerebro desmentía lo que le decía el corazón. Ignorando la tensión que sentía en el estómago, Autumn se obligó a pensar desapasionadamente en el papel que podía haber jugado Lucas en el asesinato.

Desde el primer momento había sido evidente que estaba muy nervioso. No dormía bien y estaba muy tenso. Autumn sabía que llevaba una semana batallando con el libro, durmiendo poco y bebiendo café, pero no había mostrado en ningún momento los efectos. Toda esa energía acumulada podía haber estado esperando a salir en el momento en el que lo necesitara. No, no recordaba haber visto a Lucas cansado. Hasta ese momento.

El chantaje de Helen debía de haberle perturbado profundamente. Autumn no podía imaginar a Lucas preocupado por lo que pudiera

decirse públicamente de él, ya fuera bueno o malo. La mujer involucrada en el proceso de divorcio debía de significar mucho para él. Cerró los ojos presa de un repentino dolor y se obligó a continuar.

¿Por qué habría elegido Lucas la posada? ¿Por qué elegir un lugar tan alejado de su casa? ¿Para trabajar? Autumn negó con la cabeza. No tenía sentido. Sabía que Lucas nunca viajaba cuando estaba escribiendo. Lo hacía al principio, durante el proceso de investigación, y todo lo que fuera necesario, pero siempre antes de empezar. En cuanto tenía el argumento, se encerraba en la casa que tenía en la playa durante el tiempo que tardara en escribir la novela. ¿Trasladarse a Virginia para trabajar en paz? No, Lucas McLean sería capaz de escribir en un vagón de metro si así lo decidiera. No conocía a nadie con tanta capacidad para aislarse de los demás.

De modo que los motivos por los que había ido a la posada tenían que ser completamente diferentes. Autumn comenzó a preguntarse si Helen no habría sido un peón, además de una manipuladora. ¿La habría convencido Lucas de que se trasladara hasta aquel remoto lugar y una vez allí la había rodeado de personas que la odiaban? Era suficientemente inteligente como para haber hecho una cosa así, y suficientemente calculador. ¿Hasta qué punto sería difícil demostrar quién de los seis la había matado? Motivación y oportunidad, había dicho, y las seis personas tenían ambas. ¿Por qué iba a ser uno de ellos más sospechoso que los demás?

Seguro que el escenario le gustaba, pensó Autumn mientras miraba las montañas y los pinos. Era un escenario casi obvio para un asesinato, había dicho el propio Lucas. Pero como Jacques bien había señalado, también la vida lo parecía a menudo.

No debería seguir pensando en ello. La hacía revivir la pesadilla. Se obligó a levantarse de la cama y comenzó a ponerse los vaqueros y el jersey que Julia le había prestado la noche anterior. No iba a pasar un día más dando vueltas a sus dudas y a sus miedos. Era preferible aferrarse a la posibilidad de que llegara pronto la policía. Al fin y al

cabo, no iba a ser ella la que decidiera quién había matado a Helen.

Cuando comenzó a bajar las escaleras, se sintió mejor. Daría un largo paseo después de desayunar y se despejaría la cabeza. La idea de poder salir de la posada la animó.

Pero su confianza decayó en cuanto vio a Lucas al pie de la escalera. La estaba mirando muy atentamente, en silencio. Sus miradas se cruzaron durante un fugaz y devastador momento antes de que Lucas diera media vuelta.

–Lucas –se oyó llamarle Autumn sin poder evitarlo.

Lucas se detuvo y se volvió para mirarla. Autumn reunió todo su valor y bajó el resto de las escaleras. Tenía preguntas que hacerle y no quería dejar de formularse las. Lucas continuaba importándole mucho. Permaneció en el último escalón, para que sus ojos estuvieran al mismo nivel. Lucas no dijo nada. Parecía estar mirando a través de ella, aburrido e impaciente.

–¿Por qué viniste aquí? –le preguntó Autumn rápidamente–. Aquí, a esta posada –quería que le diera una razón y quería aceptarla.

Lucas se concentró intensamente en ella durante unos segundos. Había algo en su rostro que Autumn habría querido comprender, pero desapareció antes de que hubiera podido descifrarlo.

–Digamos que vine a escribir, Autumn. Cualquier otra razón ha sido eliminada.

Su voz era completamente inexpresiva, pero sus palabras la dejaron helada. «Eliminada», ¿habría elegido una palabra tan explícita para hablar de un asesinato? Parte de su horror debió de reflejarse en su rostro. Le observó fruncir el ceño.

–Gata...

Antes de que pudiera volver a decir nada, se apartó de él. Acababa de darle una respuesta, pero no era una respuesta que estuviera dispuesta a aceptar.

El resto de los huéspedes ya estaban sentados a la mesa. El sol parecía haber mejorado ligeramente el humor de todos y, por tácito

acuerdo, la conversación giraba sobre temas generales, sin mencionar a Helen. Todos necesitaban recuperar parte de la normalidad de sus vidas antes de que la policía llegara.

Julia, fresca y adorable, parloteaba sin parar. Su actitud era tan alegre y relajada que Autumn se preguntaba si la conversación que habían mantenido la noche anterior en la cocina habría sido tan irreal como su pesadilla. Volvía a coquetear con cuanto hombre había sentado a la mesa. Dos días de horror no habían hecho mella en su estilo.

–Tu tía es una cocinera excelente –le dijo Jacques a Autumn mientras clavaba el tenedor en una esponjosa tortita–. A veces me sorprende, porque a pesar de su despiste encantador, es capaz de recordar los más pequeños detalles. Esta mañana me ha dicho que me ha reservado una porción de tarta de manzana para que pudiera disfrutarla a la hora del almuerzo. No se había olvidado de lo mucho que me gusta. Después, cuando le he besado la mano para darle las gracias, ha sonreído y se ha alejado diciendo algo sobre las toallas y el pudín de chocolate.

Las risas que siguieron a aquella anécdota fueron tan normales que a Autumn le entraron ganas de abrazar a su tía.

–Recuerda mejor los gustos de sus huéspedes que los de su familia –le contradijo Autumn sonriéndole–. Ha decidido que la carne guisada es mi plato favorito y me ha prometido hacérmelo cada semana, pero en realidad, es el plato favorito de mi hermano Paul. Todavía no sé cómo recordarle que lo que a mí me gusta son los espaguetis.

Agarró con fuerza el tenedor al sentir una repentina punzada de dolor. De pronto, se vio a sí misma removiendo una salsa para la pasta en la cocina de Lucas mientras él hacía todo lo posible para distraerla. ¿No iba a poder librarse nunca de aquellos recuerdos? Rápidamente, se metió de nuevo en la conversación.

–Tía Tabby parece flotar por encima del resto del mundo –continuó–. Recuerdo que, en una ocasión, cuando éramos niños, Paul sacó unas

ancas de rana en formol del laboratorio de Biología. Las trajo cuando vinimos de vacaciones y se las dio a tía Tabby con intención de asustarla. La tía Tabby las aceptó, sonrió y le dijo que se las comería más tarde.

–¡Dios mío! –Julia se llevó la mano a la garganta–. En realidad no se las comió, ¿verdad?

–No –Autumn sonrió–, conseguí distraerla, lo cual, por supuesto, es la cosa más fácil del mundo, y Paul se deshizo de ellas. Tía Tabby nunca las echó de menos.

–Recuérdame que agradezca a mis padres el haber sido hija única –musitó Julia.

–No puedo imaginarme creciendo sin Paul y sin Will –Autumn sacudió la cabeza mientras su mente se llenaba de viejos recuerdos–. Los tres estábamos siempre muy unidos, incluso cuando nos torturábamos entre nosotros.

Jacques se echó a reír, evidentemente, pensando en sus propios hijos.

–¿Tu familia pasa mucho tiempo aquí?

–No tanto como solía –Autumn se encogió de hombros–. Cuando era pequeña, veníamos todos una vez al año.

–¿Para vagabundear por los bosques? –preguntó Julia con un brillo travieso en la mirada.

–Para vagabundear por los bosques –respondió Autumn imitando la forma en la que la actriz enarcaba las cejas–, y para acampar.

Continuó divertida al ver que Julia elevaba los ojos al cielo:

–Y para remar y nadar en el lago.

–¡Remar! –intervino Robert, interrumpiendo un vago e insistente recuerdo–. Ese es mi auténtico vicio. No hay nada mejor que navegar, ¿verdad, Jane? –le palmeó la mano a su esposa y miró después a Steve–. Supongo que tú también habrás navegado lo tuyo.

Steve contestó sacudiendo la cabeza con pesar.

–Me temo que soy un pésimo navegante. Ni siquiera sé nadar.

–¡Estás de broma! –dijo entonces Julia. Se le quedó mirando con incredulidad. Recorrió después sus anchos hombros con un gesto de aprobación–. Pues tienes aspecto de ser capaz de cruzar el Canal de la Mancha a nado.

–Ni siquiera podría cruzar una piscina hinchable –confesó, más divertido que avergonzado. Sonrió e hizo un gesto con el tenedor–. Pero lo compenso con los deportes de tierra. Si tuviéramos una cancha de tenis, podría redimirme.

–¡Ah, bueno! –Jacques se encogió de hombros–. Me temo que tendrás que conformarte con las excursiones. Las montañas de esta zona son muy hermosas. Espero poder traer aquí a mis hijos algún día –frunció el ceño y clavó la mirada en su café.

–¡Amantes de la naturaleza! –Julia sonrió, intentando evitar que decayera el humor–. A mí dadme el aire contaminado de Los Ángeles. Las montañas y las ardillas prefiero verlas en fotografías.

–Entonces tendrás que esperar hasta que arregle mi equipo – Autumn mantenía la voz animada, intentando no deprimirse por haber perdido los carretes. Todavía no se atrevía a pensar en lo que suponía la pérdida de su cámara–. Perder esos carretes ha sido para mí como perder una pierna, pero estoy intentando enfrentarme a ello con valor.

Dio un mordisco a una tortita y se encogió de hombros.

–Y podría haber perdido un carrete más. Las fotografías que hice en el lago eran las mejores, así que por lo menos me queda el consuelo de conservar todavía ese carrete. La luz era perfecta a esa hora de la mañana, y las sombras...

Se interrumpió ante la intensidad de su recuerdo. Podía verse a sí misma con la mirada fija en el agua resplandeciente del lago y en los árboles que se reflejaban en la superficie. Y a dos personas caminando en la zona más alejada. Aquella mañana se había encontrado a Lucas en el bosque, y después a Helen. Helen con un ojo morado.

–¿Autumn?

Al oír a Jacques, se obligó a volver al presente.

–Lo siento, ¿qué me decías?

–¿Te ocurre algo?

–No, yo... –le miró a los ojos–. No.

–Yo diría que la luz y la sombra es la pura esencia de la fotografía –comentó Julia, intentando superar el incómodo silencio que se hizo–. Pero siempre me he preocupado más por mirar a la cámara que por mirar a través de la cámara. ¿Te acuerdas de ese horroroso hombrecillo, Jacques, que solía aparecer en los momentos más inesperados y prácticamente me pegaba la cámara a la cara? ¿Cómo se llamaba? Llegué a tenerle cariño.

Julia había vuelto a convertirse en el centro de atención de tal manera que Autumn dudaba de que alguien hubiera advertido su confusión. Bajó la mirada hacia la tortitas y el sirope de arce que tenía en el plato como si la solución a todos los misterios del universo estuviera escrita allí. Pero podía sentir la mirada de Lucas fija en ella. Podía sentirla, pero no se atrevía a mirarle.

Quería estar sola, pensar, intentar reflexionar sobre lo que estaba dando vueltas en su cabeza. Se obligó a terminar el resto del desayuno y dejó que la conversación continuara fluyendo a su alrededor.

–Tengo que ir a ver a mi tía –dijo al final, pensando que de esa forma podría marcharse sin causar extrañeza–. Perdonadme.

Pero estaba llegando a la cocina cuando Julia la abordó.

–Autumn, tengo que hablar contigo –la agarró con firmeza–. Sube a mi habitación.

Por la expresión de aquel envidiable rostro, Autumn comprendió que era inútil oponerse.

–De acuerdo, iré después de ver a tía Tabby. Debe de estar preocupada porque ayer no le di las buenas noches. Subiré dentro de unos minutos.

Mantén un tono de voz amable e incluso consiguió sonreír. Autumn decidió que ella misma se estaba convirtiendo en una gran

actriz.

Durante el silencio que se hizo a continuación, Julia estudió el rostro de Autumn y la soltó.

–Muy bien, pero sube en cuanto hayas terminado.

–Sí, lo haré.

Autumn se metió en la cocina con la promesa todavía en los labios. No le iba a resultar difícil pasar de la cocina al lavadero, porque Tabby y Nancy estaban enfrascadas en una de sus discusiones matutinas. Descolgó la cazadora del perchero en la que la había dejado la mañana de la tormenta y buscó en el bolsillo. Cerró la mano alrededor de un carrete y, durante unos segundos, se limitó a mantenerlo allí, en la palma de su mano.

Con movimientos rápidos, se quitó los zapatos, se puso las botas, guardó el carrete en el bolsillo del jersey que le había prestado Julia, agarró la cazadora y salió por la puerta de atrás.

Capítulo 11

El aire era limpio. La lluvia parecía haberlo lavado. Los brotes que Autumn había fotografiado días atrás habían crecido, pero continuaban siendo tiernamente verdes. Su mente ya no pensaba en la libertad que había añorado el día anterior. En aquel momento, lo único que Autumn quería era alcanzar la protección del bosque sin ser vista. Corrió entre los árboles y no se detuvo hasta estar rodeada de ellos. Un silencio profundo parecía acunarla.

El suelo se hundía y resbalaba bajo sus pies, esponjoso tras la lluvia. El viento había hecho algún que otro destrozo, advirtió, y se obligó a moverse con más cuidado. Las ramas rotas cubrían el suelo. El sol calentaba con fuerza, de modo que se quitó la cazadora y la dejó en una rama. Intentó concentrarse en los sonidos y las imágenes del bosque hasta que consiguió calmar el ritmo de sus pensamientos.

Los laureles de montaña insinuaban ya su próxima floración. Un pájaro voló por encima de su cabeza y se lanzó después entre los árboles con un grito agudo. Una ardilla trepó apresuradamente por el tronco de un árbol y desde allí la contempló. Autumn metió la mano en el bolsillo y la cerró alrededor del carrete. La conversación que había mantenido con Julia en la cocina cobraba de pronto un sentido terrible.

Helen debía de haber estado en el lago aquella mañana. Y su moratón indicaba que había tenido una violenta discusión con alguien. Alguien a quien Autumn había visto en el lago. Y que deseaba hasta tal punto hacer desaparecer aquellas fotografías que se había metido en el laboratorio y en su dormitorio. El carrete tenía que haber sido potencialmente dañado por alguien dispuesto a arriesgarse a golpearla hasta dejarla inconsciente y saquear su dormitorio. ¿Y quién,

sino un asesino, podía atreverse a hacer algo tan peligroso? ¿Quién? A cada paso, la lógica iba señalando cada vez más hacia Lucas.

Había sido él el que había decidido reunir allí a todo el grupo. Lucas era la persona con la que Autumn se había encontrado antes de cruzarse con Helen. Era Lucas el que estaba inclinado sobre ella cuando había recobrado la conciencia en el suelo del laboratorio. Lucas estaba levantado y perfectamente vestido la noche del asesinato de Helen. Autumn sacudió la cabeza, deseando hacer añicos aquella lógica. Pero tenía el carrete en la mano.

Probablemente la había visto cuando estaba en el lago. Seguramente se la veía muy claramente. Cuando la había interceptado, había intentado reiniciar su relación. Por supuesto, sabía que no podía intentar sacar directamente el carrete de la cámara. Autumn habría montado un escándalo que se habría oído en todo el continente. Sí, la conocía suficientemente bien como para utilizar métodos más sutiles. Pero no tenía manera de saber que había cambiado ya de carrete.

Había utilizado su antigua debilidad por él. Si ella hubiera cedido, habría encontrado la oportunidad de hacerse con el carrete. Autumn admitió con dolor que habría estado tan absorta en él que ni siquiera habría notado la pérdida. Pero ella no había cedido. En aquella ocasión, Autumn le había rechazado. Y él se había visto forzado a emplear medidas más extremas.

Había fingido que la deseaba, comprendió. Y eso le dolía más que ninguna otra cosa. La había abrazado, la había besado mientras estaba calculando la mejor manera de protegerse. Autumn se vio obligada a enfrentarse a los hechos. Lucas había dejado de desearla mucho tiempo atrás, sus necesidades nunca habían sido las mismas que las de ella. Dos hechos lo dejaban muy claro: ella nunca había dejado de quererle y él nunca la había amado.

Aun así, se resistía a la idea de que Lucas fuera un frío asesino. Podía recordar sus repentinos golpes de delicadeza, su humor, su

generosidad. También eso formaba parte de él, era parte de la razón por la que se había enamorado de él tan fácilmente. Parte de la razón por la que nunca había dejado de amarle.

Sintió una mano en el hombro. Con un grito de alarma, se volvió y se encontró cara a cara con Lucas. Cuando se apartó bruscamente de él, Lucas dejó caer las manos y las metió en los bolsillos. Su mirada era oscura y su voz fría como el hielo.

–¿Dónde está el carrete, Autumn?

Del rostro de Autumn desapareció todo color. No quería creerlo. Parte de ella se negaba a creerlo. En aquel momento, tenía el corazón hecho añicos. Pero Lucas no le estaba dejando otra opción.

–¿Carrete? ¿Qué carrete? –sacudió la cabeza mientras retrocedía.

–Sabes perfectamente a qué carrete me refiero –la impaciencia parecía dictar sus palabras. La miró con los ojos entrecerrados–. Quiero el cuarto carrete. ¡Dámelo!

Autumn se detuvo ante aquella orden.

–¿Por qué?

–Deja de hacer el tonto –su impaciencia estaba comenzando a transformarse en furia. Autumn reconocía todos los signos–. Quiero ese carrete. Lo que vaya a hacer con él es asunto mío.

Autumn comenzó a correr, pensando solamente en escapar de sus palabras. Habría sido mucho más fácil vivir en la duda. Pero Lucas la agarró del brazo antes de que hubiera recorrido un par de metros. La giró bruscamente y estudió su rostro.

–Estás asustada –parecía perplejo, y también enfadado –la sujetó con fuerza y la acercó a él–. Me tienes miedo. Ya hemos recorrido todas las etapas, ¿verdad, Gata? El ayer ha desaparecido.

La rotundidad de sus palabras le causó más dolor del que le hacían sus manos o su enfado.

–Lucas –Autumn temblaba. Estaba emocionalmente agotada–. Por favor, no me hagas más daño.

El dolor del que hablaba no tenía nada que ver con el sufrimiento

físico, pero Lucas la soltó violentamente. En su rostro se hacía evidente el esfuerzo que estaba haciendo para recuperar el control.

–No voy a volver a tocarte ni ahora ni nunca. Solo dime dónde está ese carrete y desapareceré de tu vida lo más rápidamente posible.

Autumn alargó la mano hacia él, Tenía que intentarlo por última vez.

–Lucas, por favor, esto no tiene sentido. Tienes que darte cuenta. No puedes...

–¡No me presiones!

Aquellas palabras la sacudieron como una explosión.

–¡Estúpida! ¿Tienes idea de lo peligroso que es ese carrete? ¿Has pensado ni por un instante que te voy a permitir conservarlo? –dio un paso hacia ella–. Dime dónde está o, te lo juro, te lo haré confesar aunque para ello tenga que estrangularte.

–En el laboratorio –mintió sin pensar siquiera en lo que estaba haciendo.

Quizá fue esa la razón por la que Lucas lo aceptó sin dudar.

–Muy bien, ¿dónde?

Autumn vio cómo se relajaban ligeramente sus facciones. También era más tranquila su voz.

–En la estantería de abajo, en la parte húmeda.

–Esa no es forma de explicarle algo a un lego en la materia –había un deje burlón en su voz cuando alargó la mano hacia ella–. Vamos a buscarlo.

–¡No! –se apartó bruscamente–. No pienso ir contigo. Está solo ese carrete, no tendrás ningún problema para localizarlo. Y hora déjame en paz, Lucas. ¡Por el amor de Dios, déjame en paz!

Y salió corriendo de nuevo, patinando en el barro. En aquella ocasión, Lucas no la detuvo.

Autumn no sabía qué distancia había recorrido ni la dirección que había tomado. Al final, aminoró el ritmo de sus zancadas y comenzó a caminar. Se detuvo y miró hacia un cielo sin nubes. ¿Qué iba a hacer?

Podía volver. Podía volver y encerrarse en el laboratorio. Podía

revelar el carrete, descubrir las dos figuras que había visto en el lago y averiguar la verdad por sí misma. Palpó una vez más aquel odiado carrete. No quería ver con sus propios ojos la verdad. Sabía, con absoluta certeza, que jamás entregaría aquel carrete a la policía. Hubiera hecho Lucas lo que hubiera hecho, jamás entregaría ese carrete. No podía traicionarle. Lucas había hecho algo terrible, pensó. Pero ella no le delataría.

Sacó el carrete del bolsillo y se lo quedó mirando fijamente. Aquel día se sentía tan inocente, recordó, viendo la salida del sol junto al lago... Pero cuando hubiera hecho lo que tenía que hacer, jamás volvería a sentirse inocente.

Lucas, pensó, y estuvo a punto de echarse a reír. Lucas McLean era el único hombre sobre la tierra capaz de hacerla olvidar su conciencia. Y cuando lo hiciera, solo ellos dos lo sabrían. Y ella se sería tan culpable como él.

Tenía que hacerlo rápidamente, se dijo a sí misma. Tenía que hacerlo cuanto antes y ya pensaría en ello más adelante. La palma de la mano en la que sostenía el carrete le sudaba. Iba a tener toda una vida para pensar en ello. Respiró hondo y comenzó a abrir la cápsula de plástico que utilizaba para proteger el carrete. Pero un movimiento tras ella le hizo guardar de nuevo el carrete en el bolsillo y dar media vuelta

¿Podría Luca haber vuelto del laboratorio tan rápidamente? ¿Y qué la haría tras saber que le había mentado? Le entraron unas ganas estúpidas de echarse a correr otra vez. Pero irguió los hombros y esperó. Antes o después tendría que volver a enfrentarse a él.

El alivio que sintió Autumn al ver que era Steve el que se acercaba se convirtió rápidamente en irritación. Quería estar sola, no tenía ganas de mantener una conversación superficial e inútil mientras aquel carrete le ardía en el bolsillo.

—¡Hola!

La sonrisa luminosa de Steve no contribuyó a disminuir su enfado, pero Autumn le contestó sonriente. Si se iba a tener que dedicar a

fingir durante el resto de su vida, bien podía comenzar a hacerlo ya.

–Hola, ¿has aceptado la recomendación de Jacques sobre las excursiones?

¡Era increíble lo normal y trivial que sonaba su voz! ¿De verdad iba a ser capaz de vivir así?

–Sí. Veo que tú también necesitabas alejarte de la posada –tomó una bocanada del aire limpio del bosque y flexionó los hombros–. ¡Qué gusto poder salir otra vez!

–Te comprendo perfectamente –Autumn aflojó la tensión de sus hombros.

Aquello era una tregua, se dijo. Lo mejor que podía hacer era aceptarla. Cuando todo aquello hubiera terminado, ya nada en su vida iba a ser como antes.

–Y Jacques tiene razón –continuó Steve, mirando a través de las finas hojas de los árboles–. Las montañas son preciosas, y te recuerdan que la vida sigue.

–Supongo que es algo que a todos nos hace falta recordar en este momento –inconscientemente, hundió la mano en el bolsillo.

–Tu pelo resplandece bajo la luz del sol.

Steve acercó la mano a las puntas de sus rizos y se los acarició con la yema de sus dedos. Autumn advirtió, con cierta alarma, el calor que irradiaba su mirada. En aquel momento, un interludio romántico era más de lo que podía soportar.

–La gente parece pensar más en mi pelo que en mí –sonrió y mantuvo un tono de voz ligero–. A veces me entran ganas de cortármelo.

–¡No, no lo hagas! –agarró un mechón más grueso–. Es muy especial. Tienes un pelo único –la miró a los ojos–. Y últimamente he estado pensando mucho en ti. Tú también eres muy especial.

–Steve...

Autumn se volvió, y habría empezado a alejarse si Steve no hubiera tenido todavía la mano en su pelo.

–Te quiero, Autumn.

Aquellas palabras tan delicadas, pronunciadas como un murmullo apenas, estuvieron a punto de romperle el corazón. Se volvió hacia él con una disculpa en la mirada.

–Lo siento, Steve, de verdad.

–No lo sientas –bajó la cabeza para rozar sus labios–. Si me lo permitieras, podría hacerte feliz.

–Steve, por favor –Autumn posó las manos en su pecho.

Ojalá fuera Lucas, pensó mientras alzaba la mirada hacia él. Ojalá fuera Lucas el que la estuviera mirando de aquella manera.

–No puedo.

Steve dejó escapar un largo suspiro, pero no la soltó.

–¿Es por McLean? Autumn, ese hombre te está haciendo muy desgraciada. ¿Por qué no le olvidas?

–No sabes cuántas veces me he hecho esa misma pregunta –suspiró. Steve observó el sol que se reflejaba en sus ojos–. Y no tengo una respuesta, salvo que le quiero.

–Sí, eso parece –frunció el ceño y le apartó un mechón de pelo de la mejilla–. Esperaba que hubieras sido capaz de olvidarle, pero supongo que no eres capaz.

–No, supongo que no soy capaz. Ya he renunciado a intentarlo.

–No sabes cuánto lo siento, Autumn. Porque eso hace las cosas más difíciles.

Autumn bajó la mirada hacia el suelo. Ella no quería la compasión de nadie.

–Steve, te lo agradezco, pero de verdad, necesito estar sola.

–Quiero el carrete, Autumn.

Atónita ante aquella declaración, Autumn alzó bruscamente la cabeza. Aunque no de forma consciente, se puso inmediatamente de parte de Lucas.

–¿El carrete? No sé a qué te refieres.

–Me temo que sabes perfectamente a lo que me refiero –continuaba

hablando con delicadeza y acariciándole el pelo—. Las fotografías que hiciste aquella mañana en el lago en las que salíamos Helen y yo. Tengo que tener esas fotografías.

—¿Eras tú? —por un momento, fue incapaz de comprender lo que implicaban aquellas palabras—. ¿Erais Helen y tú?

La confusión se tornó en conmoción. No era capaz de hacer nada más que mirarle fijamente.

—Tuvimos una discusión bastante fuerte aquella mañana. Helen había decidido que quería que le pagara todo el dinero que le debía al contado. Sus otras fuentes comenzaban a secarse. Julia no le daba ni un penique más, se limitaba a reírse de ella. Helen estaba furiosa —una sonrisa transformó su rostro—. Jacques también había acabado con ella, y sobre Lucas no tenía nada que mereciera realmente la pena. Helen creía que podría intimidarle también a él, pero Lucas la mandó al infierno y la amenazó con denunciarla. Aquello desajustó todos sus cálculos. Debió de darse cuenta de que Jane estaba al límite, así que decidió concentrarse en mí.

Mientras hablaba, clavaba la mirada en el vacío. Pero después, volvió a mirar a Autumn y apareció en sus ojos el primer indicio de enfado.

—Quería doscientos cincuenta mil dólares en dos semanas. Un cuarto de millón o le entregaría a mi padre toda la información que tenía sobre mí.

—Pero tú decías que ella sabía que no era importante.

Autumn se permitió mirar tras él durante unos segundos. El camino estaba vacío. Estaba completamente sola.

—Helen sabía algo más de lo que te conté —Steve le dirigió una mirada de disculpa—. En aquel momento no podía contártelo todo. Pero ya he cubierto mis huellas suficientemente bien como para que la policía no llegue a enterarse nunca de nada. En realidad, era un asunto de extorsión.

—¿Extorsión?

La mano de Steve en su pelo iba resultándole más aterradora por

segundos. Tenía que conseguir que continuara hablando hasta que apareciera alguien.

–En realidad, era un préstamo. El dinero será mío antes o después – se encogió de hombros, restándole importancia–. Lo único que hice fue tomarlo por adelantado. Desgraciadamente, mi padre no lo habría visto así. Te dije que es un hombre muy duro, ¿te acuerdas? No se lo pensaría dos veces, me habría puesto en la calle y me habría quitado mis ingresos. Y eso es algo que no puedo permitirme, Autumn –le dirigió una sonrisa radiante–. Tengo gustos muy caros.

–Así que la mataste –susurró Autumn con voz totalmente inexpresiva.

Estaba horrorizada.

–No tuve otra opción. No podía volver a meter la mano en la caja –lo decía con tanta tranquilidad que Autumn casi podía encontrarle la lógica–. Estuve a punto de matarla aquella mañana en el lago. No quería escucharme. Perdí el control y le pegué. La vi inconsciente en el suelo y me di cuenta de lo mucho que deseaba su muerte.

Autumn no le interrumpió. Sabía que estaba muy lejos de haber terminado. «Déjale hablar», se ordenó, controlando la urgencia de apartarse de él y salir corriendo. Antes o después, alguien aparecería.

–Me incliné sobre ella. Tenía ya las manos en su cuello cuando te vi en la elevación. Supe que eras tú porque el sol hacía brillar tu pelo. No me pareció probable que pudieras reconocerme a aquella distancia, pero no podía estar seguro. Por supuesto, después descubrí que no nos estabas prestando ninguna atención en absoluto.

–No, apenas me fijé –comenzaban a temblarle las rodillas.

Steve estaba hablando demasiado.

–Dejé a Helen y rodeé el lago esperando interceptarte. Pero Lucas te encontró primero. Fue una escena de lo más conmovedora.

–¿Nos estabas espiando? –sintió una oleada de enfado a pesar de su miedo.

–Estabais demasiado concentrados el uno en el otro como para

daros cuenta –sonrió de nuevo–. En cualquier caso, fue en ese momento cuando me enteré de que habías estado haciendo fotografías. Tenía que deshacerme de ese carrete. Era demasiado arriesgado. Pero odiaba tener que hacerte daño, Autumn. Desde el primer momento, te encontré muy atractiva.

Un conejo cruzó corriendo el camino y se perdió de nuevo entre la vegetación del bosque. Autumn oyó el canto de una codorniz en la distancia. La cualidad sencilla y natural de todo cuanto los rodeaba impregnaba a las palabras de Steve de una sensación de realidad.

–Fuiste tú el que intentó entrar en el laboratorio.

–Sí. Y me alegré de que el golpe que te di te dejara inconsciente. No quería tener que golpearte con la linterna. No vi la cámara, pero encontré un carrete. Estaba convencido de que ya lo había resuelto todo. No puedes imaginarte cómo me sentí cuando dijiste que habías perdido dos carretes y que eran de fotografías hechas en Nueva York. No sé cómo se pudo estropear el segundo carrete.

–Lucas. Lucas encendió las luces cuando me encontró en el suelo.

De pronto, en medio de su horror, llegó la conciencia de que no había sido Lucas. De que él no había hecho nada, salvo limitarse a ser el que siempre era. Sintió un inmenso alivio ante su inocencia. Y después una terrible culpa por haber creído que había sido él el asesino.

–Lucas –repitió, casi mareada por aquel asalto de sensaciones.

–Bueno, en realidad eso ya no importa –dijo Steve con sentido práctico.

Autumn retrocedió. Tenía que mantenerse alerta, tenía que ir un paso por delante de él.

–Sabía que, si me limitaba a sacar el carrete de la cámara, comenzarías a hacerte preguntas. Podrías empezar a pensar detenidamente en las fotografías que habías hecho. Odié tener que hacerle eso a tus cosas, tener que romperte la cámara. Sabía lo importante que era para ti.

–Tengo otra en casa –dijo en un débil intento por sonar despreocupada.

Steve se limitó a sonreír.

–Fui a la habitación de Helen después de haber acabado con la tuya. Sabía que tenía que matarla. Seguía señalándose el moretón y diciéndome que iba a costarme otros miles de dólares. No sabía qué iba a hacer exactamente. Pensaba que lo mejor era estrangularla. Después vi las tijeras. Eso estaba mejor. Cualquiera podía utilizar unas tijeras, incluso una persona tan pequeña como Jana. Dejé de pensar cuando las agarré, hasta que todo terminó.

Se estremeció y Autumn pensó que aquel era el momento de salir corriendo. Pero Steve continuaba agarrándola del pelo.

–Jamás había pasado por una cosa parecida. Fue terrible. Estuve a punto de abandonar. Sabía que tenía que pensar, que tenía que tener cuidado o lo perdería todo. Quedarme en esa habitación es lo más difícil que he hecho en mi vida. Limpié las tijeras y rompí mi camisa. La tenía manchada de sangre. Tiré los pedazos de la camisa por el váter. Cuando volví a mi habitación, me duché y me metí en la cama. Recuerdo que me sorprendió darme cuenta de que no había tardado más de veinte minutos en hacer todo aquello. Tenía la sensación de que habían pasado años.

–Debió de ser terrible para ti –musitó Autumn, pero Steve pareció ajeno a la ironía que reflejaba su voz.

–Sí, pero todo salió bien. Nadie podía demostrar dónde estaba cuando Helen fue asesinada. La tormenta, la desconexión del teléfono, el hecho de que se fuera la luz... todos fueron puntos a mi favor. Todos nosotros teníamos algún motivo para desear la muerte de Helen. En realidad, creo que Julia y yo seremos los menos sospechosos cuando llegue el momento. La policía se centrará en Jacques, que es el que tiene un motivo más relevante, y en Lucas, por su mal genio.

–Lucas sería incapaz de matar a nadie. La policía lo sabrá.

–Yo no confiaría en ello –le dirigió una sonrisa ladeada–. Tú tampoco

parecías muy segura de que no fuera él el asesino.

Autumn no podía negar la verdad de sus palabras. ¿Por qué no aparecía nadie?, se preguntaba.

–Esta mañana has empezado a hablar de los carretes y de las fotografías que habías hecho en el lago. Casi puedo decirte el momento en el que te has acordado de lo ocurrido.

Así que no era tan buena actriz, pensó sombría.

–De lo único que me he acordado era de que había gente en el lago aquella mañana.

–Y no has tardado en encajar las piezas –posó un dedo en su mejilla y Autumn se obligó a no apartar la cara–. Esperaba poder distraerte, ganarme tu afecto. Era evidente que McLean te había hecho sufrir. Si hubieras sido capaz de olvidarle, podría haber conseguido ese carrete sin tener que hacerte daño.

Autumn mantenía los ojos y la voz firmes. Steve ya había terminado de hablar. Podía sentirlo.

–¿Qué piensas hacer?

–Maldita sea, Autumn, voy a tener que matarte.

Lo había dicho en el mismo tono en el que su padre decía «maldita sea, Autumn, voy a tener que a tener que darte un azote» cuando era pequeña. Estuvo a punto de echarse a reír como una histérica.

–Esta vez lo averiguarán, Steve.

Estaba comenzando a temblar, pero hablaba con calma. Si conseguía hacerle entrar en razón...

–No, no lo creo –respondió él en tono pragmático, como si pensara que el punto de vista de Autumn era digno de consideración–. He tenido mucho cuidado de salir sin ser visto. Todo el mundo había vuelto a dispersarse. Creo que ni siquiera saben que estás fuera. Ni yo mismo me habría dado cuenta si no hubiera visto que habían desaparecido tus botas y tu cazadora. De hecho, si no hubiera visto tu cazadora colgada de una rama y hubiera seguido tus huellas desde allí, no me habría resultado tan fácil encontrarte.

Se encogió de hombros como si acabara de demostrarle que su capacidad de razonamiento era mejor que la suya.

–Cuando se den cuenta de que has desaparecido y salgamos a buscarte, me aseguraré de venir por este camino. Eliminaré las huellas y nadie sabrá nada de lo ocurrido. Ahora, Autumn, necesito el carrete. Dime dónde lo tienes.

–No voy a decírtelo –echo la cabeza hacia atrás. Mientras tuviera el carrete en su poder, tenía alguna posibilidad de seguir viva–. Lo encontrarán. Y en cuanto lo encuentren, sabrás que eres el culpable.

Steve hizo un sonido de impaciencia.

–Terminarás diciéndomelo, Autumn. Y para ti será mucho más fácil si me lo dices ahora. No quiero hacerte sufrir más de lo necesario. Esto puede ser muy rápido o muy doloroso.

Movió la mano tan rápidamente que Autumn no tuvo tiempo de esquivar el golpe. El impacto fue tal que la lanzó contra un árbol. Comenzó a sentir un intenso dolor en la cabeza a que se extendió después por todo su cuerpo, dejándola completamente mareada. Se aferró al árbol para mantener el equilibrio mientras le veía acercarse a ella.

Pero Autumn no estaba dispuesta a dejar que la golpeará otra vez. Steve ya se había librado en dos ocasiones y dos veces eran más que suficientes. Con toda la fuerza que fue capaz de reunir, le dio una patada apuntando debajo de su cintura. Steve se dobló como un resorte. Autumn dio media vuelta y salió corriendo.

Capítulo 12

Corría sin mirar a dónde iba. «¡Escapa!» era el único pensamiento coherente que formulaba su cerebro. Hasta que el pánico no cedió, no se dio cuenta de que no solo estaba alejándose de Steve, sino también de la posada. Pero ya era demasiado tarde para retroceder. En lo único en lo que podía concentrarse era en hacer todo el esfuerzo posible para poner distancia entre ellos. Autumn decidió abandonar el camino para adentrarse en una zona de vegetación más espesa.

Cuando oyó que alguien corría tras ella, ni siquiera miró hacia atrás, sino que aumentó el ritmo de sus pasos. Oía una respiración agitada cada vez más cerca de ella. Viró de nuevo y siguió corriendo. El suelo se hundía y cedía bajo sus botas, pero se dijo a sí misma que no iba a resbalar. Porque, si resbalaba, Steve caería al instante sobre ella. Le rodearía el cuello con las manos. No, no iba a resbalar.

El corazón le latía con fuerza y sus pulmones agonizaban por la falta de aire. Una rama le golpeó la mejilla, pero se dijo a sí misma que no podía detenerse. Correría y correría hasta que dejara de oírle tras ella.

Se encontró con un árbol caído en medio del camino. Sin disminuir el ritmo de la carrera, Autumn lo saltó, se resbaló en el instante en el que volvió a caer sobre el barro y echó de nuevo a correr. Steve también resbaló. Autumn oyó el sonido de sus botas al perder la tracción y la posterior maldición de Steve. Continuó corriendo a toda velocidad, casi mareada de alivio por los pocos segundos de ventaja que la caída de Steve acababa de darle.

La persecución no tenía ni principio ni fin. Era solamente una carrera. Sus pensamientos dejaron de ser racionales. Sabía que lo único que tenía que hacer era continuar corriendo, aunque casi había olvidado el porqué. Su respiración se había convertido en una sucesión de jadeos

y las piernas era como de goma. Lo único que conocía en aquel momento era la huida automática de la presa y el miedo desnudo al cazador.

De pronto vio el lago. Su superficie resplandecía bajo la luz del sol. Con el último vestigio de racionalidad que le quedaba, recordó algo que Steve había admitido esa misma mañana: no sabía nadar. La carrera tenía de pronto un objetivo, y fue a por él.

Aquella loca carrera por el bosque la había alejado de la zona más elevada de la montaña, en la que el grado de inclinación permitía un fácil descenso al lago. Se encontraba al borde de un precipicio con una caída de más de diez metros. Sin vacilar, Autumn comenzó a descender a toda velocidad. Bajaba, se resbalaba, se aferraba con los dedos a la roca para no perder el equilibrio. Se agarraba como un lagarto a la montaña. Aquellas rocas escarpadas arañaban su cuerpo y la hacían resbalar por culpa del barro. El jersey de diseño de Julia estaba destrozado. Y Autumn se dio cuenta, cuando el dolor comenzó a hacerse más intenso, de que su piel estaba sufriendo tanto o más que la lana. Pero el miedo ayudaba a superar el dolor. El lago parecía estar llamándola. Era su refugio. La garantía de la victoria.

Oyó que Steve la llamaba y, en un loco impulso final, se tiró al agua. La frialdad del lago causó un fuerte impacto en todo su cuerpo y renovó sus fuerzas. Aferrándose a ellas, se hundió en el agua. Iba a ganar.

Pero, como si acabara de apagar un interruptor, el impulso que la había activado de forma tan brutal se debilitó. El peso de las botas la arrastraba hacia el fondo del lago. El agua se cerró sobre su cabeza. Tosiendo y braceando, consiguió salir a la superficie. Los pulmones le ardieron cuando intentó tomar aire. Los brazos le pesaban y sus débiles brazadas apenas la mantenían a flote. Comenzó a formarse una niebla ante sus ojos. Aun así, continuaba resistiendo mientras el agua la arrastraba, convertida en un enemigo tan mortal como aquel del que había intentado escapar.

Oyó a alguien sollozando y comprendió vagamente que era su propia voz pidiendo ayuda. Pero sabía que no había nadie. La lucha había terminado para ella. ¿Era música lo que oía? Tuvo la sensación de que salía de debajo de ella, era una música profunda, seductora. Se rindió lentamente y dejó que el agua la tomara como un amante.

Alguien le estaba haciendo daño. Autumn no protestó. La oscuridad bloqueaba su mente y la insensibilizaba al dolor. Los empujones y los golpes no le resultaban más molestos que un débil picor. El aire parecía esforzarse por entrar a sus pulmones y gimió enfadada.

La voz de Lucas parecía estar rozando los bordes de su cerebro. Sí, la estaba llamando con una voz extraña. ¿Estaba asustado? Incluso en medio de aquella oscuridad, le pareció detectar una nota de pánico en su voz. Era muy raro percibir miedo en la voz de Lucas. Los párpados le pesaban y la oscuridad era muy tentadora. Pero la necesidad de hablar con Lucas fue más fuerte. Autumn se obligó a abrir los ojos. La oscuridad remitió hasta convertirse en niebla.

El rostro de Lucas se cernía sobre ella, chorreando agua. Las gotas caían sobre las mejillas de Autumn. Pero sentía la boca caliente, como si Lucas acabara de abandonar sus labios. Autumn le miró fijamente, deseando recuperar el habla.

–¡Dios mío, Autumn! –intentaba secarle las mejillas, a pesar de que continuaba empapándolas con las gotas que caían de su pelo–. Autumn, escúchame, te vas a poner bien, ¿me oyes? ¡Te vas a poner bien! Voy a llevarte a la posada. ¿Entiendes lo que te digo?

Su voz era desesperada, y también su mirada. Autumn nunca le había oído así, y tampoco le había visto nunca aquella expresión. No, no parecían propias de Lucas. Autumn quiso decir algo que pudiera consolarle, pero le flaquearon las fuerzas. La niebla volvía a cerrarse otra vez y ella lo agradeció. Durante un instante, consiguió mantenerla a distancia y sacó fuerzas de flaqueza para poder decir:

–Creía que la habías matado tú, Lucas. Lo siento.

–¡Oh, Gata! –la voz de Lucas transmitía un cansancio insoportable. Sintió los labios de Lucas sobre los suyos. Después, no sintió nada.

Unas voces vagas flotaban a lo largo de un túnel. Le molestaban. Quería tranquilidad. Intentó hundirse de nuevo en la oscuridad, pero Lucas nunca respetaba los deseos de los demás. Su voz irrumpió en su soledad, repentinamente clara y, como siempre, demandante.

–Voy a quedarme con ella hasta que se despierte. No pienso dejarla.

–Lucas, te vas a quedar dormido de pie –la voz de Robert sonaba queda y tranquila, en contraste con la de Lucas–. Yo me quedaré con ella. Es parte de mi trabajo. Probablemente estará perdiendo y recuperando la consciencia durante toda la noche. Tú no sabrías qué hacer por ella.

–En ese caso, tú me dirás lo que tengo que hacer. Pero pienso quedarme a su lado.

–Por supuesto que sí.

La voz de Tabby sorprendió a Autumn en medio de aquella oscuridad. Sonaba muy firme y fuerte.

–Lucas se quedará con ella, doctor Spicer –añadió Tabby–. Ya le ha dicho que lo fundamental es dejar que descanse y esperar a que despierte de forma natural. Lucas puede cuidar de ella.

–Si quieres, puedo quedarme contigo, Lucas. En cualquier caso, si necesitas algo, solo tienes que llamarme –la voz de Julia llegó hasta Autumn. Era una voz espesa como la niebla.

De pronto, Autumn quería preguntar qué estaba pasando. ¿Qué estaban haciendo en su mundo privado? Intentó hablar, pero solo consiguió emitir un gemido. Sintió una mano fría en la frente.

–¿Siente dolor?

¿Era la voz de Lucas? ¿Cómo podía sonar tan temblorosa?

–¡Maldita sea, dale algo para el dolor!

La oscuridad volvía a girar a su alrededor, confundiendo las voces. Autumn dejó que se las tragara.

Comenzó a soñar. La negra oscuridad se transformó en un terciopelo del color de la luz de la luna. Lucas la miraba fijamente. Su rostro parecía extrañamente vívido para estar en un sueño. Y podía sentir su mano fría en la mejilla.

–Gata, ¿me oyes?

Autumn le miró e hizo un esfuerzo para concentrarse.

–Sí –cerró los ojos y dejó que la oscuridad la envolviera.

Cuando volvió a abrirlos, Lucas todavía estaba allí. Autumn tragó saliva. La garganta le ardía.

–¿Estoy muerta?

–No, no estás muerta.

Lucas le hizo beber algo frío que descendió al instante por su garganta. A Autumn se le cerraron los ojos mientras intentaba recordar. Le costaba demasiado y se rindió.

Sintió de pronto un intenso dolor. Un dolor agudo e inesperado que descendía por sus brazos y sus piernas. Autumn oyó gemir a alguien. Lucas volvió a cernirse sobre ella, la luz de la luna afilaba las facciones de su rostro pálido.

–Me duele –se quejó Autumn.

–Lo sé –se sentó a su lado y le llevó una taza a los labios–. Intenta beber.

Autumn se sentía flotando en el espacio como un balón rojo y brillante. Cuando recuperó de nuevo la consciencia, el dolor había cedido.

–El jersey de Julia –musitó cuando volvió a abrir los ojos–. Está roto. Creo que lo he roto. Tendré que comprarle otro.

–No te preocupes por eso, Gata. Descansa.

Lucas posó la mano en su pelo y Autumn se volvió hacia él, buscando la seguridad de su caricia. Volvió a sentir que flotaba.

–Seguro que era muy caro –murmuró casi una hora después–. Pero,

en realidad, no necesito un trípode nuevo. Julia me prestó ese jersey, debería haber tenido más cuidado.

–Julia tiene docenas de jerséis. No te preocupes por eso.

Autumn cerró los ojos más tranquila. Pero sabía que el trípode tendría que esperar.

–Lucas –volvió de nuevo a la realidad.

La luz de la luna había dado paso a la luz grisácea del amanecer.

–Sí, estoy aquí.

–¿Por qué?

–¿Por qué qué, Gata?

–¿Por qué estás aquí?

Pero Lucas volvió a desaparecer de su campo de visión. Autumn no oyó nunca la respuesta.

Capítulo 13

El sol era intenso. Acostumbrada a la oscuridad, Autumn parpadeó a modo de protesta.

–Vaya, ¿esta vez vuelves para quedarte, Autumn, o solo es otra visita rápida? –Julia se inclinó sobre ella y le palmeó la mejilla–. Parece que has recuperado un poco el color y te ha bajado la fiebre. ¿Cómo te encuentras?

Autumn se quedó quieta durante unos segundos, intentando averiguarlo.

–Vacía –decidió.

Julia soltó una carcajada.

–Así que ya estás pensando en tu estómago.

–Siento todo el cuerpo vacío –le aclaró Autumn–, sobre todo la cabeza –miró confundida a su alrededor y preguntó–: ¿He estado enferma?

–Nos has dado un buen susto –Julia se sentó a su lado en la cama y la miró con atención–. ¿No te acuerdas de lo que ha pasado?

–¿Estaba... soñando? –Autumn buscó en su memoria y encontró algunos fragmentos inconexos–. Lucas estaba aquí. He estado hablando con él.

–Sí, has estado perdiendo y recuperando la consciencia durante toda la noche. Incluso has conseguido decir una palabra o dos. ¿De verdad crees que voy a permitir que sacrifiques tu trípode? –le dio un beso en la mejilla–. Dios mío, cuando Lucas te trajo pensamos... –sacudió bruscamente la cabeza y se irguió en la cama.

Autumn vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

–Julia –apretó los ojos un instante, pero no conseguía recordar nada con claridad–, se suponía que tenía que subir a tu habitación, pero no

fui.

–No, no fuiste. Debería haberte subido a rastras. Así no habría ocurrido nada de esto –se levantó–. Al parecer, tanto Lucas como yo nos dejamos engañar para esos enormes ojos verdes. No sé cuánto tiempo perdimos buscando ese maldito carrete hasta que Lucas fue a buscarte de nuevo al bosque.

–No lo comprendo. ¿Por qué...? –Autumn alargó la mano hacia su pelo y vio entonces que las tenía vendadas–. ¿Por qué tengo estas vendas? ¿Qué me he hecho?

–Ahora ya estás bien –Julia evitó responder–. Será mejor que te lo explique Lucas. Seguro que se enfada cuando vea que te has despertado justo en el momento en el que le he enviado a la cocina a por café.

–Julia...

–Ahora, nada de preguntas –la interrumpió mientras agarraba una bata que alguien había dejado encima de una silla–. ¿Por qué no te pones esto? Te sentirás mejor.

Colocó la bata sobre sus hombros y Autumn vio entonces que tenía más vendajes. La visión de aquellas vendas añadía más confusión, más recuerdos inconexos.

–Ahora, tumbate y relájate –le ordenó Julia–. Tabby ya tiene una sopa esperándote. Le diré que te suba un cuenco enorme.

Le dio un beso y se dirigió hacia la puerta.

–Escucha, Autumn –se volvió con una lenta sonrisa–, Lucas ha pasado un infierno durante estas últimas veinticuatro horas, pero no le pongas las cosas demasiado fáciles.

Cuando Julia se marchó, Autumn continuaba mirando hacia la puerta con el ceño fruncido, preguntándose de qué demonios estaba hablando.

Tras decidir que no iba a encontrar la respuesta en la cama, se obligó a levantarse. Todas las articulaciones, todos los músculos, se rebelaron. Estuvo a punto de sucumbir a las ganas de regresar al

lecho, pero la curiosidad era más fuerte. Las piernas le temblaron cuando se miró en el espejo.

–¡Dios mío! –tenía peor aspecto incluso que como se sentía, decidió.

El moretón de la sien tenía compañía. Tenía otro en el pómulo y algunos arañazos. Tuvo entonces un recuerdo tan nítido como repentino de la piedra escarpada arañándole las manos. Las levantó y miró las vendas.

–¿Qué me he hecho? –preguntó en voz alta.

E inmediatamente se ató el cinturón de la bata para disimular lo peor de sus heridas.

Se abrió entonces la puerta del dormitorio y vio en el espejo el reflejo de Lucas entrando en la habitación. Parecía llevar días sin dormir. Las arrugas de tensión eran muy profundas y estaba sin afeitarse. Pero sus ojos continuaban siendo tan oscuros e intensos como siempre.

–Tienes un aspecto horrible –le dijo sin volverse–. Necesitas dormir.

Lucas soltó una carcajada. Con un gesto de cansancio que Autumn no le había visto jamás, alzó las manos y se las pasó por la cara.

–Debería habérmelo esperado –musitó. Suspiró–. No deberías estar levantada. Podrías caerte en cualquier momento.

–Estoy bien. O por lo menos lo estaba hasta que me he mirado al espejo. Se volvió hacia él y le miró abiertamente–. He estado a punto de desmayarme de la impresión.

–Eres la cosa más hermosa que he visto jamás en mi vida –comenzó a decir Lucas en tono serio y quedo.

–Solo pretendes ser amable con una inválida –respondió Autumn, desviando la mirada.

Le habían dolido las palabras de Lucas, y no estaba segura de que fuera capaz de soportar más dolor.

–No me vendría mal una explicación. Estoy muy confundida.

–Robert dijo que era lo que cabía esperar después de... –se interrumpió y hundió las manos en los bolsillos–, después de todo lo

que ha pasado.

Autumn volvió a mirar las manos vendadas.

–¿Qué ha pasado? No consigo recordarlo –alzó la mirada y buscó en sus ojos–. Estaba corriendo por el bosque, y bajando un precipicio – sacudió la cabeza. Solo tenía recuerdos fragmentados–. Rompí el jersey de Julia.

–¡Dios mío! ¡Estás obsesionada con ese maldito jersey! –Autumn abrió los ojos como platos ante aquel estallido de genio–. Has estado a punto de ahogarte y solo eres capaz de pensar en el jersey de Julia.

Autumn continuó hablando.

–El lago...–los recuerdos fluían como una marea. Se apoyó en la cómoda–. Steve, era Steve. ¡Fue Steve el que mató a Helen! Estaba persiguiéndome. Yo no quería darle el carrete –tragó saliva, intentando mantener la calma–. Te mentí. En realidad, tenía el carrete en el bolsillo. Yo no paraba de correr, pero él venía detrás de mí.

–Gata –Autumn retrocedió, pero Lucas la abrazó–. No, no pienses ahora en eso. Maldita sea, no debería haberte dicho nada –apoyó la mejilla en su sien–. Al parecer, contigo soy incapaz de hacer las cosas bien.

–No, no, déjame pensar –Autumn le apartó. Quería detalles. En cuanto supiera todo lo ocurrido, podría superar el miedo–. Me encontró en el bosque después de que tú te hubieras ido. Había estado con Helen en el lago la mañana que yo había estado haciendo fotografías. Me dijo que la había matado. Me lo contó todo.

–Sí, lo sabemos –Lucas la interrumpió con dureza–. Lo contó todo cuando le trajimos de nuevo a la posada. Esta mañana le hemos llevado a la policía –saco un cigarrillo y lo encendió rápidamente–. Está detenido. También tienen el carrete, por si pudiera serles de utilidad. Lo encontró Jacques en el camino.

–Supongo que se me cayó del bolsillo. Lucas, era todo tan extraño... –frunció el ceño al recordar el incidente con Steve–. Se disculpó por tener que matarme. Después, cuando le dije que no podía darle el

carrete, me dio un empujón que me hizo ver las estrellas.

Lucas dio media vuelta y caminó a grandes zancadas hacia la ventana con expresión violenta. Allí se quedó mirando fijamente hacia fuera sin decir nada.

–Cuando vino otra vez hacia mí, le di una patada con todas mis fuerzas allí donde sabía que podía dolerle más.

Oyó que Lucas musitaba algo tan vulgar y tan poco característico de él que pensó que le había entendido mal. Durante varios minutos, continuó divagando sobre su huida por el bosque, hablando más para sí que para Lucas.

–Te vi cuando comenzabas el descenso suicida por el precipicio – Lucas se volvió de nuevo hacia ella y habló con dureza–. Lo que todavía no entiendo es cómo demonios conseguiste bajar hasta el lago sin romperte la cabeza... –se volvió mientras Autumn continuaba en silencio–. Te había estado buscando por todo el bosque. Cuando vi que estabas bajando al lago, giré bruscamente y comencé a correr hacia la elevación con la esperanza de poder interceptar a Anderson – dio una calada a su cigarrillo y exhaló el humo–. Te vi cayendo por esas rocas. Me parecía imposible que sobrevivieras a la caída. Te llamé, pero tú continuabas cayendo hacia el lago. Antes de que hubieras llegado al agua, yo ya había alcanzado a Steve.

–Oí que alguien me llamaba. Yo pensaba que era Steve –se llevó la mano vendada a la sien–. En lo único en lo que podía pensar era en llegar al agua antes de que me pillara. Había recordado que él no sabía nadar. Después, cuando vi que tenía problemas para mantenerme a flote, me entró el pánico y olvidé todas las estupendas reglas que te enseñan cuando haces un curso de socorrismo.

Lucas apagó el cigarrillo muy lentamente.

–Cuando terminé con él, tú estabas ya teniendo problemas para no ahogarte. Jamás lograré entender cómo conseguiste no ahogarte después de haber corrido como lo habías hecho y con esas botas que debían de pesar cerca de diez kilos. La última vez que te vi hundirte,

estaba a unos diez metros del agua. Te hundías como una piedra.

Volvió de nuevo la cabeza hacia la ventana.

–Pensé... –sacudió la cabeza y continuó–. Cuando te saqué del agua, pensaba que estabas muerta. Estabas muy pálida y no respirabas. O respirabas de forma tan débil que ni siquiera lo notaba.

Sacó otro cigarrillo y, en aquella ocasión, tuvo que pelearse con el mechero para encenderlo. Soltó una maldición y dio una profunda calada.

–Te recuerdo goteando encima de mí –musitó Autumn en medio del silencio–. Entonces pensaba que había muerto.

–Estuviste a punto de morir –el humo salió de sus pulmones como una violenta marea–. Creo que te saqué más de diez litros de agua del cuerpo. Solo recobraste la consciencia durante el tiempo suficiente como para disculparte por haberme culpado de haber matado a Helen.

–Lo siento, Lucas.

–¡No! –respondió Lucas en tono cortante, volviéndose de nuevo hacia ella.

–Pero nunca debería haber...

–¿No? –volvió a interrumpirla enfadado–. ¿Por qué? Es fácil comprender lo que te llevó a sacar esa conclusión, y el remate fue que te pidiera el carrete.

Al cabo de unos segundos, Autumn se sintió capacitada para hablar.

–Dijiste muchas cosas que me llevaron a pensar que... Y, además, estabas muy enfadado. Cuando me pediste el carrete, habría necesitado que me dieras alguna explicación.

–Pero en vez de explicaciones, intenté imponerme. Típico de mí, ¿verdad? –tomó aire, pero su cuerpo permanecía en tensión–. Esa es otra disculpa que te debo. Parece que he acumulado unas cuantas. ¿Las prefieres todas juntas o de una en una?

Autumn no le hizo caso. Ella no quería una disculpa. Quería una explicación.

–¿Por qué lo querías, Lucas? ¿Cómo sabías que estaban allí esas fotografías?

–Es posible que en este momento te cueste creerme, pero no soy un canalla. Quería ese coche porque pensaba que, si estaba en mis manos y así se lo hacía saber a todo el mundo, tú estarías a salvo. Y... – una sombra cruzó su rostro–, pensaba que sabías, o que habías recordado, lo que había en ese coche y querías proteger a Anderson.

–¿Proteger a Anderson? –preguntó estupefacta–. ¿Por qué iba a querer protegerle?

Lucas se encogió de hombros.

–Parecías tenerle mucho cariño.

–Pensaba que era un hombre bueno –contestó Autumn lentamente–. Supongo que todos lo pensábamos. Pero apenas le conocía. De hecho, por lo visto, no le conocía nada en absoluto.

–Confundí tu natural amabilidad con otro sentimiento. Y rematé mi error con una reacción exagerada. Me enfurecía que le hubieras entregado a Steve lo que nunca me darías a mí. Confianza, compañerismo, afecto...

–¿El proverbial perro del hortelano, Lucas? –preguntó Autumn con voz glacial.

Un músculo se tensó en la comisura de los labios de Lucas, en contraste con su despreocupado encogimiento de hombros.

–Si tú lo dices.

–Lo siento –con un suspiro, Autumn se apartó el pelo de la cara–. Eso estaba fuera de lugar.

–¿Tú crees? –la contradijo, y apagó el cigarrillo–. Lo dudo. Tienes derecho a lanzarme unos cuantos dardos, Gata. Creo que ya me has soportado lo suficiente.

–Esa no es ahora la cuestión –se apartó de él. La bata de seda de Julia susurró a su alrededor–. Pensabas que estaba protegiendo a Steve, eso lo acepto. ¿Pero cómo sabías que era él el que necesitaba protección?

–Julia y yo habíamos encajado un buen número de piezas. Estábamos prácticamente seguros de que había matado a Helen.

–Julia y tú...

Se volvió hacia él con renovada curiosidad. Autumn le señaló con las manos, pero se detuvo al sentir en ellas un dolor palpitante.

–Vas a tener que aclararme unas cuantas cosas, Lucas. Continuó sin entender nada.

–Julia y yo habíamos hablado mucho sobre los chantajes de Helen. Hasta el día del asesinato, nos habíamos centrado en los problemas de Jacques. Ni Julia ni yo estábamos preocupados con las amenazas de Helen. Cuando la mataron y destrozaron tu dormitorio, pensamos que los dos hechos estaban relacionados. Autumn, ¿por qué no vuelves a la cama? Estás muy pálida.

–No –sacudió la cabeza, manteniendo a raya la insidiosa calidez que la preocupación de Lucas provocaba en ella–. Estoy bien. Por favor, continúa.

Lucas parecía a punto de protestar, pero cambió de opinión.

–En ningún momento llegué a creerme que habías velado el carrete, ni que te habías dado un golpe con la puerta. De modo que Julia y yo comenzamos un proceso de eliminación. Yo no había matado a Helen y sabía que Julia tampoco. Había estado en su habitación aquella noche recibiendo una acalorada regañina sobre mi manera de tratar a las mujeres hasta que te vi. Y me había cruzado con Helen en el pasillo justo antes de meterme en la habitación de Julia, así que, incluso en el caso de que Julia hubiera tenido ganas de acabar con Helen, era bastante improbable que tuviera dos camisones iguales. Habría visto manchas de sangre –se encogió de nuevo de hombros–. En cualquier caso, si Julia la hubiera matado, lo habría admitido.

–Sí.

Autumn musitó su acuerdo y se preguntó por el contenido de aquella conversación que Julia había mantenido con Lucas en camisón.

–Conozco a Jacques desde hace años –continuó Lucas–.

Sencillamente, es incapaz de matar a nadie. Julia y yo también habíamos eliminado a los Spicer. Robert está completamente dedicado a salvar vidas, de modo que no iba a arrebatar una, y Jane estaba destrozada.

Lucas comenzó a caminar por el dormitorio.

–Anderson era el que más se ajustaba. Y, por mis propios motivos, yo quería que fuera él. Nuestra intrépida Julia consiguió que tía Tabby le diera unas llaves de su habitación y entró a buscar la camisa que llevaba Steve la noche del asesinato. Cuando me contó lo que había hecho, estuve a punto de estrangularla. Es una mujer increíble.

–Sí –los celos batallaban contra el cariño. Un cariño que Julia había sabido ganarse–. Es maravillosa.

–La camisa no estaba allí. Julia me aseguró que tenía un ojo infalible para la ropa, y yo quería creerla. Decidimos que deberíamos estar en guardia. Yo pensaba que lo mejor era que estuvieras recelosa de todo el mundo. Decidimos que Julia hablaría contigo porque era más fácil que confiaras en ella que en mí. Yo no había hecho nada para ganarme tu confianza.

–La verdad es que consiguió asustarme –recordó Autumn–. Aquella noche tuve pesadillas.

–Lo siento. En aquel momento me parecía lo mejor. Pensábamos que el coche estaba velado, pero no queríamos correr riesgos.

–Aquella noche se lo estuvo contando a Jacques, ¿verdad?

–Sí –Lucas advirtió una nota de enfado en su voz–. De esa forma, seríamos tres los que te cuidaríamos.

–Me habría cuidado mejor sola si me lo hubierais dicho.

–No, no lo creo. Tu rostro es como un libro abierto. Aquella mañana, cuando comenzaste a hablar del cuarto coche durante el desayuno, tu mirada lo decía todo.

–Si me hubierais avisado...

–Si no hubieras sido tan imprudente y hubieras ido con Julia, podríamos haberte mantenido a salvo.

–Yo quería pensar... –comenzó a decir, enfadada por el hecho de que le hubieran ocultado aquella información.

–La culpa fue mía –Lucas alzó la mano para que no le interrumpiera–. Todo esto ha sido por mí. Debería haber manejado las cosas de manera diferente. Si lo hubiera hecho, no te habrían hecho ningún daño.

–No, Lucas –se sintió culpable al recordar la mirada de Lucas cuando la había sacado del agua–, si no hubiera sido por ti, ahora estaría muerta.

–Dios mío, Gata, no me mires así. No puedo soportarlo –se volvió hacia la puerta–. Estoy haciendo todo lo posible para cumplir la palabra que le di a Robert. Quiere examinarte.

–Lucas –Autumn no iba a dejarle salir de allí hasta que le hubiera contado todo–. ¿Por qué has venido aquí? Y no me digas que has venido a Virginia a escribir. Recuerdo perfectamente tus costumbres.

Lucas la miró, pero mantenía la mano en el pomo de la puerta.

–Ya te lo he dicho antes. Ya no existe ninguna otra razón. Déjalo.

Había recuperado el tono frío y distante que tan bien utilizaba, pero Autumn no iba a permitir que pasara aquel tema por alto.

–Esta es la posada de mi tía, Lucas. Aunque sea de forma indirecta, el hecho de que vinieras aquí fue el que desencadenó todos estos acontecimientos. Tengo derecho a saber por qué viniste.

Lucas se la quedó mirando en silencio durante algunos segundos. Después, volvió a meter las manos en los bolsillos.

–Supongo que no tengo ningún derecho al orgullo después de todo esto, y tú te mereces disfrutar de una pequeña victoria después de cómo te he tratado –no se acercó, pero mantenía la mirada fija en ella–. Vine aquí por ti, porque, si no te recuperaba, iba a volverme loco.

–¿Por mí? –el dolor fue tan intenso que Autumn soltó una carcajada. No quería volver a llorar–. Lucas, por favor.

Lucas pareció encogerse por el dolor antes de acercarse de nuevo a

la ventana.

–Me dejaste, ¿recuerdas? No me querías y tampoco me quieres ahora.

–¡Que no te quería!

Lucas giró tan violentamente que tiró un jarrón que se hizo añicos en el suelo. El enfado que emanaba su rostro era fiero e intenso.

–¡Ni siquiera puedes comprender lo mucho que te quería, lo que te he querido durante todos estos años! Pensaba que iba a volverme loco.

–No, no quiero escucharte –Autumn se volvió para apoyarse en el cabecero de la cama–. No voy a escucharte.

–Tú me lo has pedido, ahora tendrás que escucharme.

–Me dijiste que no me querías –le espetó–. Yo nunca signifiqué nada para ti. Me dijiste que todo había terminado entre nosotros y te encogiste de hombros como si para ti no hubiera sido nada. Nada, nada me ha dolido nunca como la forma en la que me alejaste de tu lado.

–Sé lo que hice –el enfado había desaparecido de su voz para ser sustituido por la tensión–. Sé las cosas que te dije mientras me mirabas fijamente. Me odiaba a mí mismo mientras lo hacía. Quería oírte gritar, enfurecerte, facilitarme la tarea de apartarte de mi lado. Pero continuabas frente a mí, con el rostro empapado en lágrimas. Jamás he olvidado esa imagen.

Autumn se irguió para enfrentarse a él.

–Dijiste que no me querías. ¿Por qué ibas a decirlo si no fuera cierto?

–Porque me asustabas.

Lo dijo con tal sencillez que Autumn se sentó en la cama y le miró fijamente.

–¿Que te asustaba? ¿Yo te asustaba?

–No sé lo que me hiciste. Toda esa ternura, toda esa generosidad... Nunca me pediste nada y, aun así, lo pedías todo –comenzó a caminar otra vez por la habitación. Autumn le miraba con absoluta

incredulidad—. Me decía a mí mismo que eras una obsesión. Pensaba que, si te alejaba de mi lado, si te hacía suficientemente daño como para que te marcharas, me curaría. Cuanto más tenía de ti, más necesitaba. Me despertaba en medio de la noche y te maldecía por no estar a mi lado. Después me maldecía a mí mismo por necesitarte. Tenía que alejarme de ti. No podía admitir, ni siquiera ante mí mismo, que estaba enamorado.

—¿Enamorado? —repitió Autumn estupefacta—. ¿Me quieres?

—Te quería entonces, te quiero ahora y te querré durante el resto de mi vida —Lucas tomó aire, como si sus propias palabras le hubieran dejado estremecido—. No era capaz de decírtelo. No era capaz de creer en ello —dejó de caminar y la miró—. Te he estado siguiendo de cerca durante estos tres años. Encontraba toda clase de excusas para hacerlo. Cuando descubrí la posada y tu relación con ella, comencé a venir aquí de vez en cuando. Al final, admití que no podía vivir sin ti. Entonces, tracé un plan. Y, al parecer, funcionó —sonrió con ironía.

—¿Un plan? —repitió Autumn.

Todavía le daba vueltas la cabeza.

—No me resultó difícil sugerirle a tu tía que te pidiera que le hicieras una visita. Conociéndote, estaba seguro de que vendrías sin preguntar. Eso era lo único que necesitaba. Estaba completamente seguro. Pensaba que lo único que tendría que hacer sería cursar la invitación y que después estarías de nuevo entre mis brazos. Como en los viejos tiempos. Pensaba que volverías a mi lado y estarías dispuesta a casarte conmigo, y me palmeaba la espalda por ser tan inteligente.

—¿Casarte conmigo? —Autumn arqueó las cejas completamente asombrada.

—Una vez nos hubiéramos casado —continuó Lucas como si no le hubiera interrumpido—, ya no tendría que preocuparme por volver a perderte. Me merecía una buena patada en los dientes, Gata, y tú me la diste. En vez de caer rendida en mis brazos, me pusiste mala cara y me dijiste que me perdiera. Pero eso no consiguió detenerme. Me

habías querido años atrás y estaba decidido a que volvieras a quererme. Podía soportar tu enfado, pero tu frialdad...

–No sabía que podía hacerte tanto daño. Verte otra vez me produjo un gran impacto... –se interrumpió. Parecía estar buscando detenidamente las palabras–. Era una tortura estar tan cerca de ti y no poder tenerte. Quería decirte lo mucho que significaba para mí, pero, cada vez que estaba cerca de ti, me comportaba como si fuera un loco. Cuando ayer te encogiste asustada y me dijiste que no volviera a hacerte daño... no puedo decirte lo que eso supuso para mí.

–Lucas...

–Es mejor que me dejes terminar –le dijo–, porque creo que no volveré a ser capaz de decírtelo –alargó la mano para sacar un cigarrillo. En el último momento se arrepintió–. Julia me había echado una buena reprimenda, pero yo no podía contenerme. Cuanto más te resistías, peor te trataba. Cada vez que conseguía acercarme un poco a ti, terminaba haciendo algo mal. Aquel día, en tu dormitorio –se interrumpió y Autumn vio la batalla de sentimientos que cruzaba su rostro–, estuve a punto de hacer una locura. Estaba loco de celos después de haberte visto con Anderson. Pero cuando te vi llorar, me juré que jamás sería el responsable de tus lágrimas.

Tomó aire y continuó.

–Aquella día me había levantado dispuesto a suplicar, a arrastrarme, a lo que hiciera falta. Pero cuando te vi besarle, algo se desató dentro de mí. Empecé a pensar en los hombres con los que podías haber estado durante estos tres años. Los hombres que habían podido estar contigo.

–Nunca ha habido ningún otro hombre –le interrumpió Autumn con voz queda.

La expresión de Lucas cambió de la furia apenas reprimida a la confusión, antes de que estudiara su rostro con su habitual intensidad.

–¿Por qué?

–Porque cada vez que empezaba, me acordaba de que no eras tú.

Lucas cerró los ojos como si aquellas palabras le dolieran.

–Nunca he hecho nada para merecerte.

–No, probablemente no –Autumn se levantó de la cama y se colocó tras él–. Lucas, si me quieres, dímelo. Y dime también por qué. Pídemelo, Lucas. Quiero que lo delectes.

–De acuerdo –Lucas se encogió de hombros mientras se volvía, pero su mirada no era en absoluto despreocupada–. Gata... –alargó la mano hacia ella para acariciarle la mejilla y después la metió en el bolsillo–. Te quiero desesperadamente porque la vida es insostenible sin ti. Te necesito porque eres, y siempre lo serás, lo mejor de mi vida. Te amo por tantas razones que tardaría horas en decírtelas. Sorpréndeme, por favor. Cásate conmigo.

Autumn quería arrojarle a sus brazos, pero retrocedió. «No se lo pongas demasiado fácil». Las palabras de Julia daban vueltas en su cabeza. No, para Lucas las cosas habían sido demasiado fáciles. Autumn sonrió, pero no alargó la mano hacia él.

–Muy bien –se limitó a decir.

–¿Muy bien? –Lucas frunció el ceño, inseguro–. ¿Muy bien qué?

–Me casaré contigo. Eso es lo que quieres, ¿no?

–Sí, maldita sea, pero...

–Lo menos que podrías hacer es besarme. Es lo tradicional en estos casos.

Lucas posó entonces las manos en sus hombros

–Gata, quiero que estés segura, porque no voy a dejarte escapar de mi lado. Estoy tan desesperado que hasta estaría dispuesto a aceptar que lo hicieras por gratitud. Pero quiero que pienses en lo que estás haciendo.

Autumn inclinó la cabeza.

–¿Sabes que pensaba que en ese carrito aparecías en una fotografía con Helen?

–Gata, por el amor de Dios.

–Cuando fui al bosque, antes de que Steve me encontrara–continuó

suavemente–, estuve a punto de desvelar ese carrete –se acercó a él–.
¿Tú sabes lo que siento yo por un carrete?

Lucas suspiró aliviado mientras posaba la mano en su rostro. Sonrió.

–Sí, sí, lo sé. Algo parecido al undécimo mandamiento.

–«No expondrás nunca a la luz un carrete sin revelar». Y ahora –
deslizó las manos por su espalda–, ¿vas a besarme o voy a tener que obligarte?